

Mil motivos para no estar juntos

Arianne Martín



Mil motivos para no estar juntos

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

© de la fotografía del autor: Álvaro Mateos @Lalomateosphoto

© Arianne Martín 2021

© Lorena Agúndez (laranna_Art) - Ilustraciones

© Noelia Medina - Corrección

Composición: As Design

Mil motivos
para no
estar juntos

Arianne Martín

*Para Lander, Alain y Judith, porque solo con haber existido,
habéis hecho que este mundo merezca la pena.
Lo sois todo para mí.*

Índice

Prólogo

¿Qué es el amor?

NIKANOR

1

Vamos a ser muy buenos amigos

NIKANOR

2

El mundo se apaga

NIKANOR

3

No me gustan las mujeres

ANDER

4

¿Dónde está Ander?

NIKANOR

5

Mi pobre cerebro se cortocircuitó

ANDER

NIKANOR

6

Tres horas. Tres malditas horas

ANDER

NIKANOR

7

Mi madre, bendita ella

ANDER

NIKANOR

8

¡Vale, papá, tú ganas!

ANDER

NIKANOR

9

¿Te gustan los músculos?

ANDER

NIKANOR

ANDER

10

¿Por qué me torturas de esta manera?

ANDER

11

Un «Te amo». Se quedó atascado en mis labios

ANDER

NIKANOR

12

Las señales siempre habían estado allí

NIKANOR

13

No hay huevos

ANDER

NIKANOR

14

El dolor se volvió más soportable

ANDER

NIKANOR

15

Lo estoy intentando, pero no puedo

NIKANOR

16

¿Qué estás haciendo aquí?

NIKANOR

ANDER

NIKANOR

17

No seas malo

ANDER

18

Te quiero tanto

NIKANOR

ANDER

19

No te preocupes, es algo normal

ANDER

20

Mi lugar seguro

NIKANOR

ANDER

NIKANOR

ANDER

21

Por supuesto que lo había sabido

NIKANOR

ANDER

22

Estaba al límite

NIKANOR

ANDER

23

Cerré los ojos y salté al vacío

ANDER

24

Hay mil motivos para no estar juntos

ANDER

NIKANOR

25

Vivir me dolía

ANDER

NIKANOR

26

¿Qué coño quieres?

NIKANOR

27

¿Puedes dejar las cazadoras en el cuarto?

ANDER

29

Eres todo lo que veo

NIKANOR

ANDER

Epílogo

¿Qué es el amor?

NIKANOR

Agradecimientos

Prólogo



¿Qué es el amor?

NIKANOR

El amor es...

... inseguridad, miedo a perder, incertidumbre.

El amor es como dar un paso al vacío.

Es pánico.

El amor es errado, confuso, imprevisible.

El amor es miedo a que te descubran. A que sepan lo que de verdad anhelas en lo más profundo de tu alma.

Es contención. Sufrimiento.

El amor es muchas cosas.

Es un golpe, una chispa, un fogonazo.

El amor te atrapa y no te enteras hasta que es demasiado tarde.

El amor es ciego.

El amor no distingue.

Y ese era, en mi caso, el principal problema: que estaba enamorado de quien no debía, de la última persona que debería amar de esa manera.

Pero, a la vez, el amor también era el sentimiento más increíble que había experimentado en la vida.

El más importante.

El que lo movía todo.

El que me hacía sonreír.

El que me hacía levantarme cada día de la cama.

El que me hacía avanzar y tener esperanza.

El que calentaba mi cuerpo lleno de soledad.

Por todo eso, dejando a un lado mi autodesprecio, me sentía afortunado de haber podido experimentar en mis propias carnes esa clase de amor. Era afortunado por saber lo que se sentía al querer a alguien de una manera tan pura y verdadera como yo lo quería a él.

Era lo suficiente inteligente para saber que no todo el mundo lo sentía, algunos ni siquiera lo hacían una sola vez en la vida, pero que fuese consciente de eso no quería decir que no me preguntase cada puto día por qué había tenido que enamorarme de él. Justo de él.

En muchas ocasiones había tratado de imaginar cómo sería estar enamorado de otra persona y que mi amor fuese correcto, pero, cada vez que había tratado de poner otra cara sobre la suya,

había sentido ganas de vomitar. Así que había llegado muy rápido a la conclusión de que él era al único a quien podía imaginarme queriendo de esa manera. Al único que podría querer alguna vez.

Era, en los momentos de debilidad, en los que me preguntaba por qué había tenido que ser justo de él de quien mi corazón tenía que enamorarse. ¿Qué había hecho tan malo en la vida para merecer ese castigo?

1



Vamos a ser muy buenos amigos

NIKANOR

Pasado

Tenía quince años el día que me adoptaron.

Recuerdo los nervios.

Recuerdo las ganas.

El miedo.

Sentir el estómago en un puño apretado mientras dejaba atrás el centro de acogida. Quería que todo saliese bien. Lo necesitaba.

Recuerdo cómo los miré a ambos, a las personas que desde ese mismo día serían mis padres, y sentí que todo estaría bien.

Habíamos estado un tiempo conociéndonos antes de que los asistentes sociales me dejaran irme a casa con ellos y, cada vez que los veía, me moría de ganas por hacerlo. Me gustaban. Me gustaban sus gestos suaves pero cariñosos. Me gustaba su manera de mirarme como si de verdad les importase que estuviese cómodo. Cómo sonreían y se preocupaban por mí. Que se hubieran molestado en conocerme. Había tenido tanto miedo a que fuese demasiado tarde para mí... A que fuese demasiado mayor para que nadie quisiera adoptarme.

Por supuesto cada psicólogo con el que lo había hablado me había dicho que estaba equivocado, que tenía que ser más bueno conmigo mismo y aprender a quererme. No me gustaba que me llamasen la atención por la manera en la que me sentía ni que el resto de las personas creyesen que mis pensamientos no eran adecuados, por lo que, desde hacía muchos años, había decidido que lo mejor que podía hacer era mantener esos sentimientos para mí mismo.

Recuerdo que me quedé dormido durante el camino a casa. Cada vez que esa palabra pasaba por mi cabeza me daba un vuelco el corazón. Casi no podía creerme que fuese cierto que esas personas tan maravillosas me hubiesen adoptado.

Aparcamos el coche en el garaje. Cuando entramos en la vivienda, Ander nos esperaba con una sonrisa enorme y cálida. No era la primera vez que lo veía; había ido con sus padres en muchas ocasiones a visitarme. Siempre me había gustado. Mirar la felicidad que irradiaba me hacía pensar que aquel iba a ser un buen sitio. Un buen hogar. Me hacía creer que había un montón de cosas buenas en el mundo. Me hacía tener esperanza.

—¿Podemos enseñarle su habitación, mamá? —preguntó Ander dando pequeños saltos de emoción.

—Claro que podemos, cariño. ¿Te apetece verla, Nik?

—Sí, mucho —le respondí sin dudar, sintiendo cómo una sensación cálida se extendía por mi pecho.

Subimos al piso de arriba los cuatro juntos. Iba mirando hacia todos los lados de la casa. Era un lugar precioso y en el que, al segundo, te dabas cuenta de que se respiraba un ambiente hogareño. Me hacía feliz estar allí.

Entramos en el que iba a ser mi cuarto y, cuando lo vi, casi me caí para atrás de la impresión.

—¿Te gusta cómo ha quedado?

Asentí con la cabeza, incapaz de responder con palabras. Durante las visitas que habían tenido al centro de acogida, habían llevado varias revistas de habitaciones y habíamos mirado páginas web también. Dentro de esa habitación estaba todo lo que me había gustado. Cada cosa. Me sentí al borde de las lágrimas. Me di cuenta de que de verdad les importaba.

Esa noche, después de cenar y cepillarnos los dientes, me metí en mi cuarto y me quedé mirando la cama, pensando en lo agradecido que estaba, en lo maravilloso que resultaba todo y en lo sencillo que estaba siendo. Noté cómo las lágrimas se me acumulaban en los ojos antes de que se deslizasen por mis mejillas. Todo lo que sentía era demasiado y no podía controlarlo, contenerlo dentro de mí.

Escuché unos pasos que se acercaban a mi habitación y cómo, poco a poco, llegaban hasta mí. No giré la cabeza, no me atrevía.

—Estás llorando —dijo la voz asustada de Ander a mi lado, y me puso una mano en el hombro.

—Estoy bien.

—¿Y por qué lloras?

—Estoy llorando de felicidad. Todo me parece demasiado bueno para ser real.

Ander se rio.

—Es todo real, Nik. Yo estoy muy feliz de que estés aquí. Estar solo es muy aburrido. Ya verás, vamos a ser muy buenos amigos.

Me giré para poder verlo y le sonreí encantado. Que hubiese venido a verme me había hecho muy feliz, me había tranquilizado y era justo lo que necesitaba: alguien que me tratase como a un igual.

Desde ese mismo día fuimos inseparables, a pesar de la diferencia de edad, a pesar de que solo viví unos pocos años en casa antes de tener que irme a la universidad.

Ander fue para mí el mejor amigo posible. Mi apoyo.

Ander, con su manera dulce y noble de ser, se ganó mi corazón más rápido de lo que una persona tarda en pestañear.

2



El mundo se apaga

NIKANOR

31 agosto, 2019

Siempre había tenido el sueño ligero. Por eso, cuando la puerta de mi habitación se abrió de madrugada, me desperté al segundo.

Gracias a la luz que proyectaba en el cuarto la regleta en la que ponía a cargar todos mis aparatos electrónicos, pude distinguir a la perfección que Ander se acercaba hasta mi cama arrastrando los pies. Por supuesto, cuando descubrí que era él, el estómago me dio un vuelco.

Por supuesto.

Lo primero que hice fue tratar de mantener el control para no dejar que mis sentimientos aflorasen a la superficie. Me centré de lleno en descubrir, cuanto antes, qué era lo que lo había llevado hasta mi habitación. No era una buena idea estar de madrugada y a oscuras a su lado. De hecho, nunca era una buena idea.

Relajarme me llevó más tiempo del esperado y, para cuando quise darme cuenta, Ander estaba cogiendo las sábanas que tenía hechas un ovillo a mis pies y tirando de ellas hacia arriba para cubrirse. Se tumbó a mi lado en la cama. Muy muy cerca de mí. Demasiado.

—Estoy muriéndome —me dijo con voz dolorida y casi sin pronunciar las palabras—. Tienes que ser mi médico particular.

Justo cuando procesé sus palabras reparé en lo caliente que estaba. El estómago volvió a darme un vuelco, pero, esa vez, de preocupación. Al darme cuenta de lo exagerado que estaba siendo, me dije que tenía que serenarme. Estaba seguro de que no le pasaba nada serio y tenía que ser racional. El problema era que, cuando se trataba de Ander, yo y la palabra *racional* estábamos en putos mudos opuestos.

—Soy traumatólogo, no un médico para niños llorones —le respondí ocultando mi sonrisa. No quería que se diese cuenta de lo mucho que me complacía que hubiese venido a buscarme para que lo cuidase.

—Has estudiado como unos veinte años, digo yo que algo sabrás sobre medicina —sus últimas palabras sonaron sin fuelle, se notaba que estaba dolorido—. Tienes que cuidarme.

Me eché hacia atrás en la cama para estirar el brazo y poder llegar a alcanzar las gafas. Cuando las tuve entre mis manos me las puse. Luego, cogí el móvil que estaba cargándose sobre la mesilla de noche y lo desenchufé. Quería mirarle la garganta a Ander, pero antes de poder

hacerlo tenía que lavarme las manos. Me levanté de la cama, salí al pasillo sin hacer ruido y encendí la linterna del móvil para poder ver sin molestar a nadie. Apoyé el teléfono sobre la repisa del lavabo mientras me lavaba las manos y regresé a la habitación.

Cuando era pequeño, Ander solía ponerse enfermo cada vez que volvíamos de vacaciones. La ciudad en la que vivíamos, en el norte de España, era mucho más fría que el lugar donde pasábamos los veranos. Los cambios de temperatura nunca le habían sentado bien a su cuerpo.

Cuando volví a la habitación me senté en el borde de la cama, a su lado. Le acaricié el pómulo con el dorso de la mano para que me prestase atención. Su piel era suave. El contacto hizo que el estómago me hormiguease. Cuando tuve su atención puesta sobre mí, apunté a su pecho con la linterna del teléfono y fui levantándola poco a poco, con mucho cuidado, para que la luz no le diese en los ojos.

—Abre la boca para que pueda verte la garganta —le pedí tragando fuerte.

Estar tan cerca de él era demasiado para mí.

—Me duele mucho —me dijo apoyándose en mi toque, estrujando mi pobre corazón.

Cuando abrió la boca, con un pequeño vistazo tuve suficiente: tenía la garganta roja e inflamada. Era amigdalitis. Necesitaba líquidos, antiinflamatorios y descanso. Mucho descanso.

—Quédate ahí tranquilo, ahora vuelvo —le dije antes de salir de la habitación hacia las escaleras.

Bajé y fui a la cocina para coger una botella pequeña de agua mineral. Luego pasé por el baño de la planta baja, en el que teníamos el botiquín, para coger un antiinflamatorio y un termómetro. Con todas esas cosas en mi poder, regresé a la habitación.

Después de tomarle la temperatura y darle la medicina, me tumbé a su espalda. Una vez que lo tuve entre mis brazos lo apreté entre ellos y lo atraje contra mi pecho. No pude resistirme a hacerlo, quería cuidar de él.

Ander suspiró y se removió entre mis brazos hasta que quedó colocado frente a mí, luego, se hizo un ovillo y enterró la cara en mi cuello.

Joder. Tenerlo así era como estar entre el paraíso y el infierno: no podía existir nada mejor; no podía existir nada peor.

—No me sueltes.

—Nunca —le respondí, y sentí cómo se me encogía el corazón.

Y así como así, mientras lo veía dormir entre mis brazos, todos los demonios que había dentro de mí se fueron. El mundo se puso derecho sobre su eje y me sentí en paz. Feliz. Completo. Tenerlo a mi lado acurrucado era perfecto. Era todo lo que quería y todo lo que no debía querer.

No era capaz de apartar la mirada de su cabeza enterrada en mi cuello. Encajaba tan bien allí. La vista era tan perfecta que parecía posible creer que era el lugar en el que debería estar. Como si estuviese hecho para dormir entre mis brazos.

Pasé horas solo mirándolo, hasta que, en algún momento de la noche, cedí a la tentación y alargué la mano para acariciar los mechones dorados de su pelo. Miré hipnotizado cómo los suaves mechones se deslizaban entre mis dedos. Tuve que reprimirme para no molestarlo al acariciar su cara.

Cuando llegó el amanecer, salí a hurtadillas de la habitación con mucho cuidado de no hacer ruido y despertar a Ander. Bajé las escaleras hasta la planta baja y, una vez allí, antes de salir al jardín, me puse las zapatillas que guardábamos en el armario de la entrada. Después de dar un par de vueltas para infundirme ánimos, me saqué el teléfono del bolsillo. Tenía que arreglarlo todo, mi avión salía dentro de unas pocas horas y yo necesitaba quedarme allí. Marqué el número de teléfono y esperé con el estómago apretado.

—Leire —dije su nombre, aliviado, cuando contestó al otro. Había tenido miedo de que estuviese ocupada con alguna urgencia.

—Buenos días, Nik —me saludó con alegría.

Leire era un cielo de persona.

—Necesito tu ayuda —le pedí yendo directo al grano, pues no tenía tiempo para perder y tampoco es que yo fuese una persona con mucha facilidad para las relaciones.

Esa misma tarde tenía que estar trabajando en el hospital. Como siempre, había apurado mi regreso lo máximo posible; hecho que jugaba en mi contra. Como Leire tuviera planes, estaba jodido.

—Me lo he imaginado, ¿sabes? No sueles llamar mucho por teléfono —me comentó riéndose.

Leire era una de las pocas compañeras con las que me llevaba bien. Siendo sincero, no es que fuera una persona muy sociable.

—No puedo regresar hoy a Madrid. Necesito que cubras mis turnos hasta que pueda volver —expliqué y, como se quedó en silencio, entendí que para hacerme semejante favor necesitaría al menos una explicación—. Ander está enfermo.

—¿Tu hermano? —me preguntó, y yo apreté la mandíbula.

Odiaba cuando la gente pensaba en Ander como mi hermano. No nos habíamos criado así; siempre habíamos sido amigos, desde el primer día en que nos conocimos.

—Sí.

—Oh, lo siento mucho. ¿Es grave? —indagó con voz preocupada.

Joder, no era grave, no.

—No, Leire, tranquila. Pero no quiero dejarlo solo estando enfermo.

—¿No vivía con tus padres? —continuó preguntando, con curiosidad y algo más. ¿Diversión?

—Sí —le contesté—, pero es que yo soy médico —me apresuré a añadir para que mi necesidad de quedarme se viese reforzada.

—¿Se ha roto algo?

—Esto..., no. Tiene amigdalitis. —Cerré los ojos cuando lo dije, pensando que tendría que haberme inventado algo que hiciese mi necesidad de quedarme un poco más creíble.

—Eres traumatólogo, igual que yo —puntualizó riéndose, ahora sí, de manera divertida.

—Ya.

No sabía qué más añadir. Explicado de esa manera, sonaba absurdo. Porque... Bueno, lo era. Deseaba quedarme, no porque Ander lo necesitase, sino porque yo quería estar a su lado.

—Ya sé a lo que te refieres: tu hermano necesita algo y el mundo se apaga. Ya lo he vivido antes —me dijo Leire riéndose.

¿Eran imaginaciones mías o sus palabras estaban cargadas de significado? ¿Acaso podía leer a través de mí? Cuando esa posibilidad pasó por mi cabeza, me asusté. Tenía mucho miedo de que alguien pudiese darse cuenta de lo que sentía de verdad por Ander. Sabía que mis sentimientos eran tan errados que muchas veces ni siquiera a mí mismo me gustaba pensar en ello. Reconocérmelo. Me resultaba mucho más fácil actuar como si no fuese verdad.

En mi cabeza razonaba una cosa y en alto decía otra. Esa era la historia de mi vida: la contención, el no ser nunca capaz de decir lo que de verdad pensaba por miedo al rechazo de los demás. Porque siempre había sentido que había un abismo entre los demás y yo. Como si continuamente estuviera actuando, como si no pudiera ser natural y como si el resto del mundo y yo no hablásemos el mismo idioma.

Solo había tres personas en el mundo con las que podía ser yo; no porque hablásemos el mismo idioma, sino porque teníamos uno propio para nosotros. Esos eran mis padres y Ander.

Me sentía así con todos ellos, pero en especial con Ander. Aun así, siempre tenía miedo a que dejásemos de entendernos. El temor siempre había estado allí, escondido, casi invisible, pero yo sabía que estaba.

Por eso, todo lo demás perdía importancia cuando Ander me necesitaba, o se apagaba, como había dicho Leire, porque él era mi debilidad. Era la persona a la que más quería en el mundo. Lo era todo para mí y no podía perderlo.

Para hablar con los demás me vestía con mi disfraz de perfección. Con la ropa con la que nadie podía cuestionar que mi vida no importaba, que no aportaba a la sociedad, pero con Ander sentía que podía ser yo mismo. Que me quería por lo que era. Pensaba que si conseguía que jamás descubriera la verdad de lo que sentía por él, entonces siempre estaría a mi lado. Solo quería poder disfrutar de él, de su compañía y de su cariño.

—Entonces, ¿puedes hacerlo? —le pregunté, porque, a pesar de que hacerlo podía suponer que se diese cuenta de lo que sentía, quería quedarme.

—Vas a devolverme este favor en sangre. Que sepas que no pienso volver a hacer una guardia durante el fin de semana en meses.

—Trato hecho —acepté casi gritando por la emoción de poder quedarme.

Como siempre, me contuve de expresarlo en alto.

1 septiembre, 2019

A pesar de que Ander estaba medio sentado en la cama haciendo pucheros, yo me mantenía firme frente a él sujetando la sopa.

—Me duele mucho al tragar —repitió por tercera vez como si por no dejar de decirlo una y otra vez fuese a conseguir convencerme para que no lo obligase a comer.

—Ya, pero aun así tienes que hacerlo —insistí, y no pude evitar sonreír. Había llegado, ya hacía tiempo, a la conclusión de que no era consciente de lo tierno que resultaba—. Si no te tomas la sopa van a hacerte daño los medicamentos en el estómago.

Nuestro padre se asomó a la habitación cortando lo que Ander estaba a punto de decir.

—¿Todo bien, chicos?

—No. Nik está torturándome para que coma —se quejó Ander.

Nuestro padre se rio con ganas.

—Me parece, cariño, que el que está siendo torturado aquí es Nik. Está muy sobrepregado para el trabajo de niño.

—No, hombre, no soy su niño; soy su médico —le respondí a mi padre guiñándole un ojo como parte de la broma.

Ander nos fulminó con la mirada, pero los dos sabíamos que, con su carácter dulce y bondadoso, no podía enfadarse durante mucho tiempo con nosotros por reírnos de él.

—Ahora en serio, hijos. Creo que no puede haber mayor satisfacción para un padre que saber que sus hijos van a estar el uno para el otro, siempre. Para cuidarse y acompañarse. Vuestra madre y yo podemos morirnos tranquilos.

—¡Nada de morirse! —gritó Ander.

Papá se rio tan fuerte que tuvo que doblarse hacia adelante para poder coger aire y no ahogarse de la risa.

2 septiembre, 2019

Ese día, en uno de los ratos en los que Ander se encontraba bien, nos pusimos a jugar a la consola. Lo miré y sonreí. Estaba medio acostado en la cama, ocupando todo el espacio que le era humanamente posible y, como si eso todavía le pareciera poco, tenía colocada una de sus piernas sobre las dos mías.

—Estás mucho mejor —le dije, aprovechando que había una pausa en el juego mientras se cargaba una pantalla nueva.

—No, que va. Para nada.

—Sí, lo estás.

—¿Eso quiere decir que vas a marcharte ya? —me preguntó dejando el mando sobre la cama e incorporándose para ponerse frente a mí.

—Tengo que hacerlo. —Ander me miró haciendo pucheros. ¿Por qué me hacía aquello? —. Tengo que volver al trabajo —añadí, más para convencerme a mí mismo que a él.

Tenía que mantenerme firme y resistir.

—Vaya —dijo poniéndose triste—. ¿Te vas hoy?

Negué con la cabeza.

—No, mañana.

Ander sonrió de oreja a oreja por mi respuesta.

—Quiero disfrutar del tiempo que nos queda —comentó, casi saltando en la cama.

Tragué saliva y bloqueé los pensamientos que me atravesaron la mente. Pensamientos sucios. Estuve a punto de sonreír, estaba seguro de que nuestras ideas de disfrutar el tiempo en común no eran las mismas.

3 septiembre, 2019

Desde hacía un día, Ander no tenía fiebre. Como se encontraba mucho mejor, casi había vuelto a ser el terremoto de siempre. Era maravilloso tenerlo de vuelta.

Mientras él bajaba a la cocina a desayunar, terminé de meter en la maleta la poca ropa que había utilizado durante esos días. Cuando llegué a la cocina, sonreí al verlo agarrando la taza de cacao caliente como si fuese una auténtica delicia; más teniendo en cuenta que era imposible que, cuatro días después de pasar una amigdalitis, el cacao le supiera a algo. Pero allí estaba él, sonriendo como si el mundo fuera un lugar maravilloso y no existiese nada más que bondad y felicidad. ¿Podía haber alguien más dulce que él? Lo dudaba. Siempre me había asombrado lo mucho que disfrutaba de las pequeñas cosas. Lo mucho que brillaba y sobresalía por encima de todos los demás. Era un ser puro.

Me obligué a apartar la mirada y a repetirme, por millonésima vez, que no estaba bien lo que sentía por él. Desvié los ojos hacia mi madre, que era, sin duda, un lugar mucho más seguro al que mirar. Al verla, también sonreí. Joder, era una mujer increíble. Estaba muy agradecido de que me hubiesen adoptado. Sabía que, de no haber sido así, mi vida nunca habría sido tan perfecta.

Mi madre, que era una mujer de éxito y gerente de su propia empresa, nos servía el desayuno con sus pantalones de pinzas grises impolutos, su camisa blanca de media manga y un delantal rosa. A pesar de que podía permitirse tener gente que atendiese todas las cosas de la casa veinticuatro horas al día, siempre había disfrutado de mimarnos y cuidarnos ella misma. No se podía tener unos padres mejores.

Me senté en uno de los taburetes de la mesa alta de la cocina, enfrente de Ander, exprimiendo al máximo los últimos momentos que me quedaban para verlo. Esos siempre eran los peores, los

que me recordaban por qué no podía estar allí. Eran momentos en los que empezaba a ser consciente de que me faltaba poco para dejar de ver las cosas en colores resplandecientes, con sol y calor. Sabía que, en cuanto me montase en el avión y aterrizase en Madrid, volvería a tener mi propia nube gris encima de la cabeza. Volvería a sentir, como me pasaba cada vez que iba, que vivía a medias.

La voz de mi madre me salvó de mis pésimos pensamientos. A punto estuve de suspirar agradecido, hasta que me di cuenta de que estaba frente a mí, esperando a que le respondiese a algo.

—¿Qué has dicho, mamá? —le pregunté, ya que no había escuchado ni una sola palabra pronunciada.

—Te preguntaba que si la chica con la que hablabas la otra mañana era tu compañera.

—Ah, sí. Era Leire. Creo que ya te había hablado de ella.

De repente sentí un golpe fuerte en la espinilla.

—Joder —me quejé, llevándome la mano a la pierna y haciendo círculos sobre la zona dolorida para tratar de calmar el dolor punzante.

Miré a Ander. Estaba observándome con el ceño fruncido y parecía muy molesto.

—Lo siento —se disculpó, pero a diferencia de otras veces en las que me había hecho lo mismo, esta vez no parecía sentirlo para nada.

Lo observé extrañado. Incluso, durante unos segundos, dudé si no lo habría hecho aposta. Aunque enseguida deseché esa opción. Ander era una persona muy nerviosa y le costaba horrores estar quieto. Nuestros padres lo habían llevado al médico para que lo observasen por si era hiperactivo, pero lo habían descartado. Simplemente era una persona muy nerviosa e inquieta que siempre estaba moviendo las piernas, las manos... Era normal que, haciéndolo todo el tiempo, en alguna de esas veces te sacudiera un golpe. Quien se ponía frente a él, y lo conocía, sabía que estaba corriendo un riesgo.

Aparté la vista de su cara cuando escuché que mi madre hablaba de nuevo. Nuestros ojos se habían enganchado. Pensé, una vez más, en lo mucho que odiaba no poder leerle la mente.

—¿Y es guapa esa chica?

—No lo sé, mamá. Ya sabes que no me gustan las mujeres.

Ella no tuvo tiempo de contestarme, ya que, antes de que pudiese abrir la boca siquiera, Ander hizo un ruido muy fuerte desviando nuestra atención hacia él. Sonaba como si se hubiese atragantado con el cacao que estaba tomando. Cuando giré la cabeza en su dirección, mis sospechas se confirmaron. Estaba hecho un desastre. Con el cacao que le había salido por la boca e, incluso, por la nariz, se había manchado la camiseta y gran parte de la barra en la que estábamos desayunando, y boqueaba, desesperado por aire. Me observaba con los ojos muy abiertos, casi redondos, como si fuese la primera vez que me veía en la vida. No pude apartar la mirada de la suya, ni tampoco fui capaz de levantarme para ayudarlo a respirar. Estaba muy sorprendido. ¿Acaso Ander no sabía que era gay?



No me gustan las mujeres

ANDER

3 septiembre, 2019

Estaba alucinado.

«No lo sé, mamá. Ya sabes que no me gustan las mujeres».

Esa frase no paraba de repetirse en mi cabeza una y otra vez. En bucle. Como cuando a tu cerebro le gusta mucho una canción y no para de cantarla todo el rato. Me sentía como si el mío hubiese cortocircuitado y se hubiera quedado atorado en ese momento, incapaz de saltar a otra cosa. Como si después de pensar toda la vida que el mundo era azul, de repente, me hubiera dado cuenta de que estaba equivocado y que, en realidad, era verde. Y es que a mí me gustaba mucho el verde. Mucho más que el aburrido color azul. ¡Dónde iba a parar!

Después de darle una patada sin querer a Nik y atragantarme con el cacao que estaba bebiendo, lo seguí por las escaleras hacia la habitación. No dejé de mirarlo ni un solo segundo mientras cogía la maleta y después se metía en el coche con nuestra madre para que lo llevase al aeropuerto.

Cuando los dos se hubieron marchado, subí las escaleras hasta mi cuarto para vestirme. Necesitaba hablar con Marta. Si no hablaba con alguien de aquello, explotaría en mil pedazos. Marta tendría que aguantarme. Ella era mi mejor amiga, y digamos que más que conocedora de lo que todos llamaban *mi intensidad*.

Como me encontraba muy nervioso y todavía no estaba curado del todo, llegué al portal de la casa de Marta casi arrastrándome, muy cansado. Llamé al timbre y esperé bailando sobre mis pies. Para mi gusto la gente se movía demasiado lento y lo odiaba. Era raro, porque Marta no solía hacerme sentir así. Empecé a pensar que quizás fuera porque ese día estaba más ansioso que de costumbre. Si no soltaba lo que tenía dentro, iba a explotar.

—¿Sí? —contestó por el portero la voz sorprendida de Marta.

—Abre —le pedí mientras empujaba hacia adentro la puerta del portal.

—¿Ander? ¿Qué haces aquí?, ¿no estabas enfermo?

—Abre —le repetí, más ansioso esta vez—. Estoy muriéndome del aburrimiento aquí abajo.

Escuché su risa por el portero segundos antes de que sonase el ruido eléctrico que indicaba que estaba abriéndome la puerta. Una vez dentro del portal, suspiré; Marta vivía en un tercer piso. Miré el ascensor, que no estaba disponible en la planta baja, y durante tres milésimas de segundo

me planteé si debía llamarlo y esperar a que llegase. Tan rápido como había venido la idea a la cabeza la deseché. Seguro que era más fácil morir de aburrimiento esperando al ascensor, que hacerlo subiendo las escaleras hasta el tercero sin estar recuperado del todo.

Me costó una vida llegar a su planta, pero, para cuando lo hice, respirando con dificultad, Marta ya tenía la puerta de su casa abierta, esperándome. Sonreí. Por eso era mi mejor amiga: sabía cómo tratarme y cómo hacer que estuviese tranquilo. Pasé por su lado dándole un beso en la mejilla y entré.

—Hola —la saludé, tumbándome directo en el sofá. Estaba destrozado.

Siete segundos después de tumbarme, cuando ya había tenido suficiente descanso, volví a levantarme. Me acerqué a la cocina, donde Marta debía haber estado haciendo la comida cuando la había llamado, a juzgar por lo bien que olía.

—¿Vas a decirme qué te pasa? Te noto muy nervioso. Más de lo habitual, quiero decir —añadió, sonriéndome con cariño.

—A Nik no le gustan las mujeres —repetí lo que él había dicho esa mañana en el desayuno.

Contuve el aliento, esperanzado por ver la reacción de Marta, pero ella ni siquiera se inmutó.

—¿Me has oído, Marta? —le pregunté frunciendo el ceño—. Acabo de decirte que esta mañana me he enterado de que a Nik no le gustan las mujeres. ¡No le gustan! Eso significa que es gay, ¿verdad? Tiene que ser eso.

—Ya.

—¿Por qué no estás sorprendida? —le pregunté, mirándola con los ojos entrecerrados y llenos de sospecha.

—Ander, sé que Nik es gay desde que las personas empiezan a darse cuenta de esas cosas. Lo sé yo, lo saben tus padres, lo saben sus amigos —enumeró tocándose un dedo por cada respuesta—. Lo sabe todo el mundo, menos tú. Es que no te enteras de nada.

—Pero... No lo entiendo. ¿Por qué no me lo has dicho? Sabes que llevo toda la vida enamorado de él. Tenías que haberme dicho que era gay, eso me hace tener una oportunidad.

—No me jodas, Ander. ¿Te parece que todo lo que os separa de poder estar juntos es la sexualidad de Nik?

—Sí, claro.

Marta, que estaba parada frente a mí, se llevó las manos a la cara, luego echó la cabeza hacia delante hasta que la golpeó contra mi pecho. Solía hacer eso cuando se desesperaba conmigo o cuando le parecía que estaba siendo un cabezón. Mire hacia abajo, a su melena castaña. Me llegaba a la altura del pecho. Le puse la mano sobre la cabeza y se la aparté para que me mirase. Cuando nuestros ojos se cruzaron, puso los suyos en blanco y suspiró.

—Estás mal de la olla, Ander. ¿No te parece, no sé, que ser hermanos, que os separen cuatro años y que viva a quinientos kilómetros de aquí no son suficientes dificultades que saldar? Sabes que no quiero verte sufrir, y cualquier cosa que pueda pasar con Nik va a hacerlo. No puede salir bien.

—Pero es que lo quiero y tengo que intentar hacer algo, Marta —le dije, sabiendo que estaba poniendo cara de angustia—. Sabes que lo quiero como no he querido nunca a nadie, y si no intento algo, no seré capaz de seguir con mi vida. Sabes que no soy capaz de querer a nadie más. Y no somos hermanos —le aclaré, por lo que, me parecía, centésima vez—. Mis padres lo adoptaron. Siempre ha sido mucho más mi amigo que mi hermano, y lo sabes. Nunca lo he visto así.

Marta suspiró y supe que estaba a punto de ponerse de mi parte. Se hacía la dura conmigo, pero siempre estaba a mi lado.

—Necesito que me ayudes a conquistarlo —le pedí, empujando un poco más su voluntad.

Marta resopló y me miró a los ojos con intensidad.

—Como ese imbécil te haga daño, te juro que voy a hacerlo pasar un infierno, Ander.

—Nik nunca me haría daño. Es maravilloso, y lo quiero —lo defendí—. ¿Eso significa que vas a ayudarme? —le pregunté esperanzado y emocionado a partes iguales—. Tenemos que idear un plan de conquista

Marta suspiró.

—Sí, voy a ayudarte, pero no apruebo que tengamos que idear un plan para enamorarlo. Si alguien te quiere tiene que hacerlo por lo que eres. Tiene que quererte tal y como eres. No tiene sentido su amor si debes cambiar para que lo haga.

—No quiero cambiar, solo darle un empujoncito para que deje de verme como un amigo y me vea como a un hombre. Además, para ti es muy fácil decir que alguien tiene que quererte por como eres... Como tú no estás enamorada de un hombre tan perfecto como yo... No entiendo por qué iba a quererme, no tengo nada especial. Solo soy una persona de gustos sencillos. Nik tiene mucho más dinero que yo, es mucho más guapo, mucho más maravilloso, mucho más inteligente y, encima, es capaz de estar quieto y no revolucionar a todo el mundo...

—Hombre, tu guapo sí que eres, Ander. Estás muy bueno.

—Joder, Marta, eres una mierda de amiga. Cuando alguien está de bajón diciendo cosas horribles de sí mismo, tú tienes que encargarte de tranquilizarlo —le dije mirándola con mala cara—. ¿Es qué no sabes que cuando tu mejor amigo está de bajón tu principal función es animarlo?

Marta estalló en carcajadas haciendo que yo mismo no pudiese evitar reírme también.

—Mira, Ander, sabes que, aparte de guapo, también eres maravilloso. Es más, creo que, incluyéndote a ti, sois cuatro las personas tan increíbles que existís en todo el mundo. Así que, por favor, deja de ser un imbécil. Eres cariñoso, divertido, increíble, y cualquier persona sería afortunada de que le quisieras. Eres lo mejor que alguien puede tener al lado y sabes de sobra la opinión que tengo de Nik.

—La sé, y no tienes razón —la interrumpí molesto.

Me dolía que se metiese con Nik porque no se lo merecía. Marta no lo conocía tan bien como yo.

—Puede que sea guapo, médico y divertido, pero no es perfecto, al menos no tanto como tú lo ves en tu cabeza. Lo tienes idealizado. Tiene defectos y no se muestra al mundo.

—No lo conoces tanto como yo.

—Ni falta que hace. Me basta y me sobra contigo.

Marta dio por finalizada la conversación y se giró para remover las alubias que estaba cocinando, luego sacó de la nevera el aparato para la cafetera donde se calentaba la leche. Lo enganchó en el agujero y la encendió. Cuando hubo terminado de hacerlo, se dio la vuelta de nuevo para mirarme.

—Venga, cuéntame qué plan se te ha pasado por esa cabeza loca tuya para conquistar a Nik —me pidió divertida mientras sacaba dos tazas del armario.

Puso la suya debajo de la cafetera y a mí me dio la otra, llena de leche caliente, y el bote de cacao. Yo nunca tomaba café.

Marta y yo terminamos comiendo juntos y riéndonos a carcajadas, mientras maquinábamos un plan para conquistar a Nik. La idea era conseguir que cayese rendido a mis pies.

La hora en la que Marta tuvo que irse al trabajo llegó más rápido de lo que me habría gustado,

y como yo todavía estaba de baja hasta que al día siguiente fuese al médico, me marché a casa a tratar de descansar.

De vuelta descubrí encantado que, si bien el mundo siempre me había parecido un lugar increíble, ahora me parecía todavía mejor. Me moría de ganas de que fuese diciembre. Sabía que iba a hacérseme eterna la espera hasta que Nik regresase a casa. Mucho más de lo que me pasaba siempre. Aunque estaba más contento que nunca. Por lo menos ahora tenía un plan para poder estar con él e iba a darlo todo para lograrlo. Era muy terco cuando me proponía algo.

4



¿Dónde está Ander?

NIKANOR

1 diciembre, 2019

Era un persona deplorable y lo sabía.

Me monté en el avión camino de casa con una mezcla de nervios y felicidad en el estómago. Me sentía mareado de la emoción mientras caminaba por la fila de butacas en busca de mi asiento. Estaba casi flotando. Como siempre —me pasaba desde hacía ya muchos años cuando iba camino de casa—, empezó a asaltarme desde dentro de mi cuerpo un cóctel de sentimientos encontrados: felicidad por volver a ver a Ander; asco hacia mí mismo por ser tan feliz; nervios por lo que me haría experimentar mirar de nuevo esos ojos azules, porque sabía que, en el mismo instante en el que los viera, querría perderme en ellos; miedo de que pudiese darse cuenta de lo que me hacía sentir y me despreciase, y terror de que se percatara de lo profundo y errado que era mi amor hacia él.

Cuando el avión despegó, golpeé el asiento delantero con la cabeza. No sabría precisar si era alivio o todo lo contrario lo que sentía. Los últimos días antes de irme de Madrid habían sido los peores, las horas se habían arrastrado como si se negasen a pasar y los últimos minutos en el hospital me habían parecido horas. Estaba tan ansioso de marcharme de allí y volver a casa que había reservado un avión tan pronto que había tenido que llevar las maletas al hospital para poder salir directamente hacia el aeropuerto cuando acabase mi turno. Esa tarde, en mi consulta, cada vez que había levantado la vista de la mesa para revisar la hora, había sentido como si el reloj estuviese riéndose de mí y, en vez de ir hacia adelante, hubiese ido hacia atrás. Esperaba que el tiempo tuviese el mismo detalle de transcurrir tan lento cuando por fin llegase a casa.

Me sentía agradecido de que el viaje desde Madrid hasta Vitoria durase menos de media hora. Estaba impaciente por llegar a mi hogar, pero sobre todo por volver a ver a Ander. Aunque el viaje fuese corto, eso no evitó que mi cabeza volase a lo sucedido en mi apartamento una mañana de hacía dos meses.

Era mi día libre y me apetecía estar solo. Quería leer y, luego, salir a correr un rato con los cascos puestos y la música a todo volumen para no tener que escuchar mis pensamientos. Lo único que me separaba de mis deseos era el chico que estaba duchándose en esos momentos en mi baño. El chico en cuestión —del que a duras penas conseguía recordar el nombre— y yo nos habíamos acostado unas cuantas veces. Para ser exactos, la noche anterior había sido la tercera

vez; lo que eran dos veces más de las que estaba acostumbrado a acostarme con la misma persona.

A la luz del día, sin el peso de la soledad y la tristeza, sabía que no había sido una buena idea... Pero, claro, yo me sentía débil y necesitado, estaba hambriento de cariño, era un hombre que no podía tener a la persona que amaba, y él tenía el pelo del mismo color rubio y de la misma largura que... Ni siquiera era capaz de atreverme a terminar esa frase en mi cabeza, como para alguna vez atreverme a decírselo a Ander. Súmale a toda esa mezcla de sentimientos un par de copas de más, y que cometiera el error de volver a acostarme con el chico era solo cuestión de tiempo. No podía negar que me había vuelto loco repetir con él. Digamos que me había dejado llevar un poco, demasiado, y pudiera ser que eso lo hubiese hecho creer que tenía algún tipo de oportunidad conmigo.

Cuando el chico salió de la ducha sonriendo, con el pelo mojado y sin toalla, intuí, por cómo se contoneaba, que pensaba que podía suponer algún tipo de tentación para mí. Por supuesto cuando vio mi inexistente reacción hacia él se llevó una desilusión. Por lo que a mi respectaba, no me había acostado con él; lo había hecho con su melena y pensando durante cada estocada en otro hombre.

—¿Te apetece jugar? —me preguntó, aun así.

Noté que su miembro había empezado a endurecerse.

—No, gracias. La verdad es que tengo muchas cosas que hacer —le respondí cortante.

Cuanto antes se diese cuenta de la situación real, mejor.

—¿Quieres que me vaya? —quiso saber, sorprendido y llevándose las manos al pecho como si lo hubiese ofendido.

—Mejor, sí.

—Pero anoche cuando nos encontramos en el club parecías muy contento de verme —insistió.

No estaba contento de verlo a él, estaba caliente, muy caliente, y poder acostarme con un hombre con los ojos abiertos, sin necesidad de estar imaginándome a otro en la cabeza, me pareció muy tentador en ese momento. Me pareció muy tentador ponerlo bocabajo y follármelo hasta que estuve dolorido. Era imposible que no me hubiese escuchado diciendo un nombre equivocado cada vez que lo investía.

—No estoy interesado —le expliqué, pasándome la mano por el cuello. La situación estaba empezando a ser muy molesta.

No quería ser desagradable, bastante cabrón era y me sentía como para encima tratar mal al chico, que no tenía la culpa de mis múltiples problemas. Pero si tenía que serlo para que se marchase, lo haría.

—Así que es cierto lo que dicen de ti —me dijo.

Su comentario me cogió por sorpresa.

—Depende de lo que digan.

—Dicen que no te quedas nunca con nadie, que no te acuestas más de una vez con nadie. Que eres incapaz de enamorarte.

Sus palabras, que estaban dichas con rencor y sin duda destinadas a hacerme daño, me hicieron reír. Ninguno de ellos tenía ni puta idea. Era más que capaz de amar. Ese era el puto problema, que estaba enamorado. Pero no lo estaba de quien debería.

—Lárgate —le dije sin quedarme en la casa para saber si me había hecho caso o no.

Después de esa reveladora mañana, mientras corría por el parque, decidí que no iba a acostarme con más hombres al azar. Se había acabado aquella chorrada. Estaba claro que eso no era para mí.

Volví a la realidad y, como si alguien que no fuese yo controlase mi cuerpo, me saqué el móvil del bolsillo. En el mismo segundo en el que lo tuve entre las manos, como era de esperar, abrí el chat de WhatsApp con Ander para poder ver la fotografía que me había mandado la noche anterior. Era incapaz de controlar mi necesidad por él y, como siempre que me daba cuenta de ello, me sentí patético. Aunque mi cabeza sabía de sobra que quererlo era errado, mi corazón parecía no querer enterarse. Llevaba años sin que le diese la puta gana de comprender que anhelar a Ander estaba mal, que lo que sentía por él no era correcto.

Seguí mirando la fotografía, incapaz de apartar la vista. En ella, Ander estaba tumbado en el suelo del salón, abrazado a Tor, mi border collie. Como cada vez que la había mirado desde que la mandó la noche anterior, mis ojos se deslizaron hasta lo escrito en la descripción de la fotografía: «Nos morimos de ganas por verte». Sus palabras me encogían y me calentaban el pecho por igual. Todo lo relacionado con Ander siempre estaba cargado de sentimientos muy fuertes y, por si eso fuera poco, opuestos entre sí.

Odiaba sentirme así. Estaba seguro de que, si Ander alguna vez descubría lo que de verdad sentía por él, me odiaría. Si mis padres se enteraban se avergonzarían de mí. Pero, a pesar de saber todo eso, me encontraba en aquel avión regresando a casa. Regresando a por mí dosis de Ander. Era como un drogadicto que no puede vivir sin su droga y está dispuesto a hacer lo que haga falta para conseguirla, aunque a la vez sepa que está mal, que no es bueno ni para él ni para su familia.

Era incapaz de luchar contra lo que sentía, incapaz de evitar que él lo significase todo para mí, de ser feliz si no estaba a su lado. Aunque me sentía sucio, necesitaba verlo.

Necesitaba verlo ya.

Me urgía su presencia para que apagara toda la angustia que había en mi interior, toda la lucha. Estar a su lado hacía que mis demonios desapareciesen, junto con mis miedos y mis preocupaciones. Llevaba demasiados meses sin verlo y estaba al borde de la depresión, de la desesperación. Sabía que en el mismo segundo en el que me sonriese todo volvería a estar bien. Sabía que su presencia me calentaría por dentro e iluminaría la oscuridad de mi alma dañada y solitaria.

Cuando bajé del avión y pisé el suelo de la ciudad que me había visto crecer, me asaltó la misma esperanza de siempre. La absurda esperanza de que esa vez, cuando viese a Ander, descubriría que el enamoramiento se me había pasado como por arte de magia. Pensar que eso podía llegar a ocurrir hacía que me sintiese aliviado. Aunque debía decir que esa sensación de alivio no duraba mucho, solo los segundos que tardaba en darme cuenta de que, si eso llegara a pasar de verdad, me sentiría como si alguien hubiese metido la mano dentro de mí y arrancado la mitad de mi alma. Por supuesto prefería no pensar en aquello. Ese sentimiento, junto con otros muchos de anhelo y deseo, los enterraba en lo más profundo de mi ser.

La realidad de lo que ocurría cada vez que volvía a casa era otra, porque, en el segundo en el que mis ojos se posaban sobre él, mi corazón se aceleraba y sentía que volvía a respirar como no había podido hacerlo en meses. Verlo después de tanto tiempo era la misma sensación que se tiene cuando sale el sol en un día nublado; una mezcla de incredulidad, magia y felicidad.

Aquel día, cuando al bajar del avión y no verlo me sentí como si alguien me hubiera estrujado el corazón, fui dolorosamente consciente de que esa vez tampoco se me había pasado por arte de magia lo que sentía por él. Al no ver a Ander esperándome en la terminal del aeropuerto, caminé angustiado hasta llegar frente a mis padres. Una vez los tuve delante lo primero que hice después de darles un beso y un abrazo fue preguntarles:

—¿Dónde está Ander?

—Está trabajando, cariño. Nos ha dicho que te había avisado —me explicó mamá alejándose de mí para poder mirarme entero con sus ojos de madre, unos ojos para los que debía de ser alguien maravilloso a juzgar por cómo me contemplaba siempre—. Le han pedido que vaya en el último momento. Creo que una de sus compañeras se ha puesto enferma. ¡Pero qué guapo estás, cariño!

Sentí cómo se me deshinchaba el pecho con la explicación de mi madre y, si no hubiese estado tan afectado, quizás hubiera encontrado la situación hasta cómica. Siempre había tenido pánico a que Ander pudiese descubrir lo que sentía por él. Pánico a que, si lo hacía, no volviera a verlo nunca más. Odiaba sentirme así. Me odiaba.



Mi pobre cerebro se cortocircuitó

ANDER

Pasado

Estaba emocionado y no conseguía mantenerme quieto.

Bueno, no moverme estaba costándome más de lo normal, y eso, viniendo de mí, era decir mucho. Nik había llegado a casa la noche anterior y, como cada vez que lo hacía, todo se había vuelto mucho mejor al instante. Más divertido y bonito.

Me encantaba que estuviese en casa y odiaba que viviese fuera. Odiaba poder verlo solo en vacaciones. Quería que estuviese siempre aquí. Mejor dicho: lo necesitaba siempre aquí, en casa, con nosotros, conmigo.

Levanté la cabeza y miré a Nik por encima de la taza de cacao caliente que estaba tomando. Se me escapó una sonrisa cuando nuestras miradas se cruzaron por encima de las tazas. La suya era de café, por supuesto, Nik era lo suficiente mayor y sofisticado como para tomar cacao. Yo lo hacía porque cuando había probado el café me había parecido un brebaje asqueroso. Cuando Nik bajó la taza de su cara y pude apreciar al completo la sonrisa que estaba regalándome, el corazón me aleteó nervioso en el pecho. Me reí encantado. Todavía me hacían gracia las reacciones que mi cuerpo tenía al suyo. Todavía seguía sintiéndome afortunado cada vez que respondía a su presencia, pues me hacía sentir vivo y normal.

—Llevo meses pensándolo y se me ha ocurrido una idea perfecta para pasar los días de Semana Santa este año —comentó Nik. Su sonrisa se hizo más grande, juguetona y satisfecha.

Y... mi pobre cerebro se cortocircuitó. Puf. Se apagó el botón de la normalidad y se encendió de nuevo en el modo adolescente. Una serie de pensamientos en los que Nik y yo nos revolcábamos por la cama y nos acariciábamos el uno al otro inundó mi cerebro por completo. Me sorprendí al sentir cómo la sangre me calentaba las mejillas. ¡Menudos pensamientos más inapropiados y satisfactorios! Podría llegar a acostumbrarme a ellos. ¿Era así cómo se sentían el resto de los adolescentes todo el día?

—Ander —me llamó Nik al otro lado de la mesa de la cocina—. ¿Estás bien? —me preguntó, y me di cuenta, por la manera en la que me hablaba, de que debía haberme quedado en silencio sin reaccionar a sus palabras más tiempo del que a mí me había parecido.

—Sí —le respondí riendo—. Estoy de maravilla.

Supe por la manera en la que me miraba que estaba esperando a que le dijese algo más, pero, aunque hubiese querido hacerlo no habría podido, ya que me había puesto tan nervioso que había

perdido el hilo de mis propios pensamientos.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo se me ha ocurrido que pasemos nuestro tiempo estas fiestas? —insistió, pero cauteloso esta vez.

—¡Sí, claro! —le respondí contento al recordar de lo que estábamos hablando.

Nik sonrió feliz al ver mi reacción.

—He pensado que ya es hora de que aprendas a montar en moto.

—¡Sí! —grité emocionado levantándome para poder lanzarme encima suyo.

Cuando Nik vio que me acercaba a él e intuyó mis intenciones, se echó hacia atrás en la silla para dejarme hueco y que pudiese sentarme sin peligro sobre él. Me lancé sobre su cuerpo. Tuvo que sujetarse a la mesa para que no nos cayésemos al suelo los dos. Sabía que estaba seguro con él, que nunca iba a dejar que me cayese.

Me senté sobre sus piernas y enterré la cara en el hueco de su cuello. Me encantaba hacerlo, siempre lo había hecho, pero ese día sentí que necesitaba más, mucho más. Empecé a frotar la cara contra su cuello.

—Ander —dijo mi nombre con un suspiro y empezó a acariciarme la espalda.

—Vas a enseñarme tú, ¿verdad? ¿Vas a enseñarme a montar en moto? —le pregunté impregnando de cariño cada una de las palabras.

Lo quería tanto que podría haber explotado de amor justo en ese mismo momento.

—Por supuesto —me respondió sin dudar ni un solo segundo—. Eso era lo que quería proponerte. Pero hay una condición.

—¿Una condición? —repetí frunciendo el ceño—. ¿Qué condición?

—Por las tardes saldremos a aprender a montar en moto, pero por las mañanas...

—¿Qué pasará por las mañanas? —lo interrumpí impaciente.

La mayor parte de las veces la gente hablaba demasiado despacio para mi gusto. A eso había que añadirle que ante Nik siempre había sentido ganas de abrir su cerebro y sumergirme dentro de él para saber cada cosa que pensaba.

—Eres un impaciente —me dijo sonriendo con cariño—. ¿Te das cuenta de que si no me hubieses interrumpido ya sabrías lo que iba a decirte?

—Puede ser, pero entonces no sería yo. ¿No te gusta como soy? —le pregunté con inocencia, pero sabía de sobra la respuesta.

—Me encanta como eres —afirmó al segundo, y me apretó todavía más fuerte contra su cuerpo.

Durante unos segundos nos quedamos abrazándonos en silencio, sentados sobre la silla de la cocina. Se estaba tan a gusto en sus brazos... Si fuese humanamente posible me habría gustado no tener que bajarme de su regazo durante el resto de mi vida.

Nik habló y rompió el silencio:

—Por las mañanas vas a tener que estudiar para poder sacarte el carné.

Suspiré horrorizado. Esa iba a ser sin ninguna duda la peor parte. Siempre me había costado muchísimo estudiar y por más que me esforzaba nunca conseguía estar concentrado durante más de cinco minutos seguidos. Me aburría como el infierno hacerlo.

—Suena horrible —le respondí resignado.

Por mucho que odiase tener que estudiar, Nik tenía razón: si no superaba el examen teórico, aunque supiese conducir una moto, no podría hacerlo. Quería sacarme el carné, y para eso tenía que estudiar. Pero no todo eran malas noticias. Si había una persona en este mundo que era capaz de aguantarme mientras estudiaba, y que, además, de conseguir que luego recordase las cosas, ese era Nik. Estar junto a él siempre me había ayudado a relajarme.

—No va a ser horrible porque voy a ayudarte. Vamos a estudiar juntos. Vamos a conseguir que te concentres y que te acuerdes de todo. Somos el mejor equipo.

—¡Estoy de acuerdo! —gritó nuestra madre emocionada entrando en la cocina—. Por lo que veo, ya le has dicho a Ander que vas a enseñarlo a montar en moto.

—Sí. Pero se ha hecho el sorprendido por mi proposición, y eso que la última vez que nos vimos se encargó de que me quedase claro que le apetecía aprender a hacerlo de una vez.

—¿Eso quiere decir que no fui sutil? —le pregunté, fingiendo inocencia. Yo nunca era sutil.

—Estoy seguro de que ni siquiera sabes lo que significa la palabra.

Nuestra madre se rio y, al pasar por nuestro lado camino del frigorífico, nos acarició a cada uno la cabeza.

—Me parece que vais a tener unas vacaciones de Semana Santa muy entretenidas.

—Con Ander siempre lo son —habló Nik, apretujándome un poco más contra su pecho.

Después de pasar toda la mañana estudiando y luego comer, tal y como Nik me había prometido, fuimos al garaje a recoger la moto. En enero, cuando había estado visitando a Nik en Madrid, había visto la moto que tenía allí, era enorme y muy *sexy* en comparación con la que tenía aquí. Pero, para mis ojos, la pequeña Vespa roja era perfecta. Era todo lo que yo quería.

Miré con felicidad la moto que significaba mi libertad. No más tener que depender de mis padres para ir a cualquier lado que necesitase. Puede que incluso cuando me sacase el carné, consiguiese llegar a convencerlos para que me dejaran trabajar ese verano.

NIKANOR

Me decía que estaba haciendo eso porque al día siguiente me iría, no porque necesitase disfrutar y exprimir al máximo todo lo que pudiera el sentir a Ander tan cerca de mi cuerpo. Esos días enseñándolo a montar en moto habían sido, a la vez, un sueño y una tortura. Había sido increíble ver la felicidad en sus ojos cada vez que cogíamos la moto del garaje y nos íbamos a conducirla. Había sido increíble también notar en sus ojos el alivio y la gratitud que sentía cada vez que se daba cuenta de que recordaba las respuestas a las preguntas del examen. Ander era una persona muy inteligente, mucho, pero su dificultad para estar quieto era una traba importante y siempre tenía que esforzarse al máximo para poder superarla.

Después de muchas mañanas moviéndonos por la casa mientras leíamos los textos de los temas que tenía que aprenderse, había conseguido en cinco ocasiones aprobar un examen online de prueba, por lo que estaba más que preparado para conseguirlo. Por supuesto, para celebrarlo, habíamos cogido la moto y nos habíamos ido a conducirla.

Esa tarde, después de haber estado en el Buesa Arena practicando durante horas, le había propuesto a Ander ir hasta el pantano de Garaio. Todos aquellos días, cuando lo abrazaba por la espalda mientras lo enseñaba a conducir, había pensado que no podía existir sensación mejor. Pero había estado equivocado. Porque, esa tarde, poder sentir a Ander abrazándome por la espalda, con la cabeza apoyada sobre el hombro mientras lo llevaba de paseo fue perfecto, casi mágico. No había sensación más potente y maravillosa que sentir su cuerpo seguro contra el mío. Su calor y su confianza. Su amor.



Tres horas. Tres malditas horas

ANDER

1 diciembre, 2019

—Estás volviéndome loca, Ander —me dijo Marta en un tono cansino, llevándose la mano a la frente.

—Es que estoy nervioso.

—Tú siempre estás nervioso.

—Ya, pero hoy lo estoy más. ¿Se te ha olvidado que vuelve Nik y empieza mi conquista?

—Como si me dejases olvidarlo.

Por supuesto, seguí hablando como si no hubiese escuchado su comentario:

—Es que estoy desesperado. Hoy empezamos con el plan y ya empieza mal. Ahora mismo, en vez de en el trabajo, tendría que estar en el aeropuerto esperándolo. Tendría que estar vestido con una ropa super *sexy* y ceñida que le enseñase lo mucho que me he machacado en el gimnasio en su honor. Necesito que me encuentre atractivo —dije, haciendo un mohín con los labios.

—Ander, siempre has estado bueno. Siempre has estado como un toro, y vuelvo a repetirte que no tienes que cambiar nada para gustarle a nadie. Además, solo porque te crezcan los músculos, nadie va a darse cuenta de repente de lo muy cachondo que le pones.

—¿Acaso eres un chico? ¿O sabes cómo piensan los tíos? ¿No sabes que dicen que se vuelven locos por un buen culo? Pues digo yo que a los gais les pasará lo mismo. ¿Se puede saber de qué lado estás? ¿No te das cuenta de que tienes que ayudarme a sacar este plan adelante?

—Tienes razón. Está bien —me dijo Marta y se puso seria—. Vamos a repasar otra vez cómo pretendes hacer que Nik se vuelva loco por ti.

Sonreí emocionado. Me encantaba hablar del plan. Había planeado al milímetro todo lo que quería hacer para que se volviese loco por mí. Justo cuando iba a empezar a contarle lo que tenía pensado hacer con Nik ese fin de semana, un cliente se nos acercó en el supermercado donde trabajábamos y le pidió a Marta que lo ayudase a encontrar un producto. Marta se fue a ayudarlo, sonriendo. El hombre era muy pesado, pero muy buen cliente.

Cuando me quedé solo me saqué el cúter del bolsillo del pantalón para abrir el paquete de botes de lentejas que iba a reponer. Se me daba bien aquel trabajo, era rápido y no me importaba trabajar duro, de hecho, lo prefería a tener que estar en un sitio quieto o haciendo siempre lo mismo; eso sí que no podría soportarlo. Mi vida era sencilla, pero me gustaba bastante.

Esa tarde, por muchas veces que lo intentamos, Marta y yo casi no conseguimos hablar.

Tuvimos demasiado trabajo, ya que había tantos clientes que incluso Marta, que era la encargada, tuvo que ponerse a cobrar en la caja para que pudiéramos atenderlos a todos y no tuvieran que esperar en exceso. Al principio, cuando me di cuenta de que no iba a poder repasar por millonésima vez mi plan con ella me puse triste, hasta que me percaté de que, si estaba hasta arriba de trabajo, las horas que me quedaban hasta poder ver a Nik se pasarían mucho más rápido.

Horas después, cuando el supermercado estaba más vacío, Marta y yo volvimos a encontrarnos, esa vez, en el pasillo de la limpieza. Mientras yo reponía unas pastillas de detergente para el lavavajillas, ella frenteaba el resto de los productos a mi lado para que pudiésemos hablar y trabajar a la vez.

—Así como yo lo veo, Ander, el único problema de tu plan es que quieres hacer un montón de cosas en las que tienes que estar concentrado. Y aunque yo te quiero con todo mi corazón, y por supuesto que no quiero ofenderte, no eres capaz de estar concentrado en nada durante más de dos minutos. No puedes, entiéndelo de una vez.

—Puedo y lo haré. Puedo hacerlo porque es la única manera de conseguir a Nik. Por Nik puedo estar concentrado incluso tres minutos —le respondí siguiendo la broma.

—Eres tonto.

—De hecho, Nik es la única persona de este mundo que sería capaz de mantener mi atención y mi interés durante el resto de mi vida.

Sonreí embobado pensando en lo mucho que me apetecía verlo. En su pelo negro, suave, corto y liso. En sus ojos rasgados. En su cara perfecta. En lo muy *sexy* que le quedaban las gafas de pasta negras. En lo largas que tenía las piernas y en lo mucho que me gustaban sus manos. Sus manos capaces que curaban a personas. Suspiré. Nik era increíble.

El efecto de tener demasiado trabajo y que el tiempo pasase rápido dejó de funcionar como dos horas antes de la hora de cerrar el supermercado. Hacía unos diez minutos que Marta, desesperada conmigo, me había quitado el reloj y se lo había guardado en el bolsillo de los pantalones para que dejase de mirarlo cada dos segundos. Lo que no había tenido en cuenta era que eso no me impedía acercarme a ella de manera furtiva para tratar de ojear el suyo. Aunque debía reconocer que no estaba siendo una tarea nada fácil, pues ni yo era una persona discreta, ni tampoco era sencillo para un chico de metro noventa pasar desapercibido ante una chica que medía metro sesenta y cinco. Cada vez que me acercaba a su lado para mirar de reojo su reloj, me pillaba.

La cuarta vez que Marta tapó la esfera antes de que consiguiera ver la hora, suspiré frustrado y con fastidio.

—Ander, ¿no ves que cada vez que te acercas a mí tapas la luz? No vas a poder acercarte sin que me dé cuenta —me explicó poniendo los ojos en blanco.

—Estás torturándome. ¿Por qué estás haciéndolo? —le pregunté, cruzándome de brazos y dedicándole mi mejor cara de bueno.

—Me da igual la cara de inocente que me pongas o lo mucho que patalees, no voy a decirte la hora. La idea es que te olvides de ella y que te distraigas con otra cosa.

—Como si fuese tan fácil. —Resoplé.

Marta no se inmutó lo más mínimo ante mi queja. Al cabo de pocos segundos desvió la vista de mis ojos para mirar sobre mi hombro. Cuando lo hizo, puso mala cara. Me di la vuelta curioso para saber que estaba disgustándola. Y, entonces, lo vi.

Nik.

Se me llenó el estómago de mariposas y todo lo que había a mi alrededor desapareció.

Sin importarme dónde me encontraba, quién estaba a mi alrededor o si era decoroso o no, salí corriendo por el pasillo y abracé a Nik con todas mis fuerzas. Cuando él leyó mis intenciones puso duro su cuerpo para que mi abrazo no acabase con los dos tirados en el suelo. En ningún momento tuve miedo de que eso pudiera suceder, pues yo era un chico grande, pero Nik también. Ver su enorme sonrisa antes de agarrarme casi hizo que me explotase el corazón de felicidad. Dios, era tan guapo.

—Te he echado tanto de menos —le dije enterrando la cara en su cuello y oliendo su aroma.

Estar en sus brazos era como estar en mi hogar. Era mi sitio. Necesitaba conseguir que él se diese cuenta de lo mismo.

NIKANOR

Tres horas.

Tres malditas horas había durado en casa antes de salir corriendo detrás de Ander. Me sentía tan patético. Ni siquiera ser consciente de lo penoso y necesitado que era evitó que me pusiese la cazadora, me despidiera de mis padres y fuese paseando hasta el supermercado en el que trabajaba Ander. Tenía que verlo. «No —me corregí—, necesitaba verlo».

Cuando llegué al supermercado, lo observé desde fuera a través de la cristalera. Estaba en la perfumería reponiendo. El estómago se me llenó de hormigas y me puse supernervioso. Ansioso.

Entré en la tienda y me acerqué a grandes zancadas hasta el lugar donde lo había visto. Estuve a punto de gruñir cuando vi que detrás de Ander estaba Marta y, como siempre, se encontraban demasiado juntos para mi gusto. Nuestros ojos se cruzaron y ella me miró con mala cara, con la misma cara que si hubiese olido algo asqueroso.

En el segundo exacto en el que noté que Ander empezaba a darse la vuelta, mi atención se arrancó de golpe de Marta para posarse sobre él. Nada más me importaba. Necesitaba descubrir si seguía sintiendo el mismo amor por mí que la última vez que nos habíamos visto. Odiaba sentirme así, esa inseguridad, ese miedo. Por supuesto, Ander no me decepcionó, nunca lo hacía. Cada vez que me miraba con los ojos llenos de felicidad y de amor, cada una de las putas veces, me parecía un milagro.

En el instante en el que me vio salió corriendo hacia mí. Cuando leí en su cara que estaba a punto de darme un enorme abrazo me preparé para que no nos cayésemos. Nunca lo dejaría caer. Cuando lo tuve entre mis brazos, sintiendo su calor y su cercanía, todos mis miedos y mis inseguridades se esfumaron como si nunca hubiesen existido. Ander metió la cara en mi cuello haciéndome sonreír y luego se frotó contra mí como si fuera un pequeño gatito.

Lo miré embobado sin poder evitarlo. Me fascinaba su belleza y lo cariñoso que era. Observé cómo su pelo rubio y largo se deslizaba de su cara a cámara lenta y, cuando su rostro se quedó por completo al descubierto para mí, contuve el aliento. Dios, era impresionante. Era, sin duda, el hombre más guapo y perfecto que existía sobre la faz de la Tierra.

—Te he echado tanto de menos —me dijo con cariño.

Me explotó el corazón y estuve a punto de sollozar. ¿Por qué tenía que ser todo tan injusto? ¿Por qué no podía quererlo como a un hermano? ¿Por qué tenía que estar tan enamorado de él? Necesitaba mantenerme bajo control. Pero, aunque mi mente pensó eso, mi cuerpo hizo otra cosa: sin importarme dónde o con quién estuviéramos, bajé la cara hasta su cabeza y lo besé en el lateral de la frente, en el lugar al que tenía más fácil acceso. Lo besé allí, pero, al cerrar los ojos,

soñé con poder hacerlo en sus labios. Esos preciosos labios rojos e hinchados que para mí representaban el pecado. Esos labios que me había imaginado demasiadas veces envueltos en lugares poco apropiados.

A veces no entendía cómo podía quererse tanto a alguien y que estuviese mal, que fuese incorrecto. Pero la realidad es que así era.

—No tanto como yo a ti —le respondí por fin.

Marta carraspeó a nuestro lado. La fulminé con la mirada. Ese sonido hizo que Ander se acordase de repente de que estaba en el trabajo. Y, después de darme un apretón más en el cuello, se bajó de mis brazos. Me agaché para recoger del suelo el libro que había llevado para leer mientras esperaba a que saliese del trabajo. La decisión de dejarlo caer al suelo había sido fácil, pues, o sujetaba el libro o cogía a Ander. El pobre libro nunca había tenido la menor oportunidad.

—Hola, Nik —me saludó Marta sin mucho entusiasmo, dejando lo suficiente claro que no se alegraba de verme mientras me escrutaba con la mirada.

—Marta —le devolví el saludo con el mismo entusiasmo.

En nuestro caso, los sentimientos de enemistad eran mutuos. Ella me hacía la misma gracia a mí que yo a ella. Curioso que fuera la misma persona la que nos mantenía a la vez lejos y cerca. Como siempre, Ander, o bien se mantenía ajeno a nuestra enemistad, o bien le importaba poco, porque, mientras nos nivelábamos con la mirada, él sonreía de oreja a oreja como si estuviese pasando un rato maravilloso. Muchas veces me había preguntado si Marta era capaz de ver mis sentimientos reales hacia Ander. Al principio había tenido miedo de que pudiese decirle algo, pero después de tantos años sin que lo hubiera hecho, había perdido un poco el temor.

—¿Qué hora es? —me preguntó Ander sacándome de mis pensamientos.

Me sorprendió su pregunta, pues él siempre llevaba reloj; con lo inquieto que era no soportaba no saber la hora.

—Las ocho y media. ¿Y tú reloj? —le pregunté extrañado.

—Es una larga historia —me respondió Marta sonriéndole a Ander como si fuese algo que solo ellos dos supieran.

Como cada puta vez que ellos compartían un secreto de amigos me sentó como una patada en el estómago. De nuevo, le lancé una mirada mortal a Marta. Estaba convencido de que lo hacía aposta, solo por el placer de tocarme los huevos.

—Me queda una hora para acabar el trabajo. ¿Me esperarás? —quiso saber Ander, esperanzado y dedicándome una mirada encantadora que me dejó medio mareado.

—Claro —le contesté levantando el libro y moviéndolo delante de su cara para que lo viera—. He venido preparado para eso. Te espero en el bar de la esquina.

Me sonrió de oreja a oreja, encantado. Su sonrisa fue tan tierna que tuve que controlarme para no hacer una tontería como decirle que lo amaba o, como, por ejemplo, acercarme a él, agarrarlo del pelo para levantarle la cabeza y devorarle la boca.

Tenía que salir de allí y tenía que hacerlo ya.



Mi madre, bendita ella

ANDER

2 diciembre, 2019

Después de una cena increíble en la que mamá había hecho todos nuestros platos preferidos, Nik y yo salimos a pasear con Tor. Cuando Nik no estaba en casa esa era una de las cosas que más echaba de menos. Cuando la noche caía y ya no quedaba casi nadie por la calle, salíamos los tres y caminábamos. Muchas veces incluso lo hacíamos durante horas. Era algo mágico. Bueno, cada pequeño momento que podía disfrutar de la compañía de Nik lo era.

Esa noche caminábamos por el parque de debajo de casa.

—¿Crees que mamá quiere cebarnos para comernos después? —le pregunté riendo a Nik.

—Oh, por supuesto que a ti sí, pero dudo que quiera hacerlo conmigo, ya sabes que siempre he sido su favorito —me respondió riendo.

—Vas a enterarte —le dije, lanzándome a su espalda.

Era la guerra. Empezamos a luchar el uno contra el otro. Nik comenzó a perseguirme mientras Tor saltaba y ladraba haciendo círculos a nuestro alrededor.

—Me rindo —le dije casi sin aliento después de que me inmovilizara y me cosiera a cosquillas.

Me dolía la cara de tanto sonreír. Hacía mucho tiempo que no estaba tan a gusto. Para ser exactos, desde el verano, cuando Nik había regresado a Madrid.

Seguimos caminando por el parque mientras hablábamos de todo lo que íbamos a hacer esas Navidades.

Antes de llegar a la carretera que teníamos que cruzar para acceder al paseo que había por el anillo verde que rodeaba la ciudad, Nik llamó a Tor para que viniese y poder ponerle la correa. Tor se acercó a nosotros obediente y se sentó encantado, casi sonriéndonos con la mirada. A él también parecía encantarle que Nik estuviera de vuelta en casa.

Mientras Nik le ataba la cadena al cuello, el otro extremo de la correa descansaba en el suelo. De pronto, cogiéndonos a los dos por sorpresa, Tor salió corriendo detrás de algo que debía haber visto moverse en el bosque. Se me puso el corazón en la boca del susto porque pudiera pasarle algo, de pensar que, al atravesar la carretera, pudiera atropellarlo un coche. Salí corriendo detrás de él y me abalancé para coger su correa. Nik hizo lo mismo que yo y ambos conseguimos atraparla a la vez, justo antes de que Tor saliese a la carretera.

—Joder —dijo Nik, mirándome muy asustado—. Tor, ¿qué haces, chico? —le preguntó reprendiéndole.

—Eso no se hace —seguí yo—. Si cruzas la carretera, solo puede pasarte algo.

Tor nos observó a ambos con las orejas agachadas y moviendo la cabeza de medio lado, como si supiese que estábamos llamándole la atención, pero no tuviese muy claro lo que había hecho. Nik, que siempre había sido más blando de lo que parecía y mucho más de lo que quería parecer, le acarició la cabeza a como si quisiera reconfortarle. Después de esa caricia empezamos a caminar de nuevo.

Una vez que se me pasó el susto, segundos después —yo era un chico rápido para todo, tanto para encenderme como para apagarme—, empecé a ser consciente del calor de la mano de Nik sobre la mía, alrededor de la cuerda. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta antes?

Sonreí encantado con la situación. Al habernos lanzado los dos a la vez a por la correa de Tor, habíamos terminado agarrados de la mano.

Cruzamos la carretera. Como el contacto entre los dos se dilataba, empecé a sentirme mareado, embriagado por el calor de su mano, por su suavidad. Empecé a experimentar un calambre recorriendo todo mi cuerpo. Un calambre que entraba por la unión de nuestras manos. La cabeza me daba vueltas como si estuviera embriagado. ¿Cómo podía producir tanto placer tocar a otra persona? Me sentía tan a gusto agarrado de la mano de Nik que no me atrevía a hacer ningún movimiento brusco y se díese cuenta de que teníamos que soltar a Tor, que no existía ningún motivo para que todavía sujetásemos los dos la correa. Me mantuve quieto durante todo el paseo, moviendo solo de manera frenética la otra mano dentro de mi bolsillo.

Ja. Eso tenía que contárselo a Marta. Había conseguido pasear durante más de una hora con la mano de Nik enlazada con la mía sin soltársela ni un solo segundo. ¿Era capaz de estar tranquilo o no?

NIKANOR

Me desperté con un gran estruendo que llegaba desde de la cocina. Después de unos pocos segundos de inconsciencia empecé a darme cuenta del ángulo tan incómodo en el que tenía puesta la cabeza. Gemí al imaginar lo mucho que iba a dolerme más tarde, pero, segundos después, sonreí como un idiota al recordar el motivo por el que la noche anterior había decidido que era buena idea dormir así y supe que todo el dolor de cuello que tendría que sufrir durante ese día merecía la pena.

Abrí los ojos emocionado para ver a Ander tumbado en mi pecho. Su enorme cuerpo descansaba sobre el mío. Cerré los ojos maravillado por el placer de sentir su peso y, aunque estaba aplastándome, lejos de resultarme incómodo me pareció perfecto. Sentir el calor que desprendía hizo que una especie de electricidad me recorriese de arriba abajo y despertara cada terminación nerviosa de mi cuerpo, haciendo que el estómago se me llenase de mariposas.

Abrí los ojos de nuevo para poder mirarlo. Tenía la sensación de que estaba todavía más musculoso que lo que había estado en verano. A duras penas resistí la tentación de mover las manos y acariciar las perfectas durezas de los músculos de sus brazos.

Dureza.

Esa palabra resonó en mi mente haciéndome consciente del bulto enorme, duro, y que no me pertenecía, apoyado sobre mi entrepierna. Joder. Me atravesó un ramalazo de excitación. Hacía demasiado calor. Tenía que controlarme. Empecé a repasar mentalmente cada hueso del cuerpo

humano, pero no sirvió de nada, mi erección siguió creciendo a un ritmo imparable.

«Es tu hermano, es tu hermano», me repetí en mi cabeza, aunque ese recordatorio solo hizo que me entrasen ganas de vomitar por la repulsión que sentía hacia mí mismo, pero no nada para relajar mi enorme erección, sobre todo cuando para mí Ander no era mi hermano. Nunca lo había sentido como tal, y ese era el problema. Si lo hubiera sido, no estaría en ese lío.

Justo cuando estaba pensando en una operación bastante desagradable que había tenido que hacerle a un chico hacía unas pocas semanas, Ander se movió sobre mi cuerpo, meciendo su erección contra la mía.

Joder.

Juro que tuve que morderme el labio para que el gemido que me atravesó no pudiera salir de mi boca. Mis ojos estuvieron a punto de caerse hacia la parte trasera de la cabeza. Había tenido orgasmos menos placenteros que sentir a Ander frotar su erección contra mí. Con el corazón a cien por hora golpeando contra mis costillas y retumbando en mis oídos, abrí los ojos asustado. Miré su preciosa cara y me sentí aliviado al descubrir que todavía seguía dormido. Ander volvió a moverse sobre mí, frotándose, y, esa vez, acompañó el gesto de un pequeño gemido de placer.

Mierda.

Oh. Mierda, mierda.

Si volvía a hacerlo existía el serio y real peligro de que me corriese en los pantalones. ¿Cómo iba a explicar eso?

Justo antes de que tuviera que decidir entre avergonzarme de mí mismo o apartar a Ander de encima de mi cuerpo, siendo poco probable que esa última fuera mi decisión, mi madre, bendita ella, entró a la habitación haciendo el mismo ruido que haría un camión al pasar por el centro de la sala y despertando a Ander. Al ver cómo estábamos durmiendo se quedó mirándonos durante unos segundos parada y me asusté de lo que podría decir, pero pronto movió la cabeza a ambos lados y sonrió divertida.

—Cariños, ¿os he molestado? —nos preguntó acercándose al sofá—. Pensaba que estabais durmiendo en la cama. Vais a haceros daño en la espalda —dijo con pena, como si no pudiese soportar que nada pudiera dañarnos.

Durante unas décimas de segundo tuve miedo de que dijese algo sobre la manera en la que Ander y yo estábamos dormidos, sobre cómo estábamos uno en los brazos del otro, pero, por supuesto, eso no pasó. El único al que esa escena le parecía poco decente era a mí. El resto solo veía a dos personas que se habían quedado dormidas en un sofá y que habían acabado envueltas. Únicamente a mí me parecía extraño y sospechoso que durmiendo juntos en un sofá de casi tres metros estuviésemos tan agarrados.

—Mamá —se quejó Ander con voz soñolienta, levantando la cabeza de mi pecho y dejándola caer de nuevo de golpe, como si la posición en la que estábamos durmiendo fuese de lo más normal.

Como si todo estuviese bien en el mundo.

Nuestra madre se acercó al sofá en el que dormíamos y yo contuve el aliento.

—Cómo se nota que estás de vuelta, cariño. Ha regresado la alegría a esta casa. Hacía meses que no escuchaba tantas risas como las que llegaban anoche hasta nuestro dormitorio. —Nos observó con una sonrisa en la cara y tanto amor que se me apretujó el corazón—. Todo son ventajas. Mientras estás aquí es mucho más fácil encontraros, donde está el uno está el otro —comentó riéndose. Luego se agachó para darnos un beso a cada uno en la cabeza y para decirnos lo mucho que nos quería.

Amaba a mi madre por miles de razones, pero, esa mañana, la principal fue que consiguió

matar mi erección en cuestión de segundos como ninguna otra cosa lo habría hecho.



¡Vale, papá, tú ganas!

ANDER

Pasado

—Vamos, amigo, tienes que estar tranquilo.

Tor movió la cabeza de medio lado como si de verdad estuviese tratando de entenderme. Me reí.

—Eres un chico muy guapo, ¿verdad? Vas a encantarle a Nik. —Sonreí divertido.

Volví a revisar la caja. Tenía que darme prisa. Mi padre me había dicho que podría entretener a Nik hasta la hora de la cena. Miré el reloj de mi muñeca izquierda, quedaba poco tiempo para que llegasen a casa. Me puse de rodillas y me asomé a la caja. Tor me imitó.

—Vamos, chico, vas a estar bien, te lo prometo. He metido un cojín en el fondo, ¿ves? —le expliqué mientras levantaba el cuadrado azul para que pudiese verlo.

Por supuesto, Tor mordió el cojín arrancándome una carcajada. Seguí hablándole:

—Le he hecho agujeros para que puedas respirar y voy a dejar la luz encendida para que no tengas miedo dentro. Te prometo que solo va a ser un rato mientras cenamos, y luego vas a conocer a Nik.

Escuché cómo se abría la puerta de la calle.

—Mierda —dije en alto.

Me sentí agradecido de que mi madre no estuviese cerca para escucharme. No me apetecía que me echasen la bronca por decir una palabrota.

Nervioso, cogí a Tor y le metí en la caja, tratando de ser cuidadoso. Agradecí mucho que fuese más tranquilo que yo y se quedase quieto dentro de ella como si le encantase estar allí. Le puse la tapa y luché con el lazo rosa que había comprado para adornarla. Necesitaba que, por lo menos, quedase medio decente. Tardé una eternidad en lograrlo, casi medio minuto.

Cuando escuché las voces de mi padre y de Nik acercándose a la sala, me levanté y traté de tener la actitud menos sospechosa del mundo.

Por supuesto, no lo logré. El disimulo y yo no éramos amigos.

—¿Estás bien, Ander? —preguntó Nik escrutándome con la mirada, encontrando, cómo no, mi actitud sospechosa.

—Estoy de maravilla —le respondí con una sonrisa tensa, y de regalo me salió un gallo.

Fantástico.

No podía soportar ni un segundo más lo lento que estábamos comiendo. La cena estaba siendo un desastre, yo no dejaba de revolverme en la silla, y Nik no paraba de levantar las cejas mirándome. Sabía que estaba preguntándose lo que me pasaba, que quería saber lo que me tenía tan inquieto, y yo quería decírselo, pero no podía. De camino a recoger a Tor, mi padre me había dicho que no iba a ser capaz de aguantar hasta después de cenar para darle el perro a Nik. Y yo, molesto, había apostado diez euros a que sí. No quería perder. Odiaba que se riesen de mí por ser tan impaciente. Pero es que estaba costándome mucho.

MU-CHO.

¿Cómo podían ser tan lentos? Llevaban cenando por lo menos media hora. ¿Es que no sabían lo que se podía hacer en media hora? Te daba casi tiempo de vivir una vida entera en ese tiempo.

Me levanté de la mesa aprovechando que estaban sirviendo el postre y salí corriendo hacia la sala. Cuando llegué me lancé en plancha al suelo y fui resbalando unos centímetros hasta llegar a la caja en la que estaba Tor. Me asomé por uno de los agujeros para asegurarme de que todavía estaba vivo.

«Ups», pensé cuando mi dedo desgarró el cartón haciendo el agujero demasiado grande. El morro de Tor asomó.

—Hola, chico. ¿Todo bien por ahí? Ya están comiéndose el postre. Igual en cinco minutos...

Dejé de hablar cuando descubrí que Nik entraba en la sala. Parecía que había decidido seguirme al darse cuenta de que había desaparecido.

—Hola —le dije solo por hacer algo, para que no pensase que estaba loco—. ¿Quieres algo?

Nik soltó una carcajada.

—Nop. Te he seguido para ver si estabas bien.

—Ah, sí. Estoy genial. Gracias.

—Ya.

Sonreí de oreja a oreja rezando para que se marchase, pues no sabía qué más decirle.

—Ahora que veo que estás bien, y supernormal, me quedo más tranquilo. Oye, por cierto, ¿estabas hablándole a la caja?

—¿Yo? —le pregunté apuntándome al pecho con las manos y mirándolo como si hubiera perdido la cabeza—. No, desde luego que no.

Tor decidió que era un buen momento para sacar la lengua por el agujero y chuparme la cara. Sonreí mirando a Nik a los ojos y rezando para que no se hubiese dado cuenta.

—No te asustes, eh, pero me ha parecido ver una lengua saliendo de la caja.

Me reí medio asfixiado.

—No, ¡qué dices! Menuda imaginación tienes —negué, haciendo un gesto con la mano como quitándole importancia.

—Ya —volvió a decir Nik acercándose a mi lado—. La verdad es que me gustaría mucho saber qué hay ahí metido.

—Libros —le contesté un poco demasiado rápido.

Tor decidió que era un buen momento para ponerse a ladrar.

—Anda —dijo Nik extrañado—, nunca había escuchado a unos libros ladrar.

—¡Vale, papá, tú ganas! —grité hacia la cocina—. No aguanto más.

Me levanté corriendo y agarré de la mano a Nik. Emocionado. Histérico. Lo tiré al suelo a mi lado. Quería ver la cara que pondría cuando encontrase a Tor. Quería que volviese a estar feliz, no me gustó nada recordar lo triste que se había puesto cuando hablé con él por teléfono unos meses atrás para decirle que Nala, la perra que le habían regalado poco después de que viniese a

casa a vivir con nosotros, había muerto.

Nuestros padres entraron en la sala a tiempo para ver cómo Nik caía al suelo emocionado y deshacía el ahora maltrecho lazo que me había llevado siglos hacer. En cuanto quitó la tapa, Tor salió de un salto de la caja y se abalanzó sobre él para chuparlo. La risa de alegría de Nik se escuchó en toda la habitación y me hizo feliz. Muy feliz.

—¡Sorpresa! —grité levantando los brazos al aire y saltando de felicidad—. Este es Tor, o bueno, como quieras llamarlo —le dije riéndome—. Es un border collie blue, tu raza de perro favorita.

Para mi sorpresa, Nik se abalanzó sobre mí y me agarró en un abrazo mortal. Me sorprendí cuando noté las lágrimas que caían de sus ojos resbalando por mi cuello. Me asusté. ¿No le había gustado? ¿Le parecía mal volver a tener otro perro? El disgusto me duró el tiempo que tardó en apartar su cara de la mía y mirarme. Supe que lloraba de felicidad.

—Gracias, Ander.

Sonreí como respuesta, encantado. Nik se dio la vuelta para darles las gracias a nuestros padres.

—No, cariño, tienes que agradecersele a tu hermano —le dijo moviendo las manos para explicarle—. Nosotros no hemos tenido nada que ver. Él ha buscado a Tor y lo ha pagado. Yo lo único que he hecho ha sido llevarlo en coche a recogerlo.

Nik volvió a mirarme cuando escuchó la explicación de mi padre. Sus ojos estaban todavía más brillantes si cabe.

—Te quiero mil millones —me dijo abrazándome muy fuerte.

Tor daba saltos entre nosotros, encantado.

—¿Le sacamos a dar un paseo?

—Por supuesto.

NIKANOR

Cuando la mañana de Navidad me desperté en la cama con Ander y Tor dormidos junto a mí, supe que estaba viviendo uno de esos momentos especiales en los que se experimenta la felicidad al completo. A mis veintiún años era lo suficiente mayor para saberlo. Dios, quería a Ander. Era tan tierno, tan cariñoso, tan amable, tan desinteresado. Era una de esas pocas personas puras que existían en el mundo. De esas que parecían no haber sido tocadas nunca por nada malo, por nada que hubiera podido ensuciarlas. Era como si nada de lo negativo que había en el mundo fuese capaz de traspasar un alma tan pura como la suya. Me acerqué a él y lo apreté entre mis brazos, le besé la cabeza y deseé ser capaz de protegerlo de toda la maldad y de toda la suciedad que yo sí sabía que existía. Ander lo era todo para mí.



¿Te gustan los músculos?

ANDER

7 diciembre, 2019

Nunca me había dado cuenta de la cantidad de tíos buenos que había en un gimnasio y que, por supuesto, a mí no me interesaban. Pero daba la casualidad de que desde que había descubierto que Nik era gay, era una cosa que había empezado a plantearme. ¿Cómo le gustarían los hombres?, ¿cómo el chico que teníamos haciendo tríceps en la máquina de al lado o como el que teníamos enfrente haciendo sentadillas con barra? Si le gustaban como ese, desde luego estaba jodido. Yo era dos veces su tamaño. Por primera vez en meses me pregunté si le gustarían los chicos pequeños.

Mierda.

¿Por qué no había pensado antes en eso? Si le gustaban los hombres pequeños teníamos un problema. Si yo ya de por sí era grande, encima me había pasado los últimos tres meses machacándome en el gimnasio.

—Ander, para. Vas a hacerte daño —la voz de Nik me devolvió al presente.

De pronto fui consciente de que estaba en el banco del gimnasio, levantando la barra, y que los brazos me temblaban debido al esfuerzo que estaba haciendo. Nik se asomó sobre mí y me quitó la barra de las manos. La colocó sobre el soporte con el ceño fruncido.

—Gracias, me había distraído.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Te gustan los músculos? —le pregunté de repente, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

De nuevo, mis palabras no habían pasado el filtro cabeza-boca. Lo había hecho a la inversa, como era normal en mí.

Si a Nik le pareció rara mi pregunta, no lo dijo.

—Claro. ¿A quién no le gustan los músculos? —me respondió riéndose.

Con esas pocas palabras me hizo sentirme mucho más liviano, más tranquilo. Aún había esperanza.

—Estás nervioso, ¿verdad? —me preguntó tratando de escrutarne.

—Sí. Es por el partido de esta tarde. Quiero hacerlo bien. Quiero que ganemos.

—Seguro que ganáis. Hace mucho tiempo que no te veo jugar, pero sé lo bueno que eres. Siempre has sido muy bueno. —Me regaló una sonrisa enorme que hizo que mi corazón aleteara emocionado.

—Sobre todo cuando consigo controlarme.

—¿Te apetece correr unos kilómetros en la cinta para matar el nervio?

—Siempre sabes lo que necesito —le dije guiñándole un ojo.

Cuando salimos del gimnasio, le mandé un mensaje a Marta para que viniese al vestuario del polideportivo en el que jugábamos esa tarde. Necesitaba ánimos, y no es que Marta fuera una experta en darlos, pero sí que era una experta en escucharme y en tranquilizarme.

—¿Qué tal estoy? —le pregunté dando una vuelta sobre mí mismo para que pudiera verme bien desde todos los ángulos.

—¿No te has cogido el uniforme demasiado pequeño? —cuestionó, mirándome con la nariz arrugada.

—Es mi uniforme de siempre.

—Pues entonces te has pasado con el gimnasio. Eso antes no te quedaba así.

—Cuando me he mirado en el espejo me ha parecido que estaba atractivo —le comenté encogiéndome de hombros. No es que yo fuese un experto en atracción.

—A ver, razón no te falta, atractivo estás; el problema es que es difícil mirarte a la cara con eso puesto —me dijo antes de estallar en carcajadas.

—Eso es lo que quiero. La idea de hoy es seducirlo. Que se quede maravillado con lo bueno que soy jugando al baloncesto y que se diga «Pero qué bueno está Ander y qué partidazo es» —dije, tratando de imitar la voz de Nik, lo que hizo que Marta se riera todavía más fuerte.

Seguí mirándola mientras mi casi inexistente paciencia se agotaba, esperando a que se tranquilizase.

—Lo siento mucho, Ander, pero insisto en que este plan es una mierda. Que vea lo bien que juegas al baloncesto no va a hacer que le parezcas un partidazo.

—Eres mala —le espeté, mirándola con mala cara.

—Ya debería de saber eso. Y eres perfecto tal y como eres.

—Necesito que no pueda resistirse a mí.

—Pues lánzate encima de él. Si haces eso verás como son las cosas de verdad.

—¡Estás loca! —le grité abriendo los ojos como platos ante su propuesta.

—Claro, Ander, la loca soy yo.

NIKANOR

Estaba en estado de *shock*. ¿Siempre habían sido tan pornográficos los uniformes de los jugadores de baloncesto? Si eso era así, desde luego no me lo había parecido hasta ese momento, o, quizás, era más bien que vérselo puesto a Ander era obsceno. Estaba alucinado. Por supuesto que Ander siempre había estado bueno, muy bueno, de hecho, pero era como si desde verano se hubiese puesto como un toro. Cada vez que lo veía de espaldas mis ojos se iban hasta su culo y juró que cada gota de sangre que había dentro de mí viajaba al sur de mi cuerpo.

Dios. Tenía que relajarme y tenía que hacerlo ya.

Me removí incómodo en el asiento. Traté de centrarme de nuevo, de volver a la realidad. La situación no era la mejor para estar excitado, ya que me encontraba sentado al lado de mis padres, en la parte más baja de las gradas del polideportivo donde Ander estaba jugando. Estábamos colocados justo detrás del banquillo donde se sentaban los jugadores de nuestro equipo.

El entrenador andaba impaciente de un lado a otro de la pista y yo no entendía por qué. Iban ganando. Pero, claro, ¿cómo no iban a hacerlo si Ander era increíble jugando al baloncesto? De hecho, siempre lo había sido, pero es que esa tarde encima parecía estar en llamas de lo bien que estaba jugando. Los otros jugadores no conseguían pararlo, y él solo había metido treinta puntos.

Me dejaba alucinado lo bueno que era siempre en todos los deportes que practicaba.

Estábamos cerca de llegar al final del partido y la tensión podía cortarse en el ambiente. Jugábamos en la cancha rival y estábamos dándoles una paliza. Durante una entrada, un jugador del otro equipo se puso delante de Ander para que no pudiese saltar y meter la canasta a por la que iba. Juro que vi a cámara lenta cómo el muy cabrón miraba hacia abajo y le pisaba el tobillo para impedirlo. Casi como si estuviese viviendo una pesadilla, observé la manera en la que el tobillo de Ander se doblaba en un ángulo muy incómodo. Antes siquiera de ser consciente de lo que estaba haciendo, había dado un salto desde las gradas a la pista y corría para llegar hasta él. Lo único que evitó que le partiese la boca al hijo de puta que le había hecho daño fue que Ander estaba en el suelo agarrándose el tobillo y gimiendo de dolor.

Cuando llegué a su lado me lancé de rodillas al suelo. Acto seguido, llevé las manos a su tobillo y empecé a revisárselo para conocer el alcance de la lesión. Me recordé que tenía que ser frío, profesional. Necesitaba relajarme o no sería capaz de mirarlo bien, y tenía que hacerlo. Cerré los ojos durante un segundo y solté una respiración fuerte para nivelarme. Tenía que mantenerme bajo control. Su vida no estaba en peligro. No le pasaba nada. Solo se había hecho daño.

Después de unos segundos de respiración, mucho más tranquilo ya, palpé su tobillo a conciencia para asegurarme de que no tenía nada roto.

—¿Es soportable el dolor? ¿Es como un pinchazo o es continuo? —fui preguntándole mientras le desataba los cordones de la zapatilla con cuidado de no hacerle más daño.

No quería hacer ningún movimiento brusco que pudiera causarle más dolor. Me relajé, porque a juzgar por la primera palpación no parecía que se hubiese roto ningún hueso del tobillo. Esperaba que todo continuase igual de bien cuando le quitase la zapatilla.

—Duele un huevo —me contestó Ander con la voz apretada.

—¿Cómo es el dolor? —le pregunté de nuevo, mirándolo a sus ahora brillantes, por las lágrimas de dolor no derramadas, ojos azules.

—Continuo.

La gente empezó a amontonarse a nuestro alrededor.

—Tenemos que llevarlo a la enfermería para que lo vea el médico —dijo el entrenador de Ander agachándose a mi lado—. No sé si deberías estar tocándole el pie.

—Soy su hermano y soy traumatólogo, así que, sí, tengo que estar tocándole el pie. —Mi voz sonó dura, pero no hice nada para evitarlo, no tenía tiempo para tonterías—. Ayúdame a llevarlo a la enfermería —le pedí a mi padre cuando llegó a nuestro lado.

Después de ir a la enfermería, llevamos a Ander al hospital para hacerle unas placas y asegurarnos de que mi diagnóstico era acertado. Por supuesto que lo era, tratándose de él nunca me habría arriesgado a equivocarme.

Pocas horas después llegamos a casa. Ander llevaba unas muletas, pero, aun así, ni me padre ni yo nos alejamos de su lado mientras caminaba inseguro por la entrada. Nos paramos frente a las escaleras y los tres miramos hacia arriba entendiendo que no había manera de que Ander pudiese subirlas solo. Tampoco es que hiciese falta; me tenía a su lado para todo lo que pudiera necesitar.

—A ver quién es el guapo que sube al Bigfoot este hasta la habitación de arriba —comentó papá riéndose de su propia broma.

—Yo lo subo —le respondí sonriendo y agachándome en el suelo de espaldas a Ander.

Le hice un gesto para que se subiese a mi espalda.

—Papá, que no soy tan grande —se quejó Ander sin mucho entusiasmo.

A pesar de los medicamentos que le habíamos administrado, seguía dolorido. El golpe era demasiado reciente.

—Eso lo dirás tú. No sé cómo lo he hecho tan bien para tener a estos hijos tan guapos y grandes —comentó lleno de orgullo, hinchando el pecho.

—Aitor, cariño, todos sabemos que han salido tan bien por mis genes —le dijo mi madre poniendo una mano sobre el hombro de papá y guiñándonos un ojo a Ander y a mí.

—En eso tengo que darte la razón, Candela —le respondió mi padre, atrapándola entre sus brazos y besándola apasionadamente.

—Corre, Nik, sácame de aquí, me arden los ojos. Soy demasiado joven para ver eso. Qué asco.

Subí las escaleras pensando en la maravillosa familia que tenía. A veces, de verdad que daba la sensación de que mis padres no se acordaban de que me habían adoptado. No sabía si a todo el mundo que adoptaban le pasaba lo mismo o era yo, que era jodidamente afortunado.

Cuando llegamos a lo alto de las escaleras fui directo a mi cuarto. No pensaba dejar a Ander solo ni un solo segundo estando herido, a pesar de no saber si era la mejor de las ideas tenerlo tan cerca de mí. No entendía que narices estaba pasándome aquellas Navidades, pero me estaba resultando mucho más difícil de lo habitual controlarme, resistirme al impulso de abalanzarme sobre él y comérmelo. Tenía la estúpida sensación de que Ander estaba poniéndome las cosas difíciles. Moví la cabeza hacia los lados para quitarme ese pensamiento de ella. Era algo absurdo. Ander estaba comportándose conmigo como siempre. El puto problema era yo. Tenía el puto problema de estar enamorado de él.

Lo tumbé sobre la cama de mi habitación y le sonreí.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —me preguntó dando saltitos en la cama, emocionado.

—Claro, tengo que cuidarte. ¿O prefieres que te deje solo en tu cuarto?

Ander me fulminó con la mirada.

—Si me abandonas allí andaré y me haré daño en la pierna —me amenazó.

Me dio un vuelco en el estómago solo de recordar cuando se había hecho daño en el partido. No soportaba su dolor. No quería que estuviera herido. Prefería un millón de veces sufrir yo a que sufriera él.

—¿Qué clase de amenaza es esa? ¿Por qué iba a importarme que te hicieses daño? —le pregunté bromeando.

—Oh, vamos, no soportas que me pase nada y nunca lo has soportado. Soy tu debilidad —me contestó sonriendo de oreja a oreja, sin ser consciente de hasta qué punto eran ciertas sus palabras.

—Pillado. Voy a bajar a por hielo. Tú mientras ve pensando lo que quieres que hagamos cuando suba. Si prometes que vas a portarte bien, puede que incluso coja una tarrina de helado antes de volver para que puedas comer —lo tenté, guiñándole el ojo.

¿Sería normal disfrutar tanto de cuidar a otra persona?

ANDER

12 diciembre, 2019

Desde el otro lado del teléfono me llegó la risa de Marta.

—Es increíble, Ander. En el cielo hay una estrella solo para ti. Tienes suerte hasta cuando las cosas no te salen como querías.

Sonreí mientras miraba atontado el techo de la habitación.

—La tengo.

Estaba despatarrado sobre la cama de Nik. Aquel era el primer día, desde que me había hecho daño en el tobillo, que él se había alejado de mí. Se había marchado con nuestro padre a hacer la compra, y yo había aprovechado la oportunidad para llamar a Marta. Necesitaba decir en alto todas las cosas maravillosas que había vivido durante esa semana. Necesitaba contarle las atenciones que me había dado Nik, todo el cariño, los cuidados. Habíamos pasado juntos horas y días, sin separarnos el uno del otro para nada. Habíamos jugado a la consola, él había leído —o por lo menos lo había intentado— mientras yo me dedicaba a molestarlo porque no podía parar quieto. Habíamos comido en la cama, visto películas y series. En resumen, había sido como estar en el paraíso. El único problema era que, desde hacía un par de días, ya no me dolía nada. Aunque me había dolido mucho el tobillo por el golpe que el chico del otro equipo me había dado, no había llegado a tener un esguince. Casi me sentía en deuda con él, ya que me había hecho el favor de mi vida. Cabía la posibilidad de que en la siguiente ocasión en la que nos enfrentásemos le diese las gracias y todo.

—Entonces, ¿vas a decirle que ya no te duele?

—Claro, no me gusta mentirle, pero es tan duro que vaya a acabarse todo esto... Debería proponerle que, a partir de ahora, cada vez que estuviese en casa compartiésemos habitación y durmiésemos juntos.

—Di que sí, Ander, suena superfraternal —me dijo Marta con la voz cargada de diversión.

Me reí.

—Bueno, dado que este chollo se me ha acabado, tengo que ir poniendo toda mi energía en la siguiente parte del plan.

—Suenas peligroso eso de que pongas toda la energía en algo.

—Mala —le contesté, pero no podía negar que su respuesta me había hecho gracia.

—Voy a ser buena y voy a pedirte que me refresques la memoria y me cuentes cuál era la siguiente parte del plan.

—La cena romántica. Luego voy a ir a tu casa para hacerte un esquema. A veces me parece que no me escuchas cuando te hablo.

—Oh, te escucho, Ander. Solo que trato de olvidarlo —me comentó riéndose a carcajadas.



¿Por qué me torturas de esta manera?

ANDER

Pasado

Suponía que cuando alguien era adolescente, pasaba una cantidad obscena de tiempo pensado en el sexo. Bueno, en mi caso, en la ausencia de ello. En la falta de deseo, en la falta de interés. Por supuesto me preocupaba no sentir nada de eso, aunque trataba de no darle mucha importancia.

Esa mañana después de desayunar, igual que todas las mañanas anteriores desde que Nik había vuelto a casa, estaba estudiando en la mesa de la cocina. Yo, igual que el resto de los días, me había mantenido a su lado, y ya que no me quedaba más remedio, había aprovechado para estudiar también. Tenía los exámenes finales muy cerca. Por supuesto, mi nivel de concentración y el suyo estaban en diferentes planetas. Nik podía pasarse más de tres horas concentrado en lo que estaba estudiando sin tener ni siquiera la necesidad de pestañear. En cuando a mí, era un día realmente bueno si conseguía pasar más de cinco minutos seguidos estudiando.

Esa mañana estaba, si cabe, más inquieto de lo habitual. Me sentía muy raro desde hacía días. Ansioso. Como si mi cuerpo necesitase algo, pero no tenía ni idea del qué. Llevaba así desde que Nik había vuelto a casa por vacaciones. Siempre lo echaba mucho de menos y normalmente que estuviese con nosotros me relajaba, pero no este año. La última vez que lo había visto había sido durante el verano, cuando se presentó en casa por sorpresa el día de mi cumpleaños. Sonreí al recordar lo feliz que me había hecho.

Me quedé alucinado cuando me di cuenta de que, de nuevo, mis ojos se habían resbalado hasta sus manos. ¿Por qué desde hacía unos días no era capaz de pensar en otra cosa que no fueran las enormes, fuertes y preciosas manos de Nik? Esas manos capaces, que estaban aprendiendo a curar, con esos dedos largos... Mi ingle hormigueó y me sorprendí. Bajé la mirada incrédulo hacia mi entrepierna, la cual se había hinchado en mis pantalones como si estuviera muy contenta.

¿Qué estaba pasándome?

Estaba... ¿excitado? Pero ¿por qué?

Me asusté tanto por lo que estaba sucediéndome que le arreé una patada en la espinilla por debajo de la mesa a Nik. Levantó la mirada con el gesto encogido. Le había hecho daño.

—¿Necesitas algo? —me preguntó—. ¿Quieres que demos un paseo para reponer energía?

—No —le respondí con una sonrisa resplandeciente de felicidad.

Solo Nik podía preocuparse por si yo estaba incómodo después de que le hubiese dado una patada. En cualquier otro momento habría aceptado su proposición sin dudarlo un segundo, pero, teniendo en cuenta el bulto que había en mis pantalones, no me parecía muy seguro levantarme. Además, me apetecía investigar un poco más lo que estaba sucediéndome. Nik me sonrió en respuesta antes de bajar de nuevo la cabeza hacia el libro y seguir estudiando. Mis ojos se resbalaron de los suyos hasta sus labios. Empecé a sentir en el estómago una especie de cosquilleo, unos nervios, un ansia. Como si necesitase hacer algo. Como si necesitase tocarlos.

Oh, Dios. Como si necesitase estar más cerca de él. Ese pensamiento fue como una revelación. ¿Lo que estaba queriendo decirme mi cuerpo era que deseaba a Nik?

Cuando esa posibilidad se me pasó por la cabeza supe que era cierta. Por supuesto que eso era lo que significaba. Me quedé durante unos segundos en *shock*, maravillado por ese nuevo descubrimiento.

Cuando entendí que deseaba a Nik, sentí como si de repente toda mi vida hubiese cambiado, pero, a la vez, todo tuviese sentido por fin. Como si todo encajase en su sitio.

Me pareció perfecto.

Eran las dos de la mañana, pero, aun así, me asomé por quinta vez al pasillo para asegurarme de que no había nadie despierto pululando por la casa.

Nadie.

Volví a la cama de un salto, cogí el portátil que había dejado encima de ella y me lo puse sobre las piernas. Estuve a punto de secarme el sudor de la frente. Qué tensión. ¿Todo eso era lo que la gente tenía que hacer para poder ver porno? Por lo que decían mis amigos, ellos lo veían a diario. Muchas veces.

¿De verdad merecía la pena pasar tanta tensión? Y, sobre todo, ¿para qué?

Bueno, no había perdido la esperanza; puede que, si esa noche tenía suerte, descubriese en mis propias carnes si todo ese asunto merecía la pena o no.

A pesar de que estaba casi seguro de que esa vez iba a ser diferente, mientras estaba sentado sobre la cama, en la oscuridad de la noche y con el portátil sobre las piernas, sentía el mismo miedo que había experimentado las veces anteriores. Estaba muy asustado de no excitarme. Me asustaba estar roto, que hubiese algo irreparable dentro de mí. Estaba asustado de ser diferente al resto. Moví la cabeza hacia los lados, molesto conmigo mismo por pensar así. Todo estaba bien. Yo era como era, y me quería así. Pero aun sabiendo eso, seguía queriendo descubrir si podía volver a excitarme.

Me dije que ya bastaba de miedos. Cuadré los hombros, aunque no hubiese nadie para verme, y me infundí valor. Me repetí que algo había cambiado. Me repetí que la mañana anterior me había excitado mirando a Nik, vestido y sin hacer nada. Eso tenía que significar algo. Estaba casi seguro de que viendo porno tendría que volver a excitarme, ¿verdad?

Me removí inquieto, incapaz de estar sentado en la misma postura más de dos segundos. Abrí el navegador y busqué porno gay. Pensé que al haberme excitado con un hombre sería más fácil que volviese a pasarme con lo mismo. Suponía que el porno sería más efectivo si buscabas lo que de verdad te gustaba, o eso quería creer. Me metí en una página al azar y puse un vídeo.

No.

Definitivamente no.

Asqueroso.

No.

Otro vídeo, otro video, otro, otro, otro... Empecé a desesperarme.

Oh, bueno, aquel vídeo sí que tenía buena pinta. Puse uno de dos amigos que estaban acariciándose sobre una cama el uno al otro. Me gustó, me pareció prometedor. Era tierno. Me tumbé esperanzado a verlo, pero nada. No despertaba nada dentro de mí. Con la moral machacada y entendiendo que ya no tenía nada que perder, pasé el vídeo hacia adelante para darle una última oportunidad. Digamos que el tema me gustaba, pero a mi cuerpo no le encendía. Resoplé desesperado, pensando en el fracaso que había sido ese nuevo intento de ver porno.

Me quedé viendo el vídeo como si fuese un documental, envidiando a los chicos acariciándose, dándose placer. Por la cara que ponían y por lo efusivos que estaban siendo, la cosa parecía muy divertida. De pronto, sin que yo lo autorizase, imágenes mías y de Nik haciendo lo mismo juntos en la cama se colaron en mi cabeza. Parecía muy divertido de hacer con Nik, muy tierno y ¿excitante? Oh, chico, estaba duro como una piedra.

Joder.

Pues sí que era divertido. Borré de mi mente las caras de la pantalla y coloqué las nuestras en la misma situación. Duré como un minuto.

Después de acabar, tuve que ir al baño a limpiarme, corriendo para que nadie me viese, y cambiarme el pijama. Definitivamente no había estado listo para eso. Tendría que añadir algunos cambios la próxima vez.

«¿Próxima vez?», me pregunté a mí mismo, alucinado. Y sí, supe que habría una próxima vez. Había disfrutado mucho, muchísimo. Pude que incluso tuviese una segunda sesión esa misma noche.

Puuuf. Necesitaba aclarar lo que me había sucedido. Volví a sentarme en la cama, me puse el ordenador sobre las piernas y traté de pensar en toda la información que tenía. Tecleé todo sobre el buscador de internet e investigué. Poco tiempo después, supe lo que era.

Demisexual.

Me gustaba la palabra y, sobre todo, me gustaba saber de una vez por todas qué era lo que pasaba conmigo. Poder definir mis sentimientos con una palabra, saber que había más personas en mi misma situación, me hizo muy feliz. Me hizo sentirme mejor, menos solo.

—Me he masturbado pensando en Nik. Me pone cachondo —le conté a Marta en el mismo segundo en el que ella se sentó en mi cama.

—Joder, Ander. Demasiada información —me dijo mientras se llevaba las manos a los lados de la cara y me miraba con cara de repulsión—. ¿Por qué me torturas de esta manera?

—Eres mi mejor amiga.

—Pues eso, que deberías tratarme mejor.

—Venga, no me digas que después de todas las veces que me has visto de bajón, no te alegras de que haya descubierto que puedo excitarme con otro ser humano.

—Claro que sí —me respondió, esta vez con una sonrisa enorme—. Pero, entre eso y que me cuentes tus proezas sexuales, como que hay un abismo, Ander.

—Me dan ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

—Será mejor que no grites muy alto que tu hermano te pone cachondo —comentó dejándose caer hacia atrás en la cama muerta de la risa.

—No compartimos ni una gota de sangre y nunca nos hemos visto como hermanos. Sabes que siempre hemos sido amigos. ¿Dónde está el problema? Además, es maravilloso que sea Nik. No hay nadie en el mundo que sea más bueno, tierno y cariñoso. Si hubiese podido elegir con quien excitarme, sin duda lo habría elegido a él.

—Me parece que eso es exactamente lo que has hecho —dijo Marta mirándome, esa vez con

ternura.

—Me alegro tanto de poder excitarme —le confesé, y me dejé caer sobre el colchón a su lado.

—Ander, lo hemos hablado mil veces: aunque no te hubiese atraído nunca en la vida nadie, estarías perfectamente bien. No todos somos iguales.

—Lo sé, pero es más fácil de entender que de creer. —Le sonreí con cariño, con mucho mucho cariño—. Eres una amiga maravillosa. Soy muy afortunado de tenerte.

—Lo eres —confirmó poniendo cara de soberbia y sonriendo de oreja a oreja.

—Bueno, ¿y a ti como te va con el chico ese?

Marta torció la boca de medio lado y arrugó la nariz.

—Mal. Tengo debilidad por los capullos.



Un «Te amo». Se quedó atascado en mis labios

ANDER

14 diciembre, 2019

Iba a cocinar una deliciosa cena romántica para Nik. Llevaba meses planeándolo. Por supuesto que a él no iba a decirle que era una cena romántica; no con palabras, al menos. Pero esperaba que, de manera indirecta, su cerebro lo entendiese. Que captase la esencia y el ambiente. Que al calor de las velas fuese capaz de verme con los ojos de un amante, de alguien que podría desear.

Estaba dando saltos de emoción por la cocina, sin poder mantenerme quieto, pero sin moverme mucho para no cagarla. Por una vez todo estaba saliendo según lo planeado y casi no podía creérmelo. Había convencido a mis padres, los cuales no se habían hecho nada de rogar, para que se fuesen a ver una película y luego saliesen a cenar por ahí, diciéndoles que hacía mucho tiempo que no hacían nada juntos y que ya era hora.

Me había pasado toda la semana viendo vídeos de cocina, tratando de encontrar el equilibrio perfecto entre una receta que le gustase a Nik, que fuese muy especial y, sobre todo, que yo fuese capaz de hacer. Cuando dos días antes la hube encontrado, me sentí muy aliviado. No podía negar que había tenido miedo de que tal combinación no existiese.

Esa mañana, después de desayunar en la cocina sin sentarme, saltando de un pie a otro todo el rato, había salido a comprar los ingredientes que necesitaba para preparar la cena. Con la lista en la mano, solo me había llevado dos viajes al supermercado comprarlo todo. Llegados a ese momento, únicamente me quedaba esperar. Por supuesto esa fue la parte más difícil. Como estaba nervioso, me pasé la tarde orbitando alrededor de Nik, molestándolo mientras hacía cualquier cosa, y no es que no estuviera a gusto haciendo eso, no, la cuestión era que esa tarde, a diferencia de todas las anteriores, quería que se marchase a correr. Más que querer, lo necesitaba. Y para mi sorpresa, Nik parecía especialmente cómodo en casa conmigo sobre él, por lo que casi tuve que obligarlo a que se marchase, pues se me estaba haciendo tarde. En el mismo momento en el que Nik, vestido con sus *sexys* pantalones de correr, se despidió de mí, me lancé escaleras abajo y me puse a cocinar la cena para el hombre de mis sueños.

Cuando escuché ruido en la entrada de casa salí corriendo de la cocina y cerré la puerta detrás de mí. O, al menos, intenté salir corriendo. Pero el trapo que me había colgado en la correa del delantal no tenía la misma idea que yo y se había quedado pillado por la puerta. Tiré de él

tratando de sacarlo, no obstante, no hubo manera, por lo que decidí desenganchármelo de la cintura y dejarlo colgando. No tenía tiempo para andar abriendo la puerta y volviendo a cerrarla.

Eché a correr por el pasillo para alcanzar a Nik antes de que se le ocurriese ir a la cocina para decirme que había llegado y descubriese lo que había preparado. Quería que fuera una sorpresa, que lo viese cuando todo estuviera ya terminado.

De camino hacia la entrada me topé con un cuerpo grande. Casi nos golpeamos con las cabezas. Me reí cuando sentí que nos habíamos chocado. Sus manos salieron volando para estabilizarme, colándose por detrás de mi espalda. Me apretó contra su pecho y mi risa murió al instante. Podía sentir su calor a través de nuestras ropas. Podía notar sobre mi pómulo izquierdo su respiración agitada. Podía oler su sudor. Sin ser muy consciente de lo que hacía, alargué las manos y me encontré agarrando con los puños su camiseta de correr. Me pareció escuchar cómo Nik tragaba fuerte, pero no podría decirlo, pues solo era capaz de oír el estruendo de mi corazón latiendo a toda pastilla dentro de mi cuerpo. Me sentía mareado, inestable y sin saber muy bien lo que quería hacer, pero necesitando algo. Dos respiraciones después, Nik rompió el silencio. Cerré los ojos disfrutando del sonido de su voz en mi oído, de su aliento rozando mi cuello. Mi cuerpo temblaba.

—¿Estás bien? ¿Ne... Necesitas algo? —me preguntó con voz entrecortada.

—No —le respondí.

Tenía el cerebro tan embotado, ebrio por su cercanía, que apenas podía pensar. Miré a sus ojos negros tratando de concentrarme en algo para no desmayarme.

—¿Por qué venías corriendo? —insistió Nik, que parecía preocupado.

Me quedé durante unos segundos en blanco.

—Oh, sí. Ya me acuerdo —le comenté, feliz de recordarlo—. Venía a decirte que no puedes entrar en la cocina. Tengo una sorpresa.

Nik sonrió encantado y la sonrisa alcanzó sus preciosos ojos negros. Mi corazón se revolucionó ante el gesto. Me quedé mirándolo embobado. Para correr se ponía las lentillas y estaba muy guapo, tanto, que no era capaz de decidir de cuál de las dos formas me gustaba más.

—¿Una sorpresa? —Asentí con la cabeza y le sonreí—. ¿Para mí? —me cuestionó emocionado y algo incrédulo.

—Sí —le contesté encantado de ver que le hiciera tanta ilusión.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —me preguntó mientras me estrechaba fuerte entre sus brazos.

Justo en ese instante perfecto deseé que se acabase el mundo. Que pudiera quedarme entre sus brazos para siempre. Demasiado pronto, desde luego mucho antes de lo que me habría gustado, Nik me soltó. Cuando lo hizo, llevó una de sus manos hasta mi pómulo. Me miró muy serio. Luego se inclinó despacio hacia adelante y dejé de respirar. Cuando sus labios rozaron mi mejilla, cerré los ojos y empecé a temblar.

Para cuando volví en mí, Nik estaba subiendo las escaleras hacia el baño, y yo estaba plantado en medio del pasillo como un pasmarote.

Madre mía.

Cuando regresé a la cocina del encontronazo con Nik en el pasillo, todo empezó a ir cuesta abajo. Era incapaz de concentrarme. Me quedaba cada pocos segundos atontado tocándome el pómulo, justo en el lugar exacto en el que sus labios se habían posado, pensando en lo perfectos que se habían sentido.

Luché muy fuerte contra mí mismo y traté de concentrarme. Solo me quedaban los últimos retoques de la cena. Me puse en marcha.

Saqué del armario la botella de bourbon para poder flambear los filetes. Antes de verter el

líquido sobre la sartén me di la vuelta para coger, de la barra de la cocina, el mechero que había usado para encender las velas. Observé encantado lo bonita que me había quedado y lo romántico que era todo. Había colocado sobre la barra de la cocina un mantel dorado que había comprado esa misma mañana. En el centro de la mesa había una fuente enorme de ensalada de bogavante. Por supuesto, al lado de cada uno de los juegos de plato hondo y llano había una servilleta a juego con el mantel. Las velas, con el baile de sus llamas, le daban un toque mágico y perfecto. Me mordí el labio, nervioso por lo que pudiera pensar Nik al verlo, pero, claro, la idea de todo eso era que se diese cuenta de que podíamos ser algo más que amigos. Solo rezaba porque no se fuese corriendo.

No podía distraerme durante más tiempo, estaba seguro de que Nik estaba a punto de aparecer; siempre había sido muy rápido duchándose y cambiándose de ropa.

Me di la vuelta y me acerqué a la sartén. Había visto un montón de videos sobre cómo se flambeaba. Sabía que tenía que apagar el extractor antes de encender la llama para que no se quemase todo. Vertí el bourbon sobre los filetes y acerqué el mechero a la superficie.

Fogonazo.

Para lo que no estaba preparado era para la llama inmensa que se formó en la sartén. Reaccioné sin querer, a pesar de que sabía que eso era exactamente lo que iba a suceder, echándome hacia atrás asustado y golpeándome la espalda con la barra de la cocina.

Mierda.

Nik escogió ese momento exacto para entrar y, hasta que no vi sus ojos asustados mirando detrás de mí, no entendí hasta qué punto la había liado. Echo a correr mientras yo me daba la vuelta para ver, lleno de horror, que con mi golpe a la barra había tirado una de las velas y la mesa estaba ardiendo. Solté un grito asustado y me moví para coger un trapo y tratar de aplastar las llamas. Lo que fue una idea terrible, teniendo en cuenta que, con el aire que generaba al mover el trapo, más se avivaban. Poco tiempo después, Nik apareció extintor en mano y consiguió apagar el fuego. Pero ya era demasiado tarde. Todo estaba hecho un desastre. La cocina estaba llena de humo. La mesa estaba destrozada...

—¡Los filetes! —grité antes de lanzarme hacia el fuego a retirarlos.

Pero ya era demasiado tarde para ellos también. Estaban calcinados. Juro que estuve a punto de ponerme a llorar. ¿Cómo podía haberlo destrozado todo?

—Joder. ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Nik acercándose a mí.

—Quería hacerte una cena deliciosa y he hecho un desastre. ¡Soy un desastre!

—Eh, Ander. No digas eso. No eres un desastre, eres un cielo —me dijo mientras me levantaba la barbilla para que lo mirase a los ojos—. Estate tranquilo. Lo que has hecho ha sido precioso. Estoy muy agradecido y voy a comérmelo. Tranquilo, vamos a arreglarlo todo.

Agarré la mano de Nik justo antes de que pudiese llegar a coger de la sartén uno de los filetes carbonizados.

—No voy a dejar que te comas eso, vas a morirte, y no quiero que te mueras. Además, si tú, que eres el médico, mueres primero, no tienes ninguna posibilidad de sobrevivir —le dije riendo.

—Si tengo que comer esta... delicia —comentó haciendo un gesto gracioso con la cara— para que te rías, lo haré.

—No, por favor. Me dan arcadas solo de pensarlo. ¿Qué te parece cenar unos sándwiches después de que recoja este desastre?

—Querrás decir después de que lo recojamos entre los dos. —Nik pareció pensar durante unos segundos—. Tengo una idea mejor. Sigue gustándote la comida italiana, ¿verdad?

—Me vuelve loco —le respondí.

«Igual que tú», pensé.

—Pues, en cuanto acabemos de limpiar, sé de un sitio donde vamos a cenar de maravilla.

NIKANOR

Siempre que pasaba por delante de ese restaurante, cada una de las veces, pensaba en lo perfecto que sería llevar a Ander a cenar allí. Por supuesto, no soñaba con una cena cualquiera, soñaba con una cita. Y, aunque sabía que nunca iba a poder hacerlo, eso no evitaba que yo lo deseara con todas mis fuerzas. Quizás esa noche me sentía tan temerario por lo profundo que me había llegado el gesto de Ander al hacerme una cena casera tan perfecta y preparada. No me había pasado por alto el hecho de que incluso había puesto velas.

De camino al restaurante había decidido que iba a disfrutar de la cena como si de verdad pudiese llevarlo a un sitio así antes de volver a casa y follármelo. Como si al llegar pudiera recorrer cada centímetro de su cuerpo con mi lengua. Como si pudiese adorarlo como de verdad se merecía que lo hiciesen. ¿Qué estaba pasándome?

Cuando llegamos a la puerta del restaurante, hice un gesto con la mano para que Ander pasase por delante de mí y luego lo seguí, poniendo una mano en la parte baja de su espalda. El contacto fue demasiado íntimo, pero como Ander no dio señales de que le molestase, no retiré la mano.

Seguimos al camarero hasta una mesa apartada y nos sentamos en silencio. Me sudaban las manos de lo nervioso que estaba. Antes de irse, el camarero nos dejó las cartas para que pudiésemos elegir el menú. Después de unos minutos en silencio decidiendo, no pude evitar decir en alto lo que llevaba un buen rato pensado. No conseguía quitármelo de la cabeza.

—Me parece que el camarero ha pensado que somos pareja.

No sabía decir qué me llevó a soltarle aquello, o cuál era la reacción que esperaba de Ander: si lo que quería era que se asustara y eso me ayudase a que este enamoramiento se me pasase de una vez por todas, o más bien si estaba buscando todo lo contrario y no albergaba la estúpida esperanza dentro de mí de que, al escuchar que los demás podían pensar que estábamos juntos, Ander se lanzaría a mis brazos y me comería a besos.

Por supuesto, él no reaccionó de ninguna de las dos maneras y, una vez más, me sorprendió. Nuestros ojos se encontraron sobre la mesa y pude apreciar que los suyos estaban brillantes, llenos de emoción. Tampoco me pasó por alto el hecho de que sus pómulos estaban rosados. Verlo mirarme de esa manera le dio alas a mi imaginación. Me permitió dejarme pensar que me deseaba, que era feliz de poder estar allí.

Conmigo.

Mi corazón se saltó un latido y luego comenzó de nuevo a bombear como un loco. Verlo contemplarme así era embriagador. Me enloquecía de la mejor de las maneras.

—Me he dado cuenta. Será porque hacemos buena pareja —me contestó sonriendo con un toque de timidez, pero definitivamente no parecía ni molesto ni avergonzado por ello.

Su respuesta me volvió loco. Me quitó el aliento. Si solo supiera lo que de verdad sentía por él... Si supiera todas las cosas que me gustaría hacerle.

—Con lo guapo que eres, nadie estaría a la altura de hacer buena pareja contigo —le dije con demasiada sinceridad.

A pesar de que Ander hizo un sonido ahogado y se puso rojo como un tomate, pude leer en sus ojos que mis palabras lo habían complacido. Abrió la boca y yo esperé ansioso para saber lo que diría, pero el camarero llegó justo en ese momento a la mesa, cortando lo que sea que fuera a

decir. Unos minutos después, cuando el camarero había tomado nota de nuestra comida y yo había conseguido salir del estado de gilipollez en el que me había sumido, me sentí muy agradecido por la interrupción. ¿Qué cojones me estaba pasando esas Navidades que era incapaz de controlarme cerca de Ander?

Durante el paseo de vuelta a casa, deseé más que nunca poder estar con Ander. Deseé poder ser su pareja. La cena en el restaurante había sido mágica, perfecta. Me había divertido muchísimo con él y con sus ocurrencias. Me había quitado el aliento con sus sonrisas enormes y sinceras, con sus preciosos ojos azules brillando felices mientras compartíamos tiempo juntos. Había resultado tan perfecto, que no había podido evitar disfrutar como si fuese mi pareja. Mi novio. Sentí un revoloteo en el estómago solo por atreverme a pensar esas palabras.

Con Ander apoyado contra mi cuerpo, con su cabeza sobre mi hombro, con mi brazo rodeando su cintura y atrayéndolo hacia mí, cerré los ojos y dejé a mi imaginación volar. El momento era perfecto. Ander era perfecto. Sin poder evitarlo, aunque no quería torturarme, deseé por millonésima vez que las circunstancias fuesen diferentes.

Un «Te amo» se quedó atascado en mis labios.

Las ganas de empujarlo contra la pared más cercana y comerle los labios se quedaron atascadas en mi corazón. Aunque, como siempre, las dejé allí encerradas, guardadas bajo llave junto con el resto de mis sentimientos por él.



Las señales siempre habían estado allí

NIKANOR

Pasado

Me había apuntado a clases particulares para poder sacar la mejor nota posible en los exámenes de mi último año de carrera, por lo que ese año, para poder aprovechar las clases, no había ido a casa en Semana Santa. Por supuesto, esa decisión me había pasado factura y había estado mucho más amargado e irascible que de costumbre. Llevaba sin ver a Ander y a mis padres desde Navidades, y estaba desesperado. Los echaba tanto de menos que muchas veces me preguntaba si era siquiera sano. Sentía como si me faltase una extremidad, un pedazo de mi cuerpo.

Había pensado que también me resultaría imposible ir a casa en verano, pero, cuando una semana antes había hablado con Ander por teléfono y se lo había dicho, lo había notado tan abatido que todos mis planes se habían ido a la mierda. Todas mis ideas habían cambiado de un segundo a otro. Me había dicho a mí mismo que podría estudiar en casa de mis padres tan bien como lo hacía en mi casa de Madrid. No me hacía falta tomar más clases particulares, y estaba seguro de que la compañía de Ander conseguiría levantar el ánimo de mierda que me acompañaba últimamente fuera a donde fuese.

Después de tener esa conversación con Ander, me había puesto a arreglarlo todo, cuadrando horarios y demás cosas para poder llegar a casa a tiempo para su cumpleaños. Quería sorprenderlo. Aunque había sido complicado planearlo con tan poco tiempo, había merecido la pena, o por lo menos lo haría en el momento en el que viese los ojos de Ander llenos de felicidad.

Estaba de pie en la parte trasera del jardín de la casa de mis padres, observándolo todo desde una de las esquinas más apartadas, pensando en la conversación que había tenido esa mañana con él antes de montarme en el avión y recordando lo triste que estaba cuando lo había felicitado por teléfono. Me había dolido tanto que estuviese tan triste, que había estado a punto de confesarle que iba de camino a casa solo para que se tranquilizase. Aunque en ese momento me alegraba de no haberlo hecho; me moría de ganas por ver su cara cuando descubriese que estaba allí. Pocas cosas me gustaban más en este mundo que ver el amor reflejado en sus ojos cuando me miraba. Me hacía sentir cálido por dentro. Feliz.

Seguí observando y vi a un montón de amigos de Ander corriendo por el jardín, a otros jugando en la piscina, pero seguía sin haber rastro de él por ninguna parte. Paciente, me apoyé

contra la verja y esperé. No podía estar muy lejos y bien podía seguir aguantando unos minutos más sin verlo después de todos los meses que había estado sin hacerlo.

Traté de relajarme y, sin ser muy consciente de lo que hacía, me descubrí mirando a un rubio muy alto. Supuse que sería un amigo de Ander, aunque no recordaba haberlo visto nunca. El chico en cuestión llevaba un bañador rojo que, al estar mojado, se había pegado a su cuerpo revelando un culo impresionante. Aparté la vista como si me hubiera quemado y me removí en el sitio, incómodo. Si el chico estaba allí era porque era amigo de Ander.

Di un respingo cuando mi padre se colocó a mi lado en la verja como si me hubiesen descubierto haciendo algo que no debía, aunque él pareció no darse cuenta.

—Ander va a ponerse como loco cuando te vea.

—Esa es la idea —le respondí sonriendo.

Traté de controlar la mirada mientras hablaba con mi padre, pero por más que me esforzaba, mis ojos aterrizaban todo el rato sobre el chico misterioso. No obstante, nadie podría culparme, porque el chico era una preciosidad, tenía una espalda larga, de piel dorada y llena de músculos. Empecé a plantearme seriamente la posibilidad de que no fuese uno de los chavales. Era demasiado grande para tener dieciocho años.

Mi línea de pensamiento murió cuando el susodicho se dio la vuelta y me encontré mirando a la cara de Ander. Me quedé en blanco, paralizado durante unos segundos. No podía creérmelo. Por supuesto que al escuchar cómo estaba cambiándole la voz me había imaginado que habría crecido. Pero ¿tanto? Desde luego que ni se me había pasado por la cabeza.

Estuve a punto de tragarme la lengua por la impresión. ¿Cómo podía cambiar tanto el cuerpo de una persona en la adolescencia? Joder. Es que parecía un hombre con ese pedazo de cuerpo, con esos músculos, con esa cara angulosa. Parecía un puto jugador de *hockey* de las películas americanas. Pero no un jugador cualquiera; parecía el puto capitán.

Uno de los amigos de Ander se acercó a él y le dijo algo. Imaginé que estaba advirtiéndole de nuestra presencia, porque a los pocos segundos de que su amigo le hablase, Ander miró en nuestra dirección. Cuando me vio sonrió de oreja a oreja y salió corriendo hacia mí. Ni quise ni pude evitar hacer lo mismo. Me moría por abrazarlo, por su sonrisa, por sorprenderlo. No paramos de correr hasta que nos golpeamos el uno contra el otro. Luego nos fundimos en un fuerte abrazo que me habría gustado que fuese eterno.

—¡Has venido!

—¿Lo dudabas? —le pregunté riéndome a carcajadas y revolviéndole el pelo.

—¡Es la mejor sorpresa del mundo! —gritó saltando a mis brazos.

Lo que no sabía Ander era que, ese día, la sorpresa en vez de llevársela él me la había llevado yo.

Días más tarde, cuando descubrí que la atracción que había sentido hacia Ander el día de su cumpleaños no se me pasaba, me puse a reflexionar y me di cuenta de muchas cosas. Me di cuenta, por ejemplo, de que estaba enamorado de él. Después, me percaté también de que era incapaz de precisar desde cuándo me pasaba aquello. Y me acojoné. Me acojoné de verdad. Porque sabía que no me había enamorado de un día para otro, pero sí había sido consciente de que lo estaba de un día para otro; por supuesto, cuando ya era demasiado tarde para hacer nada, demasiado tarde para evitarlo. Cuando estaba enamorado hasta las trancas.

Le di vueltas a la cabeza durante días sin permitirme ni un segundo de descanso. Traté de hacerme a la idea de estar enamorado de Ander, pero no podía, me parecía demasiado malo. Me sentía como un gilipollas por no haberme dado cuenta antes y haberlo evitado. Solo un ciego no

lo habría visto venir, porque, si era sincero conmigo mismo, las señales siempre habían estado allí. Por ejemplo, sabiendo lo que sabía ahora, era más sencillo comprender por qué nunca había llegado a sentirlo como un hermano, sino que siempre lo había considerado mi amigo. Era más fácil comprender también por qué siempre había odiado a su mejor amiga, la cual nunca me había hecho nada ni a mí ni a él, cuyo único pecado era que yo siempre había pensado que estaba enamorada en secreto de Ander. En ese momento me resultaba casi transparente el motivo por el que había fracasado en todas y cada una de las relaciones que había tenido, ahora entendía el motivo: no podía entregarle a nadie lo que ni siquiera era mío. No podía hacerlo porque mi corazón era de Ander.

Entero.

Debía haber percibido también que mi necesidad de estar a su lado traspasaba la que se siente por la cercanía de un amigo. Anhelaba todo de él: su compañía, su roce, su amor.

Ese año, antes de volver a Madrid, sabiendo como sabía que aparte de amor también sentía una atracción física y sexual hacia Ander, la cual parecía incapaz de controlar, tomé la decisión de no regresar a casa cuando me sacase plaza en el MIR¹. Iba a quedarme a vivir en Madrid. No podía traicionarlo ni a él ni a mis padres de aquella manera con esos sentimientos.

Me sentía avergonzado de mí mismo.



No hay huevos

ANDER

17 diciembre, 2019

Mi padre, Nik y yo nos habíamos levantado temprano esa mañana. Después de un desayuno rápido nos subimos al coche. Mi padre iba al volante. Nos llevaba a San Sebastián. Mientras veía el paisaje pasar a través de la ventanilla, me maldecía una vez más a mí mismo por haber comentado durante la cena de la noche anterior que sería divertido hacer una escapada a La perla. La idea era llevar a Nik allí. Él y yo solos, por supuesto.

La perla era un centro de Talasoterapia en el que te bañabas en el agua del mar a diferentes temperaturas. Había un circuito con piscinas, también una sauna e, incluso, una piscina de hidromasaje. ¿Acaso existía un sitio más romántico? Desde luego a mí no me lo parecía. A todo eso había que añadirle que iba a poder ver durante casi dos horas a Nik en bañador.

Pero, cómo no, mi plan no había salido tal y como lo había planeado.

No.

Se había ido al traste cuando nuestro padre había decidido que apuntarse con nosotros era una idea fantástica. Por circunstancias de la vida habíamos terminado con solo una habitación para los tres. ¿Existía algo más anticlimático que compartir la habitación con tu padre y tu amor? Lo dudaba. Golpeé la cabeza contra el asiento y suspiré. ¿Por qué todo me salía tan mal?

Mientras hacíamos el circuito en La perla, no dejé de mirar de reojo a Nik en bañador. Entendí que mi plan había estado abocado al fracaso desde el minuto uno, incluso sin haber incluido a nuestro padre en la ecuación. A pesar de que lo había visto en traje de baño millones de veces, ese día me parecía que estaba demasiado *sexy*, o puede que en realidad fuera yo el que estaba especialmente caliente.

Aproveché que Nik estaba distraído hablando con papá para darle un buen repaso. Por supuesto sentí miedo de que pudiera descubrirme haciéndolo. Digamos que no era una persona capaz de disimular, ni tampoco me gustaba hacerlo. Paseé la mirada desde su cara a su cuello largo, luego, la deslicé por sus clavículas que siempre me habían parecido muy *sexys*. Estaba bastante seguro de que me había escuchado a mí mismo suspirar. Las mariposas de mi estómago comenzaron a aletear. Nik tenía la piel suave y tersa, tirante debido a todos los músculos que poseía. Ardí en deseos de acariciarlo. Mis ojos se atascaron en sus pectorales. Pectorales que

eran dos montañas poderosas, duras y de aspecto suave. Solo tenía pelo en el centro de su pecho. Miré sus abdominales y sentí ganas de arrodillarme y lamérselos. Fantaseé con la idea de pasar la lengua a través del surco que formaban. Deseé acariciar con mis dedos la línea de pelo negro que Nik tenía de camino a su bañador. Tenía que apartar la vista ya, o iba a hacer un desastre en mis pantalones.

Las casi dos horas que duraba el circuito se me hicieron eternas. Me pasé todo el tiempo tratando de esconder mi erección. Cuando por fin llegamos al final del recorrido, como todavía nos quedaba un poco de tiempo, decidieron volver al yacusi. Gemí en bajo por la frustración, aunque no fue tan malo como me había esperado, pues las vistas eran preciosas y yo había empezado a relajarme un poco. Sumergidos en el agua calentita podíamos ver la playa de la Concha. Los tres estábamos sentados en fila, mirando por los ventanales.

—Dios, cómo me gusta el mar. ¿No sería genial que no hiciese frío y pudiéramos darnos un baño? —les dije.

—Desde luego, con esta temperatura, es de locos bañarse —comentó mi padre.

—¿Sabes que puede salirse a la calle por esa puerta de allí? —me informó Nik con un brillo juguetón en los ojos—. Hay un pasillo por el que se va directo. Este sitio está conectado con la playa.

Cruzamos una serie de miradas divertidas entre los tres.

—No hay huevos de salir a la playa y bañarse —nos retó nuestro padre.

Sus palabras sellaron nuestro destino. ¿Qué pasa cuando retas a dos tíos? Sencillo, se vuelven unos gilipollas descerebrados.

Y eso fue lo que nos pasó a Nik y a mí. Nos levantamos corriendo del yacusi que estaba a unos veintiocho grados. Me estremecí solo de pensar en el frío que tendría que hacer en la calle en pleno mes de diciembre. Anduvimos los pocos metros que nos separaban del lugar donde estábamos hasta la puerta que había señalado Nik. Cuando divisé por dónde se accedía lo adelanté corriendo y abrí la puerta para salir a la calle.

Joder.

El frío me golpeó la cara y me endureció los pezones y las pelotas. Entendí que no había sido una buena idea, pero Nik caminaba a mi lado con paso decidido. Si él no se rendía, no iba a ser yo quien lo hiciera. Cuando bajamos las escaleras que separaban La perla de la playa, mis dedos tocaron la arena congelada y me estremecí. Sabía que, si me lo pensaba mucho, no me atrevería a hacerlo, así que sin dedicar un segundo a pensar, cogí aire y salí corriendo. Nik me adelantó por la derecha, y apreté un poco más el paso. Llegué a la orilla del agua con tanto impulso que no pude evitar caer dentro del mar.

—¡Joder! —gritó Nik emergiendo del agua con el pelo mojado. Él había entrado antes que yo.

Me reí a carcajadas, con los ojos cerrados, motivo por el cual no me di cuenta a tiempo de que Nik se abalanzaba sobre mí. Acabé hundiéndome en el agua. Cuando saqué la cabeza, estaba alejándose de mí para que no pudiese devolverle la aguadilla. Nadé hacia delante con fuerza y salté a su espalda, desequilibrándolo. Luchamos durante unos minutos, divertidos. Pero hacía demasiado frío.

—Estoy congelándome —me dijo Nik. Me levantó del suelo y me subió sobre su hombro—. Tú y yo nos vamos para adentro. No quiero que te pongas enfermo.

—Mandón —le dije, pero secretamente disfruté de que me cuidase.

NIKANOR

Sonreí mientras miraba a mi padre tumbado en la cama del hotel. Estaba emocionado.

—Qué buena idea ha sido este día de chicos. Lo he pasado muy bien con vosotros.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros a tomar unas copas?

—Segurísimo. El día ha sido divertido, pero habéis machacado a vuestro pobre padre. Aunque no lo parezca por lo bien que estoy, ya tengo una edad —nos dijo poniendo cara de fingida autoadmiración.

Sonriendo, me dejé caer a su lado en la cama y me puse a ver la televisión mientras Ander terminaba de ducharse.

Después de unos diez minutos, la puerta del baño se abrió. Levanté la mirada para decirle a Ander que era la vez que más había tardado en ducharse de toda su vida. Iba a preguntarle si se había desmayado en la ducha, pero las palabras murieron en mi boca en el mismo instante en el que lo vi.

Joder.

Se había puesto unos pantalones negros ajustados, con rotos en las rodillas, que se abrazaban a los músculos de sus piernas como si hubiese nacido con ellos. Ander tenía unas piernas muy poderosas y *sexys*. Llevaba los pantalones metidos por dentro de unas botas negras de caña alta. En contra de mi buen juicio, seguí elevando la mirada para poder verlo al completo. En la parte de arriba llevaba un polo blanco de manga corta que dejaba ver a la perfección el contorno de sus pectorales, de sus enormes y fuertes pectorales. Sus bíceps parecían a punto de reventar los lados de la camiseta. Tenía la espalda ancha y la cintura estrecha. Había visto modelos masculinos que estaban la mitad de buenos que él. ¿No se daba cuenta de lo atractivo que era? ¿De verdad pensaba que podía ir así por la calle y que no se lo fuese comiendo todo el mundo con los ojos?

—Joder, hijo —le dijo de pronto nuestro padre, sacándome de mi ensimismamiento.

Durante unos segundos tuve la absurda esperanza de que le dijese que iba vestido demasiado provocativo. Si Ander salía así, ¿cómo iba a poder resistir toda la noche a su lado sin acabar en un charco de baba inservible? Me sentía demasiado atraído por él. Era exactamente mi tipo de hombre. Era todas y cada una de las cosas que me gustaban. Y que me encendían.

—¡Estás hecho todo un bombón! ¿A que sí, Nik? Dile a Ander lo guapo que está.

—Estás impresionante —lo halagué con sinceridad, con la sonrisa menos tensa que fui capaz de dibujar.

A pesar de lo guapo que era, Ander no era nada vanidoso. Había llegado a pensar que, o bien no era consciente de lo atractivo que era, o bien le parecía una tontería serlo. Nunca lo había visto u oído jactarse de ello, ni tampoco utilizarlo como arma con nadie.

Respiré aliviado cuando por encima de la camiseta se puso un jersey de punto negro holgado. Eso estaba mucho mejor. Era una idea brillante que escondiera todos esos músculos. Cuando me dio la espalda, para acercarse al perchero a recoger su cazadora, y le vi el culo, gemí. ¿Por qué el universo deseaba tanto torturarme?

Comimos un helado mirando al mar. El de Ander era de chocolate negro y menta. El mío, de dulce de leche y nata. Cuando cada uno había comido la mitad de su helado nos los intercambiamos. Me sentí como un hombre sucio y retorcido cuando disfruté de estar comiéndome el helado donde Ander había estado poniendo sus babas. Casi me sentí avergonzado de mí mismo. Casi. La sensación era demasiado buena y placentera como para que pudiera hacerlo.

Estábamos sentados en lo alto de la roca que separaba el mar de la ciudad. Ander miraba el

agua, hipnotizado, y yo lo miraba a él. No sabía decir cuál de los dos estaba disfrutando más del paisaje.

—¿Te apetece ir a tomar una copa? —me propuso cuando terminó de comerse el helado.

—Claro, suena muy bien. ¿A dónde te gustaría ir?

—No lo sé —me dijo riendo y encogiéndose de hombros—. Ya sabes que no suelo salir mucho por ahí. No es mi rollo.

—Pues sí que estamos buenos... Yo no recuerdo la última vez que salí por ahí, creo que todavía era menor de edad —exageré.

—Pues damos una vuelta y elegimos.

—Suena como un plan —le respondí agarrándole las manos para ayudarlo a bajar de lo alto de la roca.

Ander me cogió las manos y saltó al suelo, aterrizando justo enfrente de mí tan cerca que nuestros alientos se entremezclaron. Tragué saliva y me alejé de él antes de hacer alguna locura. Me sentía muy desequilibrado esa noche. Temerario. Con los sentimientos a flor de piel. Todo el cuerpo me hormigueaba lleno de deseo, de anhelo. Lo deseaba más de lo que podía soportar, y sabía que no quedaba mucha fuerza de voluntad dentro de mí para seguir apartándome de él. No quería hacer nada que lo alejase de mí, por eso le dije las siguientes palabras:

—No me encuentro muy bien, ¿te importa que volvamos al hotel?

—Por supuesto. ¿Qué te pasa? —me preguntó, acercándose otra vez a mí.

Me miró con ojos preocupados. Amaba que se interesase por mí, pero a la vez no podía soportar que lo hiciera.

—Tranquilo, solo me duele la cabeza.

—Vamos, no estamos lejos —dijo agarrándome la mano mientras me llevaba hacia el hotel.

Ander no hizo amago de soltarme la mano, y yo, por supuesto, no encontré la voluntad dentro de mí para hacerlo. Sabía de sobra que no podía tener a aquel hombre, pero tampoco podía apartarme del todo él. No podía evitar disfrutar de la migajas de su amor. Sujetar su mano mientras caminábamos se sentía más allá de perfecto.



El dolor se volvió más soportable

ANDER

Pasado

Cuando me dijeron que la abuela había muerto, por mi cabeza se cruzó el estúpido pensamiento de que tenía que despedirme de ella. No fue hasta segundos después que no me di cuenta de lo tonto que había sido ese raciocinio. La abuela ya no estaba. No existía. Entendía lo que querían decir las palabras, pero no su significado. Todo a mi alrededor se movía sin sentido. No comprendía cómo el mundo podía seguir adelante cuando mi abuela había muerto. Cuando yo estaba desgarrado por dentro. Cuando una de las personas más buenas y cariñosas que existían se había ido. ¿Cómo era posible que el mundo entero no estuviese desgarrándose? ¿Por qué todo seguía adelante si la Tierra se había vuelto un lugar mucho más oscuro y triste? Me sentía entumecido.

Mi madre lloraba y mi padre la consolaba entre sus brazos. Nik me daba la mano, absorbiendo la mía más pequeña entre la suya más grande. Él era lo único que me hacía sentirme anclado. Me sentía triste, preocupado. Tenía los ojos hinchados y la visión borrosa. Estaba muy quieto, y yo nunca estaba quieto. No podía. El mundo siempre se había movido demasiado lento para mí. Las personas se movían demasiado lento. Las únicas veces en las que estaba tranquilo era cuando me encontraba enfermo.

En ese momento parecía que estuviese vacío, como si la energía que siempre fluía dentro de mí se hubiese apagado, como si se me hubiera acabado. Solo quería estar con Nik, que me abrazase y me dijese que todo estaba bien. Igual que había hecho cuando el médico había salido de la habitación de la abuela y les había dicho a nuestros padres que había muerto.

Así que, en medio de la habitación de la funeraria en la que estábamos, me acerqué un poco más a Nik. Cuando sus brazos se cerraron a mi alrededor y me susurró al oído que estaba allí, todo fue mucho mejor. El dolor se volvió más soportable.

Dos días después de que la abuela muriese celebramos el funeral. Cuando el cura terminó la misa salimos en procesión de la iglesia, siguiendo al ataúd. Mi madre, con mi padre abrazándola —desde que la abuela había muerto él no la había soltado ni un solo segundo—, y sus hermanas iban las primeras de la fila. Los primos caminábamos detrás.

Estaba triste, muy triste, tanto, que era como si no fuese capaz de sentir nada. Lo único que me anclaba a la realidad era la mano de Nik, el cual, al igual que había hecho mi padre con mi madre, no me había soltado ni un solo segundo desde que la abuela murió.

La noche anterior habíamos dormido los cuatro juntos en la cama de nuestros padres. Recuerdo haberme hecho un ovillo delante de Nik y haber pensado que no podría dormir. Había estado equivocado, me sentía tan seguro cerca de él y estaba tan exhausto que no tardé más de unos pocos segundos en quedarme dormido.

La procesión que siguió al ataúd acabó cuando llegamos al panteón familiar. Observé con horror cómo unos hombres venían con unas palancas y levantaban las largas piedras que lo cubrían, retirándolas a un lado. Luego, colocaron alrededor del ataúd unas cuerdas marrones y tiraron de ellas para meter a la abuela dentro del agujero. Hecho eso, volvieron a colocar de nuevo las piedras encima y sellaron el panteón con una pasta. Todo el mundo se quedó allí sin hacer nada, sin decir nada, como si lo que acababan de hacer fuese normal. Me quedé paralizado en el lugar, sin creermelo del todo lo que había sucedido.

La gente empezó a marcharse del cementerio y me asusté. Sentía que nada tenía sentido, que estaba viviendo una pesadilla. ¿De verdad que la abuela no iba a volver? ¿De verdad íbamos a dejarla en aquel agujero del cementerio? Sola. No podía creerlo. No podía creer que no fuera a verla nunca más. La muerte era injusta. Yo no quería que ella estuviese muerta. No quería.

Después de un rato, Nik puso uno de sus brazos alrededor de mi espalda y me sacó del cementerio. Lloré sobre su hombro. Lloré todo lo que no había podido llorar hasta entonces. Lloré porque hasta ese momento no había comprendido lo que implicaba que la abuela hubiese muerto. Dejarla allí hizo que lo entendiese todo de golpe. Me hizo comprender la implicación real de que muriese alguien a quien querías, la inevitabilidad que había en ello. Comprendí que nunca más volvería a verla. Que seguiría creciendo, que seguiría viviendo, que el mundo y mi vida seguirían adelante, pero ella no iba a estar allí para comprobarlo ni para compartirlo conmigo. Nunca más.

NIKANOR

Ander siempre tenía una sonrisa en la cara. Esa era su manera de ser, de ver la vida, de vivirla. Odiaba verlo mal. Lo odiaba. No podía soportar que sufriese por la muerte de la abuela. Sabía que tenía que hacer algo y que tenía que hacerlo ya. Me partía el alma contemplarlo así. Su dolor se sumaba al mío y lo hacía insoportable.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza una y otra vez pensando en la manera de conseguir que se sintiese mejor.

Aunque Ander llevaba varios días vagando por la casa como si fuese una sombra de la persona que era realmente, ese día ya no pude aguantarlo más. No podía verlo así y no hacer nada. Notaba que cuando lo tenía entre mis brazos, cuando le susurraba palabras de aliento al oído, estaba mejor. Pero esa no era la solución. Lo que de verdad quería era que dejase de sufrir, que se diese cuenta de que, a pesar de todo, la vida seguía mereciendo la pena. Que, a pesar de que habíamos perdido a un ser amado, teníamos la obligación de seguir adelante. Yo necesitaba que él siguiera adelante. Con dolor, sabiendo que nada volvería a ser como antes de que ella muriese, pero que, aun así, había que hacerlo. Porque si lo intentabas durante el suficiente tiempo, el dolor se volvía soportable y encontrabas de nuevo las ganas de vivir. Suponía que, para mí, que no era la primera vez que vivía una pérdida importante, y que además era algunos años mayor que él, eso era más fácil de ver. Pero para eso estaba yo a su lado, para ayudarlo a que él también lo viese. Conocía un lugar que a Ander le haría recordar las cosas hermosas de la vida.

La playa.

Agradecí que fuese sábado y Ander no tuviese que ir a clase. Fui a donde mis padres, les pedí prestado el coche y les conté lo que tenía pensado hacer. Ambos estuvieron encantados con lo que les propuse. Ellos también estaban muy preocupados por Ander. Cuando me dijeron que venían con nosotros me negué; sentía que Ander y yo teníamos que hacer esto juntos. Solos. Yo lo necesitaba así, para ser exactos.

Ander sonrió cuando fui a buscarlo a su cuarto y le dije que nos íbamos de excursión. Fue una pequeña y tímida sonrisa, pero la primera que había visto en muchos días. Me dio esperanzas, me calentó por dentro. De camino a la playa, cuando cogimos la salida que nos llevaría hasta allí, Ander adivinó mis planes. Ahí fue cuando se le escapó la segunda sonrisa. La tercera me la dedicó cuando salimos del aparcamiento y recorrió los pocos metros de distancia que había hasta el muro que separaba el paseo de la playa. La cuarta, mientras comíamos helado sentados sobre la arena y congelándonos el culo. La quinta, cuando entramos al cine del centro comercial y compramos una tonelada de chucherías. La sexta fue la mejor de todas. La sexta me la dedicó momentos antes de quedarse dormido en el coche de vuelta a casa. Fue la mejor, porque esa se le escapó al mirarme a mí, solo a mí.



Lo estoy intentando, pero no puedo

NIKANOR

22 diciembre, 2019

—¿A dónde vas con todo eso, Ander? —le pregunté riéndome y mirándolo con ojos desorbitados —. ¿Has dejado alguna chuchería en la tienda?

—Así es como se ve una buena película —me contestó deslumbrándome con una enorme sonrisa—. Y por supuesto que no, me lo he llevado todo.

Ander se inclinó encima de la mesa del centro de la sala, abrió los brazos y dejó caer encima todas las bolsas de patatas, gominolas, caramelos y chupachups que llevaba. Se echó hacia atrás y cayó al sofá como si hubiese hecho el mayor esfuerzo de su vida. Sonriendo, se quitó primero las zapatillas, luego los calcetines y los lanzó a la otra punta de la sala. Sonreí. Siempre era tan intenso. Era un terremoto.

—¿Que te apetece ver? —le pregunté.

Ander gateó por el sofá hasta llegar a mi lado. Cuando estuvo pegado a mí, metió la cabeza por debajo de mi brazo y se dejó caer sobre mi cuerpo, de manera que quedó apoyado con la espalda contra la mitad de mi pecho y su cabeza justo al lado de la mía, apoyada en mí. Frente, pómulo. Contuve el aliento. Si solo fuese consciente de lo que me hacía sentir. Esos gestos que a él le resultaban tan naturales creaban auténticos estragos dentro de mí. Con todo el cuerpo encendido y cosquilleando por su cercanía levanté el otro brazo para agarrar el móvil con las dos manos. Lo puse frente a nosotros para que ambos pudiéramos verlo. A los pocos segundos, Ander me quitó el móvil, impaciente. Tor nos miraba moviendo el rabo como si fuésemos las personas más divertidas que había visto en su vida.

—Déjame elegir a mí, lo lees demasiado todo.

Por supuesto, lo dejé que lo hiciese. Sin querer, terminé cerrando los ojos y disfrutando del aroma de su pelo, que me acariciaba la nariz con cada respiración. Pocos segundos después, puso una película de acción. Como no. Esas eran las únicas que conseguían mantenerlo lo suficiente entretenido como para que les prestase atención. Ander le dio al botón del *play* en el móvil y la película empezó a reproducirse en la televisión.

Aguantó en la postura en la que estábamos sentados casi cinco minutos. Toda una proeza en él. Ver una película con Ander siempre era un desafío. No dejaba de moverse: se incorporaba, se estiraba, se sentaba, comía, se levantaba a por agua...

Aunque estaba más que acostumbrado a sus movimientos, ese día, en particular, me tenía

nervioso. No podía concentrarme en la película y no podía apartar los ojos de él. Últimamente tenía los sentimientos a flor de piel. La quinta vez que puso los pies encima de mi estómago, se los agarré para que no pudiera moverse.

—Estate quieto, Ander.

—Vaaale —me respondió él como si se estuviese resignando—. Estoy intentándolo, pero no puedo.

—Ven aquí —le ordené levantado el brazo derecho para que pudiera meterse por debajo.

Ander sonrió encantado y se lanzó de golpe sobre mí, sacando todo el aire de mis pulmones. Se rio.

—¿Crees que si te acaricio el pelo serás capaz de relajarte? —le pregunté, sabiendo lo mucho que le gustaba que lo mimase.

Antes de que respondiese ya había empezado a meter los dedos entre su pelo y a acariciar su cabeza.

—Oh, sí, estaré superrelajado —prometió, deshaciéndose contra mi cuerpo.

Después de eso, estuvo tranquilo. Solo movía los pies y las manos de vez en cuando, pero no se apartaba ni de mí ni de mis caricias.

Una vez que lo tuve entre mis brazos la película se me hizo demasiado corta. Aunque sabía que estaba disfrutando mucho más de lo que debería, mandé a la mierda todas mis preocupaciones y me dejé llevar. Me permití amarlo, aunque fuera en secreto. Aunque él no supiera lo que realmente significaba para mí tenerlo entre mis brazos.

Pronto, demasiado pronto, la película terminó.

No sabría muy bien decir por qué me sentía tan reacio a meter a mi corazón en su jaula de siempre. Sentía como si, ahí, tumbados en la oscuridad, estar enamorado hasta las trancas de Ander fuese menos malo. Menos errado.

—Quiero ver otra —anunció Ander cuando la película que estábamos viendo se acabó, quitándome de los labios lo que estaba a punto de decir.

No estaba preparado para dejarlo marchar tan pronto.

—Teniendo en cuenta lo bien que te has portado, voy a concedértelo —bromeé, poniéndole la mano sobre el lateral de la cara y acercándolo hasta mis labios.

Lo besé la frente. El beso fue casto, pero, aun así, disfruté cada segundo que mis labios estuvieron sobre su piel. Si cerraba los ojos y me dejaba llevar por la imaginación, casi podía fingir que éramos una pareja viendo unas películas en su casa. Cuando sentí que la entrepierna empezaba a hincharse y a calentarse, me volví muy consciente de que tenía que ponerme bajo control y tenía que hacerlo ya. Ander no era mi pareja.

Era mi hermano.

Mi puto hermano.

Cada vez que esas palabras me atravesaban la mente sentía cómo el corazón se me partía en mil pedazos, porque la realidad era que él creaba todo lo que yo quería. Tenía la sensación de que vivía a medias, sin ser capaz de disfrutar la vida del todo. Como si viviera con medio cuerpo, con medio corazón, con media alma. Me sentía así porque Ander tenía la otra mitad siempre consigo.

—Voy al baño —anunció levantándose—. Elige la película —me dijo, aunque luego parecía pensárselo mejor—. ¡Pero no elijas una mierda, por favor! —terminó medio gritando mientras salía del salón.

Con una sonrisa estúpida en la cara, observé cómo Tor salía corriendo detrás de él. Lo entendía; si pudiese hacerlo, yo también seguiría a Ander todos los lados. Sobre todo, al baño. Si

me dejase, estaría encantado de bajarle los pantalones y ayudarlo a sacarse... «Basta», me dije a mí mismo. Tenía una erección que estaba empezando a hacer una tienda de campaña en mis pantalones sueltos de chándal. Joder. Necesitaba ponerme bajo control. ¿Qué coño me pasaba esa noche?

Me senté en el sofá un poco más recto y busqué una película que sabía que iba a desesperar a Ander. Era demasiado fuerte la tentación de hacerlo, y yo, muy débil. No podía resistirme a elegir una película que sabía que no querría ver solo para picarlo.

Esperé paciente en el sofá poniendo mi mejor cara de bueno. Escuché cómo Ander, seguido de unos ruidos de patas, entraba en la cocina y abría el frigorífico. Cuando no oí el ruido de ningún armario sonreí. Estaba bebiendo a morro. Tenía suerte de que nuestros padres estuvieran cenando por ahí, porque si nuestra madre lo hubiera visto hacerlo, estaba seguro de que se habría ganado una colleja.

Ander se quejó en el mismo momento en el que entró en la sala y miró la televisión.

—Oh, no. No pienso ver una película de ese director.

—Hace obras maestras.

—Hace mierdas aburridas.

—No pienso quitarla —lo piqué, disfrutando como un loco.

Ander saltó al sofá con los dos pies y se tumbó sobre mí. Entendí lo que se proponía segundos antes de que pudiera alcanzar el teléfono. Cogí el móvil, lo escondí detrás de mi espalda y me tumbé encima. Sus ojos brillaron con diversión. Se abalanzó sobre mi cuerpo y empezó a acribillarme a cosquillas. No podía parar de reírme. Las cosquillas eran mi debilidad y él lo sabía. Empecé a mover las extremidades como un loco, lo que Ander aprovechó para meter la mano por mi espalda y coger el móvil. Cuando lo tuvo en su poder dejó de hacerme cosquillas. Traté de agarrarlo por la camiseta antes de que se apartase de mí. Iba a ganar aquella batalla.

Maldije en alto cuando su camiseta se me escapó de entre los dedos por muy poco. Aunque el pequeño gesto lo hizo desestabilizarse. Vi con la cara llena de satisfacción cómo caía hacia atrás sin poder hacer nada para evitarlo. Al segundo siguiente de que su espalda tocara el sofá, estaba tumbado sobre él. Nos miramos a los ojos y sonreí. Ander me devolvió la sonrisa haciendo que me volviese loco, que perdiese la cabeza. Me sentía mareado, apenas podía pensar con claridad. Me zumbaba todo el cuerpo de deseo, de anhelo. Necesitaba... algo. Sin ser muy consciente de lo que hacía, con el corazón martilleándome en los oídos, me abalancé hacia su cara con la boca abierta y le comí los labios.

Literalmente.

Mi boca abierta se posó sobre la suya, suave, hinchada y deliciosa. Sabía a piruleta de cereza. Lamí sus labios con codicia y deseo, y, luego, enganché su labio inferior entre los míos. Tiré hacia atrás de él, que salió de mi boca haciendo un pop.

—Malo —le dije con voz juguetona.

Oh, mierda. Había perdido la cabeza.

Cuando mi cerebro alterado registró lo que acababa de hacer, lo que de verdad acababa de hacer, me quedé en *shock*. Empecé a sentir cómo se acumulaba en la espalda un sudor frío. Empecé a marearme.

Dios mío. ¿Qué acababa de hacer?

Joder. «Actúa como si fuese normal plantarle un beso en los morros a tu hermano adoptivo, y subraya lo de *adoptivo*, hace que todo lo que siento sea mucho mejor, menos sucio». Joder, es que me volvía loco estar cerca de Ander, me confundía el cerebro, se me desconectaba. No había podido evitar besarlo, nunca nadie me había hecho sentirme tan bien a su lado.

Dios. «¿Qué cojones voy a hacer?».

Me quedé paralizado, sin atreverme a mirarlo a los ojos. Tragué saliva, asustado, con miedo a que me apartase de un empujón de encima de él. Cuando comprendí que llevaba demasiado tiempo quieto sobre su cuerpo, abrí los ojos. Lo miré acojonado, no quería ver el rechazo escrito en su cara. Sabía que tenía que decir algo, pero no pude. Ander me contemplaba con la boca abierta, con los ojos sorprendidos y ligeramente desenfocados. Respiraba con dificultad.

Me dio un vuelco el corazón.

¿Por qué no parecía horrorizado?

Antes de que pudiera hacer o decir nada, la puerta de la entrada de casa se abrió. Nuestros padres habían vuelto. Me aparté de Ander de un salto, como si de repente hubiera estallado en llamas. Joder. No podía permitir que nuestros padres nos viesen en esa posición. ¿Qué pensarían de mí? ¿Me echarían de casa? ¿Me odiarían? No podía siquiera imaginarlo. Me quedé plantado en el salón, al lado del sofá, mirando como un idiota a la puerta.

Cuando nuestra madre entró seguida de papá a saludarnos, les di un beso con mucha rapidez y me alejé de ellos.

—Me voy a la cama. Buenas noches —dije casi gritando.

Dicho eso salí de la sala como si estuviera persiguiéndome la muerte. Me aguanté por muy poco las ganas de ir corriendo hasta mi cuarto. Si alguien venía a matarme ahora mismo, me haría un favor. Moriría agradecido.

Más tarde, esa noche, en la protección de mi cuarto, me masturbé pensando en lo suaves y perfectos que se habían sentido los labios de Ander entre los míos. Me corrí imaginando esos labios envueltos alrededor de mi erección.

Iba a arder en el infierno. Seguro que había destinado un círculo del infierno para los hombres que estaban enamorados de sus hermanos. No tenía la menor duda.



¿Qué estás haciendo aquí?

NIKANOR

Pasado

Cuando llamaron al timbre de mi apartamento casi agradecí la interrupción. Me levanté del suelo, frente a la mesa del salón, donde tenía la sensación de que llevaba desde hacía días sentado sin parar de estudiar, y me arrastré hasta la entrada. Cuando al abrir la puerta vi a la persona que estaba al otro lado, juro que durante unos segundos dudé de si me había quedado dormido y estaba en medio de un sueño.

—Ander —su nombre se escapó de mis labios.

—Nik —me respondió él, lanzándose sobre mí para abrazarme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté desconcertado mientras trataba de recordar qué día era.

—Ayer, cuando hablamos por teléfono, me pareció que estabas muy agobiado —me explicó y se encogió de hombros—. Quería venir a verte para ayudarte y, de paso, alegrarte un poco —dijo con una tímida sonrisa.

Me reí encantado. El corazón me dio un salto en el pecho lleno de felicidad. Me encantaba que Ander se preocupase por mí. De hecho, era un adicto a ello.

—Desde luego, nadie sabe hacer como tú que no me quede dormido, que me mantenga activo ni, mucho menos, saben hacerme tan feliz como tú lo haces.

Ander sonrió de oreja a oreja ante mis palabras y me empujó a un lado para pasar al apartamento.

—Guau, Nik, este sitio es más impresionante de lo que recordaba —me dijo mientras observaba frenético hacia todos los lados.

Miré sobre su hombro y traté de ver el apartamento con los ojos de Ander. Me hacía mucha ilusión que le gustase mi espacio.

El lugar tenía las paredes de ladrillo rojizo visto. Estaba lleno de plantas verdes y los muebles eran de acero negro, lo que le daba al lugar un toque muy acogedor y moderno. Me gustaba el estilo que había conseguido. La única y muy importante pega era que no podía compartirlo con él. Mi cabeza se puso a pensar en lo perfecto que sería que Ander viniese a vivir aquí conmigo, que compartiésemos piso. Al darme cuenta del lugar al que habían ido a parar mis pensamientos, me reprimí mentalmente. Eso nunca iba a pasar. Ander no era mi pareja y tenía que grabármelo

a fuego en la cabeza.

—Me alegro de que te guste.

Cerré la puerta detrás de él y lo seguí.

Ander se movió por toda la casa, abriendo cada una de las habitaciones y tocándolo todo. Lo observé encantado mientras lo hacía. ¿Cómo podía gustarme tanto verlo en mi espacio?

—Me voy a hacer un cacao y nos ponemos manos a la obra —me informó abriendo los armarios de la cocina, supuse que en busca de los ingredientes y de un vaso.

Me senté sobre la mesa de la cocina y lo observé mientras se preparaba la bebida. Si no hubiera estado tan cansado lo habría ayudado a hacerlo. No le quité los ojos de encima ni un solo momento. No podía. Lo echaba tantísimo de menos cuando no estaba con él...

El día anterior se había dado cuenta de que estaba pasando un momento muy duro, que estaba saturado, y él lo había dejado todo solo para venir a apoyarme. De pronto me atravesó una necesidad irrefrenable de abrazarlo. Me bajé de la mesa y me acerqué a su espalda. Envolví los brazos alrededor de su cuerpo y lo atraje contra mi pecho. Ander suspiró encantado cuando me sintió. Se relajó al instante. Luego, se dio la vuelta en mis brazos y enterró la cara en mi cuello.

—Gracias por venir. Estoy a punto de volverme loco de tanto estudiar.

—Siempre voy a estar ahí cuando me necesites —me dijo—. Siempre.

Sus palabras me llenaron de tanto amor y de tanta seguridad que estuve a punto de ponerme a llorar como un bebé. Quería a Ander, lo quería tanto que me mataba no poder tenerlo en mi vida. Ojalá las cosas fueran diferentes. Ojalá fuésemos dos desconocidos que se encontraban en el camino de la vida. Ojalá tuviese la oportunidad de conquistar al hombre que quería. Ojalá pudiese demostrarle cuanto lo amaba.

Eran más de las dos de la mañana cuando le dije a Ander que ya tenía suficiente por ese día, que no podía estudiar ni un segundo más. No me quedaba hueco en el cerebro para aprender ni una sola palabra. Ander levantó la vista de la revista que estaba leyendo y me sonrió. Salimos de la sala en silencio, camino de mi habitación. Tenía que dejarle un pijama para dormir, porque él, siendo fiel a sí mismo, había venido a pasar tres días conmigo sin traer ni una maleta. Sonreí como un bobo, me encantaba como era.

Cuando le tendí uno de mis pijamas, comenzó a desnudarse delante de mí como si fuese lo más normal del mundo. Como si yo no soñase cada noche con follármelo. Si fuésemos dos amigos normales por supuesto que a mí no me habría incomodado tampoco, pero resulta que sí que lo hacía. Mientras él se cambiaba de ropa, murmuré una disculpa y me marché al cuarto de baño a cepillarme los dientes. Ni un minuto después, Ander irrumpió en el baño como un terremoto. Sonrió y me arrebató el cepillo de dientes de la mano. Lo pasó por debajo del agua del grifo, le puso pasta y se lo metió en la boca como si fuese lo más normal del mundo que compartiésemos el cepillo. Lo miré embobado.

Joder.

Estaba perfecto vestido con mi ropa. Me parecía tan *sexy* que la llevase puesta que mi polla saltó a la vida de un golpe. Estaba en problemas. Tenía que largarme de allí.

Me lavé la cara a todo correr y me fui del baño. Me encontraba demasiado cansado como para resistirme a él y no quería hacer ninguna tontería. Entré a mi cuarto, me metí debajo de las sábanas y apagué la luz. Mañana sería otro día, mañana mi voluntad estaría de nuevo recargada tras una noche de sueño reparador. No me preocupó dejar a Ander solo, él ya sabía dónde estaban las otras dos habitaciones, no nos necesitaba ni a mí ni a mi erección para que se las enseñásemos.

Estaba tan sumido en mis pensamientos cuando el colchón se movió, que estuve a punto de gritar de la impresión. No podía creérmelo. Ander estaba arrastrándose sobre la cama y acercándose a mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en un tono demasiado brusco que para nada preocupó a Ander.

—Dormir —me contestó riendo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Tenía en la punta de la lengua una queja sobre que durmiese conmigo que murió en el mismo momento en el que lo noté, grande y fuerte, abrazándome por detrás. Noté el calor salir de su cuerpo y entrar en el mío. Me sentí en la gloria, mucho mejor de lo que lo había hecho en semanas.

—Gracias —le repetí una vez más ese día, porque, a pesar de que yo no estaba enterándome de lo que necesitaba, Ander sí que parecía saberlo.

ANDER

Estar con Nik en su apartamento era como un sueño hecho realidad. Parecíamos una pareja cualquiera compartiendo una casa; nos sincronizábamos a la perfección.

Me encantó poder estar en Madrid con él, ser por una vez el que cuidase del otro. Me encantó cada sonrisa que me dedicó cuando le llevaba la comida, cuando le recordaba que tenía que dormir, cuando le decía que teníamos que bajar a dar un pequeño paseo o le daría un derrame cerebral de tanto estudiar y moverse tan poco. Me encantó cocinar para él, aunque fuesen unos sándwiches y unas bandejas de comida precocinada. Pero, sobre todo, lo que más me gustó fue que Nik se apoyase en mí y que me dejase cuidarlo. Poder dormir abrazado a su cuerpo fue una cosa de otro mundo. Me encantó que me dejase estar ahí para él.

NIKANOR

Cuando me levanté esa mañana me sentía más feliz de lo que me había sentido en mucho tiempo. A pesar de que nos habíamos quedado dormidos en el sofá viendo la televisión, a pesar de que habíamos dormido de mala manera y más tarde nos dolería todo el cuerpo.

Miré a Ander, estaba todavía dormido en el sofá, y me sentí tan agradecido de que fuese parte de mi vida... Ese chico maravilloso había venido corriendo hasta mí, justo en el momento en el que más lo necesitaba. Solo con estar a mi lado mientras estudiaba había conseguido que me sintiese como si lo tuviese todo. Había conseguido que me sintiese en paz. Ander tenía ese gran poder sobre mí.

Cuando recordé que solo unas horas más tarde tendría que irse, sentí un pinchazo en el corazón. Odiaba que tuviese que alejarse de mi lado, aunque por supuesto sabía que tenía que volver a su vida, a la realidad. Pero no por eso me dolía menos, porque, en esa realidad, no solo vivíamos en dos ciudades separadas por más de quinientos kilómetros, sino que nos separaba un abismo bastante más grande. Un abismo que, por mucho que me doliese admitirlo, era insalvable. Tenía la suerte de poder estar cerca de Ander, pero la desgracia de no poder estar a su lado. Y él era todo lo que yo quería. Él era todo lo que siempre había querido.



No seas malo

ANDER

24 diciembre, 2019

Siempre me había encantado el ambiente que se respiraba en casa el día de Navidad. Me gustaba que todos estuviésemos juntos: nuestros padres, Nik, Tor y yo. Era uno de los días en los que más costumbres llevábamos a cabo. Desde que tenía uso de razón, Nik y yo les habíamos preparado un desayuno especial a nuestros padres para celebrar ese día. Lo que al principio había empezado siendo un tazón de cereales mal echados y un zumo de naranja de cartón —que igual emocionaban a mi madre cuando se lo servíamos—, había terminado convirtiéndose en unos crepes con chocolate caliente, nata y cafés.

Todos los años, Nik y yo hacíamos el mismo desayuno. Luego, los cuatro salíamos a dar un paseo por el anillo verde de la ciudad. A la vuelta, íbamos a un bar de la ciudad en la que ponían unas rabas deliciosas y de las que habíamos llegado, cuando yo estaba en plena pubertad, a comernos cinco platos. Después de la comida, en nuestra casa, la siesta era una cita obligada; siempre la dormíamos para luego poder estar durante más tiempo despiertos de madrugada juntos, jugando a las cartas y charlando con la familia.

Cada año nos reuníamos toda la familia en una casa diferente. Ese tocaba en la nuestra y mamá estaba emocionada e histérica a partes iguales.

—Huele de maravilla —dije aspirando con fuerza al entrar en la cocina.

—Estoy haciendo los filetes de redondo en salsa que tanto te gustan —me explicó mamá sin ni siquiera apartar la vista de los fogones.

—Y pimientos rellenos, croquetas, merluza en salsa, cordero... —bromeó Nik.

Solté una carcajada. Ella siempre hacía comida como para todo el vecindario. Mamá levantó la vista de lo que estaba revolviendo y fulminó con la mirada a Nik que se encontraba de pie a su lado pelando langostinos.

—Tú calla y sigue preparando el salpicón —le ordenó juguetona mientras le atizaba un golpe con el trapo en el culo, camino del frigorífico.

Me subí a la encimera de la cocina al lado de Nik y empecé a ayudarlo a pelar los langostinos.

—Te habrás lavado las manos antes de tocar eso, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —le contesté dejando el langostino de nuevo en el plato y levantándome para ir al fregadero a lavármelas.

Nik se inclinó sobre mí cuando volví a su lado.

—Dame uno —me susurró al oído.

Temblé de excitación porque, durante unas décimas de segundo, pensé que estaba refiriéndose a un beso. Después, caí en la cuenta de que estaba hablando de los langostinos. ¡Qué idiota! Su petición me pareció muy extraña, que no es que no estuviera interesado en darle de comer, porque lo estaba, vaya qué si lo estaba, pero no entendía que me lo pidiese. Por inercia, bajé la mirada hasta sus manos y, cuando vi que las tenía llenas de peladuras, toda la situación cobró un nuevo sentido. No me pedía que lo alimentase porque quería que lo hiciera yo, me lo pedía porque no podía hacerlo por él mismo. Aunque de haber podido elegir, me habría gustado que me lo hiciera porque lo quisiera y no porque lo necesitase. Aun así, era una oportunidad que no iba a dejar escapar.

Con el estómago lleno de nervios cogí un langostino del plato y se lo acerqué a la boca despacio. Cuando rozó sus labios y él empezó a abrir la boca, se lo quité y me lo llevé a la mía. Durante unos segundos me miró con los ojos desenfocados y no pude evitar acordarme de cuando dos días antes me había mordido los labios. Por la manera en la que me miraba supe que él también estaba pensando en lo mismo. Dios, deseaba con todas mis fuerzas que volviese a hacerlo, aunque entendía que lo había hecho de broma, que no había ni deseo ni nada sexual detrás de su acto. Pero, para mí, el gesto había tenido otra trascendencia. Había sido la primera vez que había sentido los labios de otra persona sobre los míos. Para ser más exactos, había sido la primera vez que había sentido los labios del hombre del que estaba total y locamente enamorado sobre los míos.

Me pregunté qué haría si la próxima vez que se le ocurriese mordirme la boca, porque era el único lugar que alcanzaba de mi cuerpo, yo lo agarraba por el cuello, lo acariciaba con mis labios y mi lengua y le impedía que se apartase de mí nunca más.

—No seas malo —me pidió Nik. Su voz sonó estrangulada.

Cogí otro langostino, y esta vez sí que le permití que lo mordiera, pero no que se lo comiese entero. Le quité de la boca la mitad. Lo observé masticar y, cuando se tragó el trozo, le ofrecí el que me quedaba en la mano. Nik me miró a los ojos frunciendo el ceño ligeramente. Después, abrió la boca y se metió mis dedos dentro. Arrastró la lengua entre ellos para poder coger el langostino, y deslizó los labios a lo largo, sin despegarlos y sin apartar sus ojos de los míos ni un solo segundo. Juro que nada me había puesto más cachondo en la vida. Me quedé paralizado observándolo. Sentí que el tiempo se había detenido alrededor de nosotros.

Segundos, horas o años después, Tor entró en la cocina ladrando y dando saltos de alegría seguido por nuestro padre. Cuando los vi aparecer di un respingo, asustado. ¿Qué acababa de pasar? Me sentía muy confundido.

Marta llegó a casa a media tarde. El día de Navidad le gustaba ayudar a mi madre a hacer la comida. Como todos los años, Marta comía con nosotros. Ese, además, había traído también a su hermano. Marcos era dos años mayor que ella y vivía fuera. No se veían demasiado porque Marcos trabajaba mucho y no solía tener tiempo para venir de visita. Lo hacía un par de veces al año, como mucho, y días sueltos. En aquella ocasión iba a quedarse un par de semanas y, aunque Marta no lo dijese en alto, estaba emocionada por ello. Su familia era un desastre. Sus padres los habían abandonado a ella y a su hermano cuando eran muy pequeños y habían tenido que irse a vivir con una tía que había muerto hacía unos pocos años.

Así que, cuando los dos llegaron a casa, mi madre pasó de tener dos ayudantes a cuatro. Fue muy divertido preparar la comida entre todos.

Demasiado pronto para mi gusto, empezó a llegar el resto de la familia.

Durante la cena empecé a ponerme nervioso. ¿Cómo de mal quedaría que saltase encima de la mesa del comedor y le arrancase los ojos a Marcos? Porque la realidad era que estaba planteándomelo seriamente. Yo no era una persona violenta, juro que nunca lo había sido, pero es que no podía soportar que el hermano de Marta estuviera sentado tan cerca de Nik. ¿Es qué estaba sordo y no escuchaba lo que decía? ¿Por qué tenía que acercarse tanto? ¿De verdad tenía que reírse de cada cosa que salía por la boca de Nik cuando ninguna de ellas tenía ni la menor gracia? Y no quería ni hablar de cómo, a la menor oportunidad, ponía la mano sobre el hombro de Nik. Lo observé enfurecido durante toda la cena.

Cuando por fin terminamos de comer, postres incluidos, empezamos a recoger. A nuestros padres, y demás familia, siempre les gustaba jugar unas partidas de cartas después de la cena.

Me levanté a recoger la mesa encantado, siempre me había gustado hacerlo, era una de las pocas maneras que tenía esos días de fiesta de mantenerme activo, pues para mí era una tortura estar sentado quieto sin moverme durante tanto tiempo. Aquella noche realicé la tarea con mucho más entusiasmo del habitual, sabía que Nik se levantaría a ayudarme. Siempre lo hacía y yo lo necesitaba cerca de mí y lejos de las garras de Marcos.

Cuando terminamos de recogerlo todo, algunos de nuestros primos, Nik, Marcos, Marta y yo nos pusimos a jugar a los videojuegos. Empecé a echar humo por los ojos cuando vi que Marcos se sentaba al lado de Nik. Decidí que tenía que dejar las cosas claras, no iba a permitir que estuviese tocándolo todo el rato.

Como si fuese lo más normal del mundo y como si no tuviésemos un sofá esquinero enorme en el que quedaban muchos huecos, ya que nuestros primos más pequeños estaban tirados por el suelo, fui hasta donde estaba sentado Nik y me lancé a sus piernas. Sonreí encantado cuando, en vez de quejarse porque le molestase para jugar o decir cualquier otra cosa, se sentó más para atrás y apoyó la espalda para que tuviese más hueco sobre él. Después me agarró de la cintura y me sentó un poco más atrás, más cerca de su cuerpo.

—¿Estás cómodo? —me preguntó, mirándome e interesado por mi bienestar.

—Mucho —le respondí sonriendo.

Nik me devolvió la sonrisa y sacando un brazo por cada lado de mi cuerpo se puso a jugar a la consola.

Me apoyé satisfecho contra su cuerpo y miré a Marcos sonriéndole. Marcos dejó de tocar a Nik y de hablarle cuando todas y cada una de las veces que trataba de hacerlo yo molestaba a Nik para que me prestase a mí atención en vez de a él. Sabía que estaba comportándome como un niño, pero no me importaba. Después de eso disfruté mucho durante el resto de la noche.



Te quiero tanto

NIKANOR

Pasado

Ander entró corriendo a mi habitación, a las diez y media de la noche, con la cara desencajada. El corazón casi se me salió del pecho pensando en que algo malo pudiera haberle sucedido. Me levanté de la cama de un salto, haciendo que el libro que estaba leyendo saliese disparado, para poder agarrar a Ander y asegurarme de que estaba bien.

—¿Qué pasa? —le pregunté angustiado buscando su mirada con la mía.

—Creo que Marta está en problemas.

Su respuesta me alivió tanto que incluso me sentí culpable por ser tan cabrón. Pero es que había pensado que le había sucedido algo malo a él.

—¿Por qué lo crees? —le pregunté.

Una cosa era que me sintiese aliviado de que no le pasase nada directamente a Ander y otra muy distinta que no me preocupase por la chica. La conocía desde hacía muchos años, a pesar de que nunca había sido santo de mi devoción.

—Ha quedado con un chico y, después del cine, la ha llevado a un descampado. Cuando he leído su mensaje no me ha parecido que Marta tuviese muchas ganas de ir allí. Ha dejado de responder mis mensajes hace diez minutos. Mira —me dijo levantando el teléfono y enseñándomelo.

—Ander —empecé a decirle con mi mejor voz de tranquilidad—, creo que lo que le pasa a Marta es que está ocupada.

—No, Nik, te juro que no le apetecía estar allí. Te aseguro que Marta no va a enrollarse con un tío en la primera cita.

Suspiré y me llevé la mano al cuello. Sus dudas estaban empezando a hacerme dudar a mí.

—¿Sabes a dónde la ha llevado? —le pregunté bajando ya las escaleras.

—Sí.

Ander estaba a mi lado, preparado. Me dijo dónde estaba el sitio. Bajamos las escaleras hasta el garaje, cogí las llaves del primer coche que estaba aparcado y salimos a la noche. El sitio donde ese chico había llevado a Marta no estaba muy lejos, pero conduje como un loco. Ander había conseguido preocuparme. Él no paraba de moverse histérico a mi lado.

Cuando llegamos al descampado y vi que había unos cuantos coches me agobié. ¿Cómo

íbamos a encontrarla?

—¿Sabes cuál es el coche del chico?

—No —me respondió Ander. Le temblaba la voz.

Alargué la mano y se la agarré.

—Tranquilo, vamos a encontrarla.

Aparqué y salimos del coche. Me acerqué al que teníamos más cerca y vi que dentro había dos personas dándose el lote. Ninguna de ellas era Marta. Corrimos al siguiente, pero, de nuevo nada. Justo cuando creí que tendríamos que ir de coche en coche para conseguir encontrarla, un sonido de claxon rompió el silencio de la noche. Ander y yo salimos corriendo hacia el sitio desde el que había venido el ruido.

ANDER

Cuando el claxon de un coche sonó en el aparcamiento, Nik y yo salimos corriendo en esa dirección. Supe en mis tripas que había sido ella. Igual que había sabido que estaba en problemas. Pero, aun así, todavía mantenía la esperanza de haberme equivocado y que cuando la encontrásemos me dijese que era un exagerado.

La esperanza murió en el mismo segundo en el que Nik y yo llegamos al coche. Dentro de él Marta forcejeaba con un chico que estaba tratando de ponerla sobre sus piernas.

—¡Quita las manos de encima de ella, cabrón! —gritó Nik golpeando el cristal de la puerta del conductor.

El tono de su voz era gélido y mortal. Jamás lo había escuchado hablar así. El chico dejó a Marta y salió del coche para encararse con Nik, y yo sentí pánico, no quería que lo hiriesen. Pero eso no fue lo que pasó. Cuando el chico estuvo fuera, Nik le pegó un puñetazo en toda la cara. Marta salió del coche y se lanzó a mis brazos. La envolví entre ellos tratando de consolarla, aunque sin poder apartar la mirada de Nik. No iba a permitir que nadie le hiciese daño. Pero la verdad era que quien estaba necesitando ayuda en ese caso era el otro chico. Nik había conseguido inmovilizarlo contra el suelo y no dejaba de pegarle.

—Nik —lo llamé asustado de que le hiciese algo irreparable al otro chico y tuviese problemas.

Gracias a Dios, dejó de golpearlo cuando escuchó la preocupación en mi voz. Se levantó de encima de él y me miró. El chico se incorporó a todo correr, se metió en el coche y se fue derrapando de allí. Respiré tranquilo, Nik había conseguido salvar a Marta.

Por supuesto, siempre que necesitaba algo acudía a Nik. Siempre había sido mi salvador y, ahora, no solo era el mío, sino también el de Marta. No se podía sentir más gratitud y más amor hacia otro ser humano de la que yo sentía hacia Nik. Él lo era todo para mí. Lo significaba todo para mí. Sentía que, si él existía en el mundo, todo lo demás merecía la pena.

Mientras abrazaba a Marta, que lloraba deshecha en mis brazos, no podía dejar de mirarlo. Aún respiraba fuerte después de la pelea. Tenía el labio roto y sangraba. Había una furia en su mirada que se fue suavizando poco a poco sin que tampoco apartara los ojos de mí.

—Gracias —le dije solo con los labios, sin emitir ningún sonido.

Necesitaba expresar lo agradecido que me sentía con él. Lo maravilloso que era. Nik me miró con ardor, se acercó a nosotros y nos apretó entre sus brazos a Marta y a mí. Cerré los ojos cuando sentí cómo depositaba un beso sobre mi pelo.

—Te quiero tanto —le susurré al oído y apoyé mi cabeza contra la suya.



No te preocupes, es algo normal

NIKANOR

27 diciembre, 2019

Esa mañana me había levantado muy contento.

—Lo quiero con dos cucharadas de azúcar —dijo Ander con la cabeza metida dentro del frigorífico.

Estaba sacando los ingredientes necesarios para hacer unos sándwiches calientes de jamón serrano y queso en la plancha. Eran su desayuno favorito y, para que negarlo, a mí me encantaba complacerlo, así que iba a hacérselos.

—Ya sé cómo lo quieres —le dije aguantando una sonrisa—. Pero no pienso echarle azúcar. El cacao ya de por sí tiene demasiada.

—Odias la felicidad de los demás. Eres malo —me dijo haciendo pucheros con la cabeza fuera del frigorífico para que lo viese bien.

Sentí unas ganas casi irrefrenables de acercarme hasta él, ponerme delante y comerle esos preciosos morros. De golpe, al igual que muchas otras veces antes, las imágenes de la noche en la que estuvimos en la sala luchando por el móvil vinieron a mi cabeza. Recordé la suavidad de sus labios, cómo se habían sentido contra los míos. Lo deseaba tanto que lo único que me refrenaba de jugármelo todo y saltar encima de él era el pánico que sentía a que se horrorizase, a que me dijese que era un monstruo por atreverme a desearlo. Porque quererlo era correcto, pero desearlo no lo era para nada. El problema era que mi puñetero corazón lo había unido todo en uno. Había encontrado en Ander a su media mitad.

—¿A qué hora tenemos que pasar a recoger a Marta y a Marcos? —le pregunté cambiando de tema para despejar mi mente y llevarla a lugares más seguros.

—He quedado en que los recogíamos a las nueve.

—Perfecto.

—Voy a meter las maletas en el coche mientras haces el desayuno —me dijo y, cuando pasó por mi lado, me dio un beso en la cabeza.

Cerré los ojos y disfruté del contacto incluso mucho tiempo después de que se hubiese ido. Necesitaba serenarme o no iba a conseguir sobrevivir al fin de semana de aquí.

Se tardaba tres horas en llegar desde casa a la estación de esquí, por lo que llegamos allí casi a las doce de la mañana. Dejamos las cosas en el coche y nos metimos en la estación. No podíamos llevarlas al hotel porque no teníamos hora de entrada hasta las dos del mediodía.

Acompañamos a Marta y a Marcos a alquilar sus equipos de esquí. Ander y yo teníamos los nuestros propios, llevábamos yendo toda la vida a esquiar. Al principio con nuestros padres, después, lo hacíamos juntos. Muchos de los mejores recuerdos de mi vida eran de momentos que había vivido allí con Ander.

Cuando Marta y Marcos terminaron de ponerse su equipo, los acompañamos a las pistas para principiantes. Era aburrido, pero para que no se matasen esquiando necesitaban desoxidarse un poco. No era la primera vez para ninguno de los dos, pero como habían ido pocas veces, se les había olvidado casi todo. Ander y yo nos habíamos dividido la tarea de ayudarlos. A mí me había tocado encargarme del hermano de Marta y estaba siendo desesperante. Juro que estaba poniendo todo de mi parte para no perder la paciencia y enseñarlo, pero es que el chico era muy patoso; no paraba de caerse y de agarrarse a mí. Era como si no se sintiese seguro de soltarse.

—Menos mal que estás conmigo y eres muy fuerte —me dijo Marcos.

A regañadientes, desvié mi atención de Marta y Ander y la posé sobre él. Los dos amigos estaban poniéndome muy nervioso. Marta no dejaba de caerse todo el rato y de agarrar a Ander de la mano. ¿No estaban muy juntos? ¿Tenían problemas de oído o qué? Digo yo que a una distancia prudencial de cinco metros también podrían hablar.

—Perdona, no te he escuchado, ¿qué decías?

—Te decía que estoy muy agradecido de cómo estás enseñándome y de lo fuerte que eres...

No pude terminar de escuchar lo que Marcos estaba diciéndome porque a mis oídos llegaron las carcajadas de Ander y Marta y me distrajeron de nuevo. Me di la vuelta a toda prisa, tan rápido que estuve a punto de desencajarme la cabeza. Me agarré el cuello y gemí de dolor. Fruncí el ceño, molesto. Ander estaba tumbado en el suelo bocabajo y Marta estaba medio tirada encima de él. Tenían los esquís enredados y estaban desternillándose de la risa. No le veía la gracia por ningún lado, ya que Marta podía haberle hecho daño a Ander. Cuando vi que ella empezaba a subir al cuerpo de Ander me acerqué, deslizándome.

—Lo siento —le escuché decir a Marta cuando estuve sobre ellos—. Soy un caso perdido. —No pude evitar estar de acuerdo con sus palabras—. ¿Estás bien?

—Calla, idiota —le respondió Ander con cariño—. Lo tienes casi cogido. Déjame levantarme del suelo y lo intentamos de nuevo.

El tono de voz de Ander era divertido, también sentí la sonrisa que seguro estaba añadiéndole. Marta trataba de quitarse de encima de Ander, pero no conseguía hacerlo. Empezó a cogerle pellizcos de la carne para ayudarse y este empezó a revolverse sobre la nieve, muerto de la risa. Estaba haciéndole cosquillas.

—¡Para! —gritó Ander sin poder dejar de reírse.

Hasta ese segundo duró mi paciencia. Yo no le veía la gracia a todo el asunto. Me agaché y agarré a Marta del brazo para levantarla del cuerpo de Ander. Juro que traté de hacerlo con todo el cuidado posible, pero no debió de ser suficiente porque cuando ella consiguió estabilizarse sobre sus pies me arreó un golpe en el hombro.

—Eres un bruto —me acusó, fulminándome con la mirada.

—Estabas haciéndole daño a Ander —le dije por toda respuesta.

Sabía que estaba siendo un capullo y que debería haberme disculpado, pero no conseguía sacar de dentro de mí la suficiente sinceridad como para hacerlo. Si se diese la misma situación volvería a reaccionar igual.

—No, estaba haciéndole cosquillas, y lo sabes —me respondió mirándome a los ojos de manera desafiante—. ¿Tienes algún problema con eso, Nik?

Sus palabras me hicieron abrir los ojos enormes por la sorpresa. ¿Acaso estaba insinuando que sabía que me molestaba que jugasen juntos? Mi mente se puso a pensar a toda pastilla. ¿Acaso sabía que estaba enamorado de Ander? Qué cojones. Me quedé tan en *shock* por su pregunta que no fui capaz de contestarle nada antes de que Ander llegase junto a nosotros. Si Marta sospechaba algo de mis sentimientos y se lo decía podía perderlo para siempre. Empecé a sudar a pesar del frío que nos rodeaba.

—Menos mal que ha venido Nik a salvarme, si no me habría matado ahí mismo —dijo Ander riendo.

Marta le siguió la corriente como si la pregunta que acababa de realizarme nunca hubiera existido, pero lo había hecho, así que yo no pude comportarme igual. Estaba demasiado acojonado como para ser capaz de fingir.

—Estoy muerto de hambre —dijo Marcos uniéndose a nosotros—. ¿Comemos algo?

—Mataría por un plato de comida caliente —le respondió Ander.

—Vamos entonces. Pero primero ayudadme a ir hasta allí, si no va a hacerse de noche para cuando llegemos.

Después de comer, Marta nos dijo que los dejásemos solos a ellos y que nos fuéramos nosotros juntos a disfrutar de la nieve, que ya habíamos hecho suficiente de niños por ese día. Me sorprendió su ofrecimiento, y empecé a dudar si no estaría yo tan paranoico con mis sentimientos por Ander que pensaba que todo el mundo se daba cuenta de ello.

Cuando Marta lo propuso, durante unos segundos pensé que Ander, que era el ser humano más noble y bueno que conocía, se negaría a dejarlos solos. Pero estaba equivocado. Al segundo siguiente de Marta proponerlo, Ander estaba pidiendo la cuenta y arrastrándome fuera del restaurante hacia las pistas.

Fue entonces cuando empezó la diversión de verdad. Nos tiramos por las pistas más difíciles una y otra vez, hicimos carreras y cada locura que se nos ocurrió, nos reímos y divertimos durante horas, hasta que no nos quedó más remedio que dejar de esquiar porque cerraban las pistas. Después de bajar la última vez por ese día la más grande, nos sentamos en la nieve a recuperar el aliento.

—Me he divertido mucho —me dijo Ander con una sonrisa tan enorme y sincera que me quitó el aliento.

—Yo también. Odio que ya se haya acabado.

—Todavía nos quedan dos días —me recordó—. Aunque contigo nunca son suficientes.

Sus palabras dichas con tanta sinceridad e intensidad me llenaron de calor el pecho. Me gustó tanto escucharlo decir eso que, mucho tiempo después, todavía sonreía como un tonto. Ojalá hubiera podido contestarle lo que sentía de verdad. De haber podido hacerlo, las palabras que habrían salido de mi boca hubieran sido: «Todo el tiempo del mundo sería poco a tu lado».

Cuando llegamos al hotel en el que habían reservado las habitaciones, descubrimos que había un error y en vez de cuatro habitaciones reservadas solo había dos. Cuando tratamos de hacer una nueva reserva nos dijeron que era imposible, que era temporada alta y que todo estaba reservado, en aquel y en todos los hoteles de la zona. Cogimos las llaves de las habitaciones y nos apartamos de la recepción para poder hablar con tranquilidad de cómo nos distribuiríamos. Por supuesto, la opción más lógica era que Marta y Marcos compartiesen una de las habitaciones, y que Ander y yo la otra. Me dio un vuelco el estómago de alegría cuando me imaginé

compartiendo durante tres noches la habitación con Ander. No es que no hubiésemos dormido juntos antes, lo habíamos hecho infinidad de veces, pero cada una de ellas era especial.

Sonreí con maldad. Ojalá solo hubiese una cama. Una muy diminuta que nos obligase a dormir el uno encima del otro. Mierda. Necesitaba quitarme esos pensamientos de la cabeza. Justo cuando iba a exponer la manera lógica de cómo separar las habitaciones, Marcos se me adelantó:

—Nik, vamos a dejar que esos dos compartan habitación —dijo guiñándome un ojo y avanzando hacia los ascensores—. Ya sabes.

Me quedé tan impactado por lo que acababa de sugerir, que lo seguí sin ser capaz de decir nada, sin atreverme a darme la vuelta para confirmar en la cara de Ander que Marcos tenía razón y mi peor pesadilla se había vuelto real: Ander y Marta salían juntos. Me dolía tanto porque sabía que, si salía con ella no sería una tontería; sería serio. Que se querrían. Todo a mi alrededor empezó a dar vueltas. Me sentía mareado.

Cuando llegamos a la habitación del hotel, me puse a sacar las cosas de mi maleta de manera mecánica, sin ser muy consciente de lo que hacía, como si fuese otra persona la que estuviese controlando mi cuerpo.

Poco después fuimos al restaurante del hotel. Era la hora de la cena. Comimos los cuatro juntos y, a medida que avanzaba la cena, mi cabreo iba en aumento. No dejaba de mirar, como si estuviera viéndolo de manera minuciosa bajo el microscopio, cada interacción que tenían Ander y Marta. Parecían tan normales, tan como siempre. Parecían tan poco una pareja, que empecé a plantearme cuánto tiempo llevaría juntos. ¿Cómo era posible que yo no supiese nada? Me sentía engañado. Traicionado. Furioso. Necesitaba salir de allí. Cuando terminamos los postres y pagamos, decidí que ya había tenido suficiente.

—Tengo muchas ganas de irme a la cama. Estoy cansado —dije y me di la vuelta sin despedirme de nadie.

No podía hacerlo, estaba furioso. Necesitaba irme antes de hacer, o decir, cualquier tontería de la que luego podría arrepentirme. Antes de ponerme delante de Ander y zarandearlo para que me dijese cómo podía haberme hecho eso. Para preguntarle cómo podía haberse enamorado de alguien que no era yo. Cómo podía cuando yo no era capaz de conseguirlo. Cuando mi corazón le pertenecía a él y solo a él. Porque estaba claro que, si era la pareja de su mejor amiga, en esa relación había amor. Y yo no podía ni siquiera pensar en ello sin que se me partiese el alma y me fallasen las rodillas.

—Voy contigo —me dijo Marcos, poniéndose a mi lado.

Caminé dando pasos de gigante hasta la habitación. Una vez que entré, empecé a pasear de un lado a otro, desesperado.

—Te noto un poco tenso —comentó el hermano de Marta.

—No, estoy bien —le respondí, porque, ¿qué otra cosa podía decirle?

«Estoy mal. Estoy de mala hostia porque Ander, del que por cierto estoy enamorado, va a pasar toda la noche follando con tu hermana». No, gracias, no podía decirle eso.

—Puedo ayudarte a que te relajes —me propuso en un tono sugerente que me hizo girar la cabeza para asegurarme de que lo había escuchado bien.

Y sí, lo había hecho. Había lascivia en su mirada. Lo que me faltaba. No pensaba acostarme con nadie. Ya había terminado de hacer el gilipollas en ese sentido. Follar con desconocidos, con gente por la que no tenía ningún sentimiento, no era satisfactorio. Me dejaba vacío y me hacía sentir sucio.

—Voy a tomar una ducha, seguro que eso me relaja —le dije, pero no me quedé para ver si se había sentido decepcionado. Me importaba una mierda si lo hacía.

Entré al baño, encendí la luz y abrí el agua de la ducha. Me acerqué al espejo y me quedé mirándome a mí mismo fijamente, como si al hacerlo fuese a encontrar la respuesta a todos mis problemas. Como si fuese a encontrarme a mí mismo. Como si fuese a conseguir deshacerme de todo el dolor que tenía dentro. Me sentía tan mal...

Unos golpes provenientes de la puerta de la entrada me sacaron del trance. Por supuesto, no hice caso, no tenía fuerza suficiente para preocuparme por nada que no fuera yo mismo. Empecé a quitarme la ropa, pero dejé de hacerlo cuando me pareció escuchar la voz de Ander. Con el corazón golpeándome fuerte en el pecho por la emoción de que pudiera ser él, me puse la camiseta de nuevo y salí a la habitación.

No me había equivocado. Allí, en mitad de la estancia y con muy mala cara, estaba Ander. Me acerqué a él por instinto.

—Me duele mucho la tripa —me dijo, apretándose el estómago y mirándome con cara compungida.

—¿Dónde te duele? —le pregunté. Me puse frente a él y le levanté la camiseta.

—Aquí —me respondió señalándose el centro del estómago.

—¿Cómo es el dolor?, ¿es como un pinchazo?, ¿es continuo?

—Tengo ganas de vomitar. ¿Puedo pasar la noche contigo? —me preguntó con la voz preocupada y llena de esperanza.

Su pregunta me hizo tan feliz, que apunto estuve de echarme a reír. Me sentí tan aliviado de poder tenerle a mi lado...

—Por supuesto, cariño —Le acaricié la cabeza—. ¿Necesitas ir al baño o alguna otra cosa?

Ander negó con la cabeza.

—Me apetece acostarme ya.

—Pero no podemos dormir los tres juntos, la cama es pequeña —comentó Marcos—. ¿Por qué no vuelves con Marta y que te cuide ella?

—No —negamos Ander y yo a la vez.

—Será mejor que tú te vayas a dormir con tu hermana —le dije a Marcos sin molestarme en asegurarme de si me hacía caso o no.

Ander estaba malo e iba a cuidarlo. Iba a disfrutar de él, de que estuviese a mi lado y entre mis brazos, justo el lugar donde tenía que estar.

Cuando estaba ayudándolo a descalzarse, la puerta de la habitación se abrió. Marcos se despidió de nosotros con un seco *Adiós*. No podía importarme menos lo que hiciese.

Abrí la cama y levanté la colcha y las sábanas para que Ander pudiera meterse. Una vez estuvo dentro, me tumbé detrás de él y lo acerqué hasta mi pecho. Cerré los ojos y disfruté del gran placer que era tenerlo entre mis brazos.

ANDER

Por supuesto que lo tenía todo planeado al dedillo y, por supuesto también, que todo salió al revés.

Había pasado un día maravilloso. La mañana ya había empezado muy divertida, pero, aunque estaba disfrutando mucho ayudando a Marta a que recordase las cuatro cosas que sabía de esquiar y tratando de que aprendiese algunas nuevas, no podía evitar todo el rato que mis ojos se fuesen a Nik y Marcos. Ellos dos estaban cerca de nosotros en la misma pista. Cada vez que los veía juntos se me revolvía el estómago y sentía un pinchazo de angustia en el corazón. Lo único

que ayudó a suavizar el dolor que sentía fue que Nik no parecía muy dispuesto a acercarse a Marcos y que se lo veía más pendiente de nosotros que de ellos. Después de unas horas en las pistas más fáciles, nos marchamos a comer los cuatro juntos. Nos propusieron que a la tarde nos fuésemos nosotros dos solos a esquiar, y yo acepté más rápido de lo que era capaz de hablar.

La tarde fue maravillosa, como cada vez que veníamos a la nieve, como cada vez que pasaba tiempo junto a Nik, la verdad. Poder disfrutar a su lado, poder jugar y reír, como siempre, fue mágico. Y como siempre también, me supo a poco.

El problema llegó cuando llegamos al hotel y mi plan *perfecto* de solo reservar dos habitaciones en plena temporada alta, en la que me había asegurado hacía semanas de que no quedaba ninguna habitación libre, ni en nuestro hotel ni en ningún otro a veinte kilómetros a la redonda, se fue al traste cuando Marcos dijo que deberíamos compartir habitación Marta y yo, y Nik y él. Estaba tan alucinado cuando lo propuso que, para cuando quise reaccionar, y eso que yo era más de reaccionar que de pensar, ya estaban metiéndose en el ascensor.

Resignado, pero nada convencido, me marché con Marta hasta nuestra habitación. Cuando llegamos allí, ni siquiera pude sacar las cosas de la maleta, estaba triste. Lo que había pasado no se parecía en nada a lo que yo había planeado.

Bajamos en silencio a cenar. Me di cuenta de que Nik estaba raro, pero lo dejé correr, dispuesto a esperar a que acabásemos de cenar para hablar con él. Quizás, si lo hablábamos, Nik entendería que lo más lógico era que nosotros dos compartiésemos la habitación. Sonreí encantado cuando se me ocurrió esa idea. No todo estaba perdido, seguro que cuando hablase con él estaría de acuerdo conmigo.

Por eso, cuando pagamos la cuenta y Nik se marchó tan rápido de la mesa, como si no soportase pasar ni un solo segundo más en nuestra presencia, me alarmé. Pero todavía lo hice más cuando el hermano de Marta se alejó con él y Nik no le dijo nada, permitió que caminase a su lado como si estuviera de acuerdo con compartir la habitación.

—¿Se acaban de ir juntos a la habitación del hotel? —le pregunté a Marta señalando en dirección al ascensor donde acababan de desaparecer sus espaldas.

—Sí. Parece que mi hermano tiene ganas de jugar con Nik —me respondió Marta haciendo una mueca.

Suspiré y caminé hacia el ascensor, resignado. Justo antes de pulsar el botón entendí lo que querían decir las palabras de Marta.

—Espera, ¿qué? ¿Qué quieres decir con que tu hermano quiere jugar con Nik? —grité.

Estaba mareándome. ¿Estaba la planta baja del hotel dando vueltas o era yo?

—Pues que creo que Marcos se siente atraído por él.

—No puede ser. ¿Desde cuándo tu hermano es gay?

—Pues de toda la vida, Ander.

—Vas a tener razón con lo de que no me entero.

Marta se rio, pero yo no me encontraba lo suficiente bien como para encontrarle la gracia que ella le veía a la situación. Cuando llegó el ascensor, me abalancé para entrar. Necesitaba tumbarme, agarrarme a algo. Me sentía mal, mareado, y me dolía el estómago.

—Estás blanco, Ander. ¿Te encuentras bien?

—No. Para nada. No puedo respirar. No puedo soportar pensar que Nik esté acostándose con tu hermano.

—Tranquilo, cielo —me pidió Marta poniéndose delante de mí y acariciándome la cabeza.

Estaba encogido en el ascensor, sujetándome la tripa. Me sentía tan mal.

Las palabras cariñosas de Marta, dichas sin una gota de sarcasmo, hicieron que me asustase

más todavía. Si ella se preocupaba por mí de esa manera, significaba que estaba muy mal. No podía soportar la idea de que Marcos pusiera sus manos sobre Nik. No podía. Tampoco podía soportar que Nik tocara a Marcos. Iba a vomitar. Tenía que hacer algo.

Cuando el ascensor llegó a nuestra planta salí corriendo. Nuestra habitación estaba al lado de la de ellos. Era la cuatrocientos doce. Cuando por fin la encontré, llamé con un golpe fuerte. Volví a agarrarme el estómago. Iba a desmayarme.

Cuando la puerta de la habitación se abrió y vi que Marcos estaba vestido casi respiré aliviado. Necesitaba ver a Nik. Necesitaba alejarlo de Marcos.

Entré a la habitación sin que nadie me invitase a hacerlo. Creo que incluso empujé a Marcos con el hombro al pasar, pero estaba demasiado nervioso como para preocuparme por ello. A los pocos segundos de entrar, Nik salió del cuarto de baño. Su cara se llenó de preocupación cuando me vio.

—Me duele mucho la tripa —le dije apretándome el estómago.

—¿Dónde te duele? —me preguntó. Se puso frente a mí y me levantó la camiseta.

—Aquí. —Me señalé el estómago.

—¿Cómo es el dolor?, ¿es como un pinchazo?, ¿es continuo?

—Tengo ganas de vomitar. ¿Puedo pasar la noche contigo? —le pregunté necesitado.

Sabía que solo se me pasaría el dolor si Nik decía que sí.

—Por supuesto, cariño —me respondió, acariciándome la cabeza, y el alivio me llenó por dentro—. ¿Necesitas ir al baño o alguna otra cosa?

Negué con la cabeza. Lo único que necesitaba era sentirlo cerca.

—Me apetece acostarme ya.

—Pero no podemos dormir los tres juntos, la cama es pequeña —dijo Marcos, y me dieron ganas de matarlo—. ¿Por qué no vuelves con Marta y que te cuide ella?

¿Por qué no dejaba en paz a Nik?

—No —le respondimos Nik y yo a la vez.

—Será mejor que tú te vayas a dormir con tu hermana —le propuso a Marcos sin ni siquiera levantar la cabeza para mirarlo.

Ver que Nik estaba tan preocupado por mí hizo que me sintiese mucho mejor. Me tranquilizó sobremanera que prefiriese estar conmigo a estar con Marcos.

Con manos firmes pero delicadas me ayudó a sentarme en la cama, se agachó frente a mí y me facilitó la tarea de desatarme los cordones de las zapatillas. Después, abrió la colcha de la cama para que pudiera meterme dentro. Me tumbé y, cuando sentí su cuerpo tumbándose detrás del mío, respiré aliviado. Estaba en el paraíso. Gracias a Dios que había ido a verlo o me habría vuelto loco.

Nik me abrazó en silencio y cerré los ojos. Lo sentía tan sólido y perfecto detrás de mí, que me deshice por dentro. Me moría por él. Por su cercanía. Por su calor. El estómago ya no me dolía. Todo ese miedo y esa desesperación se habían desvanecido en el mismo momento en el que Nik, tumbado detrás de mí, había empezado a acariciar mi estómago haciendo círculos.

—Ya está, cariño. Seguro que un masaje te ayudará a calmar el dolor —susurró en mi oído con voz dulce. Apreté los ojos y disfruté de sus caricias.

Era mejor que el paraíso.

—¿Te sientes un poco mejor? —me preguntó algunos minutos después. Su voz sonaba más tranquila.

—Sí —le contesté sin aliento.

Oh, Dios mío. Su mano, acariciando mi estómago, estaba haciendo que perdiese la cabeza.

Toda la habitación había empezado a dar vueltas. Estaba nervioso, pero de la mejor manera. Mi miembro había crecido grande y duro entre mis piernas. Estaba teniendo que morderme con fuerza el labio inferior para evitar que los gemidos que amenazaban con delatarme se escapasen de mi boca. Pero, a pesar de todo, a pesar de que me sentía avergonzado, no quería que parase. Necesitaba sus manos sobre mí. Necesitaba a Nik más y más cerca. Sin poder evitarlo empecé a removerme. Debido a mi movimiento, en el siguiente círculo que Nik trazó sobre mi estómago, su mano descendió un poco más y acarició la punta de mi erección.

Oh, Dios.

Me quedé paralizado, rezando para que no se hubiese dado cuenta de que lo que había rozado era la punta de mi muy duro miembro. Pero mis peores temores se vieron confirmados cuando Nik dejó de hacer círculos sobre mi estómago y lo sentí regirse a mi espalda. Necesitaba decir algo. No podía con toda la tensión con la que de repente se había llenado la habitación.

—Lo siento —le dije muerto de la vergüenza al ser descubierto.

—No te preocupes, es algo normal. Una reacción del cuerpo —me contestó Nik con voz entrecortada después de permanecer durante unos segundos más en silencio.

Contuve el aliento. O me lo había imaginado o las palabras de Nik habían sonado excitadas. La posibilidad de que pudiera llegar a ser cierto me hizo que deseara insistir, que no quisiera dejar pasar la situación y actuar como si no hubiese pasado nada. Segundos después, Nik volvió a trazar círculos sobre mi estómago, pero su mano no era tan firme y segura como al principio.

—Me duele —le confesé casi sin voz, sin saber muy bien lo que estaba pidiéndole. Lo que quería que hiciese. Lo que necesitaba.

—¿Aquí? —quiso saber Nik, apretándome un poco el estómago.

Negué con la cabeza a ambos lados.

—No, me duele más abajo —le respondí casi gimiendo.

Sentí cómo Nik contenía el aliento detrás de mí y se quedaba paralizado durante unos segundos. Luego, despacio, muy despacio, empezó a bajar la mano en línea recta por mi estómago, por mi ombligo, hasta llegar a posarla sobre la punta de mi pene.

—¿Aquí es donde te duele, Ander? —me preguntó dándome un ligero apretón.

—Sí —le contesté gimiendo y sorprendido, echando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en su hombro.

Nik soltó el aire de manera temblorosa en mi oído.

—Esto no está bien —me dijo antes de empezar a apartar la mano de mi miembro.

—Por favor —le supliqué, desesperado por que siguiese tocándome.

Mi súplica pareció romperlo.

—Joder —lo escuché maldecir.

Dudé durante unos segundos sobre lo que haría y casi lloré de la emoción cuando sentí cómo la otra mano de Nik se colaba por el costado de mi cuerpo. Usó sus dos manos para agarrar la cinturilla de mi pantalón de pijama y bajármelo por las piernas, despacio. Demasiado lento. Torturándome.

Empecé a temblar de anticipación. No podía creerme que aquello estuviera sucediendo de verdad, que tuviera las manos de Nik sobre mí. Que estuviera a punto de acariciarme. Notaba la punta de mi miembro goteando.

Nik colocó la mano de manera tentativa sobre la punta de mi erección y a mí se me escapó un gemido de los labios. Aun habiendo querido, no hubiese podido evitarlo. Ese gesto pareció ser todo lo que Nik necesitaba para bajar la mano por mi miembro y empezar a acariciarme. A la primera mano, después de unos cuantos bombeos, se unió otra que empezó a acariciarme las

pelotas y a sopesar su peso. Era incapaz de pensar, solo podía sentir. Las manos de Nik me acariciaban arriba y abajo, su pulgar rozaba cada pocos bombeos la punta de mi miembro y esparcía el líquido que salía por él, haciendo que la fricción cada vez fuese más deliciosa. Estaba perdiendo la cabeza. Podía oír, pero no controlar, los gemidos de placer que salían de mi boca que cada vez eran más altos. Podía sentir y escuchar la rápida respiración de Nik en mi oído. Oh, Dios. No podía aguantar más.

—Nik —le dije gimiendo, tratando de que entendiese que estaba a punto de acabar. Que estaba a punto de hacer un desastre.

—Dámelo, cariño —me dijo al oído con voz ronca, haciendo que explotase. Mandándome con sus palabras a la luna. Haciendo que todo mi cuerpo se apretase y se liberase segundos después. Me proporcionó un placer que no había sentido nunca.

Cuando noté que se había movido de detrás de mí y se había levantado, la cabeza todavía me daba vueltas. Mi cerebro todavía estaba cabalgando una ola de placer.

Escuché la puerta del baño abrirse. Segundos después, llegaron desde allí los sonidos de lo que sin duda era Nik masturbándose como un loco. Podía escucharlo gemir e incluso gruñir. Por supuesto, mi miembro empezó a despertarse de nuevo, solo de imaginar que estaba dándose placer porque se había excitado tocándome. Era la sensación más placentera que había tenido nunca. Empecé a acariciarme yo también, de manera frenética y excitada. Poco tiempo después, lo escuché correrse, y me corrí a la vez que él.

Desmadejado y satisfecho escuché desde la cama cómo se abría el grifo del lavabo. Nik volvió a la habitación poco después. Retiró las sábanas de mi cuerpo y empezó a limpiar el lío que había hecho. Agradecí que me hubiese apartado la ropa del cuerpo al tocarme o ahora mismo todo estaría hecho un asco.

Cuando estuvo limpio y se aseguró de que yo estaba seco y vestido, volvió a irse al baño. Cuando regresó a la habitación se metió de nuevo en la cama detrás de mí. Envolvió un brazo sobre mi cintura y me atrajo contra su cuerpo. Ninguno de los dos dijo nada. ¿Qué podríamos decir?

Me quedé dormido pocos minutos después, envuelto en sus brazos y asustado de lo que aquello podría parecerle a Nik a la luz de la mañana. Pero feliz. Más feliz de lo que había estado nunca. Acababa de vivir un sueño.



Mi lugar seguro

NIKANOR

28 diciembre, 2019

Cuando abrí los ojos esa mañana ni siquiera tuve que esperar los pocos segundos de rigor que se necesitan para ubicarte al despertar. Supe al instante dónde me encontraba, y supe también a quién estaba rodeando con mis brazos. Recordaba perfectamente, y de manera muy vívida, cada detalle de la noche anterior. Recordaba cómo se sentía la polla de Ander en mi mano, su peso, lo suave y firme que era en mi posesión. Lo muy duro y excitado que estaba. Recordaba y atesoraba cada gemido que había salido de su boca y había traspasado mi cuerpo. Lo recordaba todo y nunca podría olvidarlo.

Desde luego que nunca podría olvidarlo.

Abrí los ojos y deslicé la mirada por la preciosa cara de Ander. Tenía la cabeza apoyada en la almohada y estaba tumbado contra mi cuerpo. Dormía plácidamente. Mis brazos lo envolvían con firmeza y yo no quería soltarlo, a pesar de mi erección, a pesar de la vergüenza que sentía por haber disfrutado tanto de acariciarlo.

La verdad era que no entendía qué había pasado la noche anterior, más bien dicho, lo que no entendía era por qué había ocurrido. No sabía por qué Ander me había dejado acariciarlo. Pero lo que sí sabía era que había sido la mejor experiencia de mi vida, y también la más excitante.

Acaricié con la mirada la cara de Ander y sonreí, estaba muy relajado y parecía feliz. Tenía los labios rojos, hinchados y tan bonitos que era imposible no suspirar al mirárselos. Me picaban los dedos por las ganas que tenía de acariciar su pelo rubio, que, sabía, por la innumerable cantidad de veces que lo había hecho, era suave. Ander olía de maravilla.

No sabía precisar durante cuánto tiempo lo observé embobado. No sabía decir si fueron horas, minutos o segundos, pero, pronto, demasiado pronto, mucho antes de que estuviera preparado para tener que dejarlo ir, empezó a filtrarse luz por la ventana de la habitación y la respiración de Ander pasó de ser un suave murmullo a ser agitada. Observé cómo apretaba los ojos antes de abrirlos.

Quizás lo más prudente habría sido que apartase la mirada de él, quizás debería haberlo soltado, pero no pude obligarme a hacer ninguna de las dos cosas. Cuando sus ojos azules se abrieron y me descubrieron mirándolo, se empequeñecieron por los bordes a medida que me dedicaba una sonrisa enorme.

Juro que hasta ese momento no había sido consciente de lo acojonado que estaba por su

reacción, por lo que diría al día siguiente sobre haberlo masturbado y luego haberme ido como un loco a hacerme una paja al baño, pero cuando el peso de diez vidas se levantó de mis hombros, lo entendí: estaba acojonado por perderlo. Estaba acojonado por ver el rechazo en sus ojos y que esa fuera la última vez que lo sostendría entre mis brazos.

—Buenos días —me dijo con una enorme sonrisa que iluminó el mundo entero.

Estiró los brazos sobre nuestras cabezas para desperezarse. Cuando terminó de hacerlo, volvió a acercarlos a mi cuello. Lo miré embobado, mientras pensaba que debía decirle, cómo romper el hielo. Antes de que pudiese decir algo, llamaron a la habitación. Giré la cabeza y miré la puerta como si me hubiera ofendido. Ninguno de los dos hizo amago de levantarse para ir a abrir. Volvieron a llamar. Estaba claro que quien fuera no iba a dejarnos en paz.

—¡Arriba, chicos! —gritó la voz de Marta desde el pasillo del hotel—. Tenemos muchas cosas para ver hoy y no quiero perderme nada.

Cuando supo quién era la persona que llamaba, Ander se levantó a abrir la puerta. Me incorporé en la cama, molesto. Tenía que ser precisamente Marta la persona que no me dejase averiguar cómo se sentía Ander con lo que había sucedido la noche anterior. No me gustaba nada la chica. Por supuesto, como no podía ser de otra manera, mis ojos se fueron al culo de Ander mientras iba camino de la puerta.

—Te dejaste la maleta en la habitación —le dijo Marta a Ander mientras se la tendía.

—Ya, es que no me encontraba bien. Ni siquiera me acordé de ella —le contestó Ander riendo.

Marta miró con curiosidad hacia dentro de la habitación y posó sus ojos sobre mí. Me observó fijamente. Estaba recostado en la cama y, obviamente, solo llevaba unos calzoncillos. Luego miró a Ander, vestido con unos pantalones de pijama y que, para mi más completo asombro, lucía una erección. Ella abrió los ojos como platos. No pude ver la reacción de Ander, porque estaba dándome la espalda, pero, por la cara de Marta pasó una clara pregunta de qué había pasado dentro de esa habitación.

No sabría decir qué la había llevado a notar la diferencia entre que hubiésemos dormido juntos como amigos o que lo hubiésemos hecho como algo más, quizás fuera porque conocía demasiado a Ander, pero estaba seguro de que ese pensamiento había pasado por su cabeza. Lo llevaba escrito en la cara, no hacía falta ser un genio para darse cuenta.

Me sorprendió no asustarme ante la posibilidad de que lo hubiera averiguado, a pesar de que siempre me había avergonzado de estar loco por Ander. Mi reacción fue totalmente distinta a lo que habría imaginado, y por mi cara pasó una sonrisa de satisfacción por la sospecha de Marta, porque pensase que había sucedido algo entre nosotros.

Sabía que solo había reaccionado así porque se trataba de ella y siempre me había muerto de celos con Marta, quien sí podía tener a Ander de la manera que yo nunca podría. Aunque me sentí como un capullo, lo disfruté. Quería que pensase que Ander y yo teníamos algo. Algo mucho más fuerte que lo suyo. Me dieron ganas de levantarme, ir hasta donde Ander, colocarme a su espalda y tocar su erección para que se diese cuenta de que él me dejaba hacerlo. Ojalá pudiese decirle que esa erección era por y para mí, pero no podía. Ni siquiera sabía si eso era cierto. ¿Me había vuelto loco?

Cuando Marta se marchó de la habitación nos vestimos corriendo. Había amenazado con matarnos si no estábamos en diez minutos desayunando en el restaurante del hotel.

El día se me hizo eterno.

No podía dejar de estar pendiente de cada pequeño gesto de Ander, de cada cosa que hacía, de

cada interacción que tenía con Marta a la que la noche anterior había llegado a odiar, a pesar de que sabía que era un sentimiento infantil y que ella no había hecho nada para merecerlo. No obstante, aunque mi lado racional lo sabía, mi corazón no parecía muy capaz de hacerlo.

El paseo por Jaca estuvo bien. Puede que incluso, si la situación hubiese sido otra, hubiera podido disfrutarlo, pero no fue el caso. Solo podía pensar en que quería volver de una puta vez al hotel y estar al lado de Ander, simplemente eso. Estar a su lado y sentir que todo estaba bien, que no se había hecho añicos nuestra relación por lo que había sucedido la noche anterior.

Estábamos tumbados en la cama y me sentía muy incómodo. Sabía que lo más lógico sería hablar de lo que había sucedido la noche anterior, pero no era capaz de hacerlo. No tenía el valor suficiente para enfrentarme a la reacción de Ander si lo hablábamos como dos amigos que éramos. ¿Qué iba a decirle?

No ayudaba a relajarme tampoco que Ander no dejase de moverse inquieto mientras veíamos una película en la televisión de la habitación del hotel. Cualquier otro día eso ni me hubiese importado ni puesto tan nervioso. Cualquier otro día ni siquiera habría reparado en ello, pero la cuestión era que ese yo tenía los nervios a flor de piel. Estaba muy excitado. No dejaba de pensar ni un solo segundo en lo que había ocurrido la noche anterior sobre aquella misma cama. Estaba teniendo que luchar contra mí mismo una y otra vez para no abalanzarme sobre Ander y comérmelo entero una vez que ya había traspasado esa línea y había descubierto lo que se sentía al darle placer a su cuerpo.

Luché contra mí mismo para no apartar la vista de la televisión. Lo mejor era no hacer contacto visual con él, no necesitaba ver lo perfecto y *sexy* que estaba tumbado a mi lado en la cama. Alargué la mano para coger la suya y tranquilizarlo. Normalmente, cuando le agarraba la mano y se la acariciaba, se quedaba tranquilo. Pero, para mi completo horror, al no mirar lo que hacía, en vez de agarrarle la mano le agarré el miembro.

Me quedé paralizado durante unos segundos, acojonado por lo que Ander pudiera pensar de mí. Mi temor duró lo que tardé en darme cuenta de que bajo las mantas su miembro estaba duro como una roca. Lo que tardé en procesar que el sonido que se había escapado de sus labios era un gemido. Lo miré dubitativo. Traté de excusarme, pero no me salieron las palabras. No sabía cómo decirle que lo que había querido hacer era agarrarle la mano. No sabía cómo disculparme.

—Lo siento —me dijo Ander adelantándoseme mientras se encogía de hombros, avergonzado.

No sabía que decir. Pero no lo hacía porque mi cerebro no entendía el motivo por cual Ander parecía avergonzado por estar duro, en vez de horrorizado porque lo hubiese tocado. Igual que tampoco entendía por qué durante todo el día había actuado normal, sin parecer ofendido porque lo hubiese masturbado y luego hubiese huido como un loco a hacerme una paja al baño, que había sido más placentera que ninguno de los polvos que había echado en la vida. No entendía nada, pero estaba muy excitado.

Me giré sobre la cama para ponerme de medio lado y poder verlo mejor. Necesitaba hablar con él y aclarar de una vez por todas lo que había sucedido. Cuando lo miré, vi que tenía la boca ligeramente abierta, las pupilas dilatadas y estaba ruborizado. Parecía febril. Sin lugar a duda, estaba excitado.

Verlo así me hizo perder la cabeza. En contra de mi buen juicio solté a la bestia que tenía dentro, dejé salir todo el deseo que sentía por él y sucedió lo que era lógico, lo que llevaba queriendo hacer desde hacía más años de lo que era políticamente correcto. Sucedió que me abalancé sobre él. Me lancé a sus labios y se los comí como si fueran la cosa más deliciosa que había probado en la vida. Porque, de hecho, lo era. Al principio fui demasiado fogoso, asustado

de que me quitase lo que tanto había deseado durante años. Eso ocurrió hasta que me di cuenta de que Ander no quería apartarme, sino todo lo contrario: estaba agarrándome del pelo y acercándose a su cara como si el tampoco pudiese soportar que hubiera distancia entre nosotros.

Nos besamos durante lo que parecieron horas. Disfruté de cada roce de sus labios, de cada caricia de su lengua, de cada gemido que escapaba de su boca. Pero necesitaba más. Solo acababa de probarlo y ya era adicto a sus labios. Me separé de él lo justo para tirar de su camiseta. Cuando Ander entendió lo que me proponía se incorporó un poco en la cama y me ayudó. Se la saqué por encima de la cabeza, luego se tumbó y me quedé mirándolo, bebiendo de la vista de su pecho desnudo.

—Ahora tú. Quiero verte —me pidió con voz ronca. Parecía borracho de deseo.

Sin apartar mis ojos de los suyos me saqué la camiseta por la cabeza y la lancé a la otra punta de la habitación. Se me escapó una exclamación de sorpresa cuando los ojos de Ander recorrieron mi cuerpo con deseo. No podía creerme que esto estuviera pasando. ¿Sería posible que Ander me deseara?, ¿que no pensase que era un monstruo por desearlo yo a él? Alargó la mano y me acarició los pectorales con dedos temblorosos. Lo vi relamerse y eso fue demasiado para mí. Volví a tumbarme sobre su cuerpo y empecé a besar su cuello. Con la boca abierta, de manera obscena, deslicé mi lengua por su cuello y luego lo mordí. Empecé a moler mi erección contra la suya. Nuestros gemidos llenaron la habitación. Cuando Ander metió la mano entre nuestros cuerpos y rozó la punta de mi erección, que se había salido de la cinturilla de mi pantalón, estuve a punto de correrme.

—Oh, Dios. Cariño, tienes que parar o voy a correrme —le supliqué más que le dije.

—Quiero sentirte —me pidió Ander.

Me levanté un poco sobre él y llevé las manos hasta sus pantalones de pijama para poder quitárselos. Él me ayudó a hacerlo separando el cuerpo de la cama. Luego, entre besos y caricias, nos deshicimos del mío. Cuando volví a tumbarme encima, carne desnuda contra carne desnuda, gemí como un loco. Nunca había sentido tanto placer. Tanta plenitud. Era difícil distinguir dónde empezaba Ander y dónde acababa yo. Estábamos enredados, nuestros cuerpos lo estaban. Ninguno parecía tener ganas de soltar al otro. La cabeza me daba vueltas y apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Sentir su piel desnuda contra la mía fue demasiado y, tras unos pocos roces y caricias más, ambos nos corrimos en los brazos del otro. Sentir la semilla de Ander mezclada con la mía sobre el cuerpo de ambos fue una de las mejores sensaciones que había experimentado en la vida.

Me aparté de él. Ander tenía los ojos entrecerrados, la cara llena de placer y felicidad, y yo no pude evitar darle un pico en los labios. Lo amaba. Verlo deshecho después del sexo era algo que siempre había soñado con poder hacer y por supuesto algo que había pensado que nunca sucedería.

Después de darle el beso me quedé rígido, acojonado de que me dijese que estaba loco, pero volvió a sorprenderme dedicándome una sonrisa de oreja a oreja. Me quedé perplejo cuando me devolvió el beso. Incrédulo. Emocionado. Fascinado. El corazón me hizo una pirueta divertida en el pecho y en la cara se me dibujó una sonrisa estúpida. Me levanté de la cama para ir al baño a coger una toalla. Necesitaba limpiarnos a ambos.

—¿A dónde vas? —me preguntó Ander con voz apenada.

Trató de agarrarme del brazo para que no pudiese marcharme, pero fui más rápido que él. Me escapé de la habitación antes de que pudiese atraparme.

—Voy a por una toalla para poder limpiar el desastre que acabas de hacer —le dije bromeando.

Mi burla no había sido premeditada, pero al darme cuenta de que incluso después de lo que había sucedido entre nosotros era capaz de bromear con él, era más, me sentía cómodo con ello, el corazón se me hinchó de felicidad en el pecho, tanto que no estaba seguro de si podría caberme. Era imposible amar a alguien más de lo que yo lo amaba a él.

ANDER

Me desperté con una boca caliente alrededor de la punta de mi miembro. Y muy excitado. Demasiado. Estaba a punto de correrme. Alargué la mano y agarré un puñado de pelo. Separé la cabeza que tenía entre las piernas de mi cuerpo. Cuando mi miembro salió de la boca caliente que había estado chupándome y me golpeó el estómago, gemí por la pérdida. Necesitaba ubicarme.

—¿No estaba gustándote? —me preguntó Nik de una manera ronca, con un tono que no lo había escuchado usar antes.

Abrí los ojos y los clavé en los suyos, que eran dos pozos negros llenos de deseo.

—Estaba a punto de correrme —le confesé avergonzado.

No quería hacer nada que no estuviese bien. Mi experiencia sexual era nula y eso me avergonzaba. Nik sonrió con deseo ante mi comentario y me quedé sin aliento por poder verlo así, por ver esa faceta suya que nunca había conocido y que siempre había soñado con poder averiguar. Casi no podía creerme que fuese yo quien estaba excitándolo.

—Esa era la idea —me respondió, sonando todavía más ronco y excitado.

Dicho eso volvió a enterrar la cabeza entre mis piernas. Lo dejé hacer y gemí de nuevo ante sus labios envolviendo mi longitud. Su boca subía y bajaba por mi vara haciendo que perdiese la cabeza. Besaba la punta de mi miembro y luego volvía metérsela de golpe. Pronto, demasiado pronto, mucho más de lo que hubiese querido, me encontré otra vez al borde del abismo.

—Nik —le dije poniendo una mano sobre su cabeza para advertirle o para suplicarle, no sabía muy bien para qué—, estoy a punto de...

No pude llegar a terminar la frase ya que él aprovechó ese momento exacto para meterse mi miembro todavía más profundo en la boca y succionar como si quisiese absorberme entero. Por supuesto, exploté viendo estrellas tras mis ojos cerrados. Me corrí dentro de su boca y el placer que sentí nubló cada gramo de preocupación que tenía sobre si era correcto hacerlo o no. Me habría gustado poder levantar la mirada para ver la cara que tenía Nik, si estaba de acuerdo con lo que acababa de hacer. Lo comprobaría en cuanto encontrase las fuerzas, solo quería disfrutar durante unos segundos más del mejor orgasmo que había tenido en la vida.

Cuando sentí que la cama se movía, entonces sí que levanté la vista. Me acojoné al ver que Nik estaba gateando por la cama con la clara intención de marcharse de allí. Por puro instinto me estiré y le alcancé el brazo antes de que pudiese irse.

—Eh, ¿a dónde vas? —le pregunté y me sorprendió escuchar en mi voz una nota de pánico.

¿Se habría arrepentido?

—Esto... —empezó a decir pasándose la mano por detrás del cuello—. Voy a encargarme de mi problema.

Señaló su entrepierna con una sonrisa de disculpa en la cara. Me apretó la mano e hizo amago de levantarse de la cama, pero, por supuesto, no lo dejé hacerlo. Nik me miró con una pregunta en sus ojos cuando se dio cuenta de que no le permitía irse.

—Me gustaría pensar que ese problema es mío, no tuyo —le dije ruborizándome por si estaba

suponiendo demasiadas cosas y yo no le excitaba para nada, si solo era la situación la que lo había hecho.

Nik me miró con la cara contraída y vi cómo tragaba saliva.

—Quiero, uh, ayudarte —le dije. Él me observó con los ojos cargados de deseo, pero pude leer la duda en sus facciones—. ¿Me dejarás hacerlo, Nik? —le pregunté tratando de hacer que lo aceptase—. Por favor —le pedí.

Mi suplica pareció hacerlo ceder.

—¿Estás seguro de esto, Ander? —quiso saber.

Me encantó escuchar mi nombre salir de sus labios cargado de tanto deseo.

—Estoy muy seguro. Mucho.

Nik se sentó en la cama y yo me levanté para caer de rodillas delante de él. Le metí los dedos en la cinturilla del pantalón y, sin apartar mis ojos de los suyos, los deslicé por sus piernas. Levantó los pies del suelo para que pudiera quitárselos del todo. Cuando estuvo desnudo de cintura para abajo, me acerqué a él. Nik me dio la bienvenida a su cuerpo abriendo las piernas para que pudiese acercarme todo lo posible. Empecé a acariciar su miembro con las manos, sus bolas. No aparté la vista ni un segundo de él, necesitaba saber si lo que estaba haciéndole le estaba gustando. Por la cara hambrienta y llena de placer con la que me miraba entendí que lo estaba disfrutando. Tener esa certeza me hizo volverme mucho más audaz.

—Nik —le dije gimiendo de rodillas en el suelo con su erección entre las manos—. Nunca he hecho esto antes y quiero tomarte con mi boca, pero no sé cómo hacerlo.

—Joder —dijo, echando la cabeza hacia atrás mientras me agarraba el pelo con las manos.

Cuando devolvió su mirada a mí, tenía los ojos desenfocados y encapuchados.

—¿Quieres que te enseñe? —me preguntó gimiendo.

Asentí con la cabeza. No podía hablar, estaba tan excitado otra vez que apenas podía pensar—. Abre la boca, cariño —me indicó, y yo le hice caso.

Gimió muy fuerte cuando me la metí entera en la boca, lleno de entusiasmo y deseo. Su sabor explotó en la mía y yo me volví loco. Me encantó sentir la suavidad y la dureza de su miembro.

—Ahora solo tienes que ir arriba y abajo. Así —me explicó moviendo mi cabeza sobre su miembro—. Hagas lo que hagas va a ser perfecto. No creo que sea capaz de aguantar ni dos minutos sin correrme.

Sus palabras hicieron que me hormigueara el estómago de felicidad. Excitaba a Nik. Casi no podía creérmelo.

Disfruté de cada segundo que permanecí arrodillado entre sus piernas con su vara dentro de mi boca. Deseé que no se corriese nunca, que ese momento no se acabase jamás. Me encantaba darle placer al hombre que amaba. Poder ser capaz de hacerlo.

Después de que ambos estuvimos satisfechos, o al menos yo lo estaba tanto que no quedaba dentro de mi cuerpo ni una sola gota de energía ni de nerviosismo, nos dormimos el uno en los brazos del otro. Habíamos dormido así innumerables veces, pero aquella vez todo era diferente. Cada parte en la que estábamos conectados, cada trozo de piel, cada respiración, parecía distinta, como si el significado no fuera el mismo. Como si todo entre nosotros hubiera cambiado. Como si nosotros hubiésemos cambiado.

NIKANOR

29 diciembre, 2019

Esa habitación de hotel fue mi lugar seguro. Fue como si lo que sucediese allí dentro no

estuviese mal ni prohibido. Como si no afectase a nuestra vida real. Como si de verdad pudiera tener al hombre que amaba. Cuando lo entendí, cuando me di cuenta de ello, me dejé llevar. Iba a experimentar cada segundo de felicidad posible a su lado. Iba a permitirme vivir mi mayor sueño. Después, cuando el fin de semana acabase y volviésemos a la realidad, viviría durante el resto de la vida de su recuerdo. Y, aun así, sería una persona inmensamente feliz. Sería jodidamente afortunado.

ANDER

Mientras desayunábamos con Marta y con Marcos, podía sentir cómo entre Nik y yo fluía una especie de electricidad que no había estado allí antes. Como si los dos compartiéramos un secreto que era solo nuestro. Sentía que la conexión que siempre habíamos tenido se había hecho todavía más grande. Apenas podía contenerme de mirarlo. Tenía el estómago hecho un manojo de nervios y no podía estar durante más de veinte segundos seguidos quieto.

Gracias a Dios el día se acabó más rápido de lo que hubiese pensado, teniendo en cuenta que solo quería que llegase la noche para volver a estar en la habitación con Nik, para volver a estar en nuestro mundo.

Cuando entramos a la habitación nos sentamos en la cama en silencio. Al día siguiente volvíamos a casa. Quizás por eso esa noche tenía un halo nostálgico y estaba llena de un sentimiento agri dulce. Íbamos a regresar a la realidad, a nuestras vidas de siempre. Y estaba asustado. Me habría gustado preguntarle a Nik qué significaba lo que había pasado entre nosotros, pero no me atrevía. No me atrevía a decir algo y que se alejase de mí. Necesitaba poder disfrutar de nuestra última noche en esa burbuja de amor, en esa burbuja de perfección en la que sentía que Nik me miraba como si me desease. Como si le gustase de verdad.

También estaba nervioso, muy nervioso, porque no quería que aquello acabase nunca. Porque en el fondo de mi corazón sabía que a partir de entonces no podría vivir sin ello después de haberlo probado.

Esa noche cenamos juntos en la habitación del hotel. Ni Marta ni Marcos repusieron nada cuando les dijimos que lo haríamos. Sabía que Marta se había dado cuenta de que algo había cambiado entre Nik y yo.

Cuando llegó la comida nos alimentamos el uno al otro. Después, nos dimos un baño juntos sin dejar de acariciarnos. Para cuando el reloj marcaba la medianoche, ya había perdido la cuenta de las veces que nos habíamos corrido. Más tarde, cuando estuvimos juntos en la cama, envueltos el uno en el otro, nos besamos durante horas, casi hasta que sentí que tenía los labios en carne viva. Luego, nos dormimos sin soltarnos en toda la noche.



Por supuesto que lo había sabido

NIKANOR

30 diciembre, 2019

Estábamos de vuelta en casa.

Y una vez dentro no podía creer que lo que había pasado durante el fin de semana en la habitación del hotel hubiese sucedido de verdad, que no hubiese sido fruto de mi loca imaginación.

Por supuesto que había sabido, antes de llegar, que las cosas cambiarían, que lo que habíamos vivido en esas cuatro paredes se quedaría allí, que, además, era el lugar donde tenía que quedarse.

Por supuesto que lo había sabido.

Pero, a pesar de eso, nada me había preparado para cómo me sentiría de verdad, ni siquiera mis pensamientos más pesimistas. Nada me había preparado para el dolor que sentía en el pecho, el vacío que había dentro de mi alma. Casi no podía soportar estar al lado de Ander y no alargar la mano para acariciarlo. No podía soportar ver su sonrisa sin querer besar esos labios tiernos y deliciosos que me volvían loco. Apenas podía soportar que estuviera al otro lado del pasillo durmiendo solo en su cama. Lo necesitaba tanto en la mía, tantísimo... Sin él todo eran sábanas frías y una habitación oscura; no había ni una gota de calor ni de luz. Ander se la había llevado consigo, y lo peor de todo era que así es como debían de ser las cosas. Nosotros éramos amigos y eso era lo que teníamos que seguir siendo.

Mientras estaba tumbado en la cama, mirando al techo de mi habitación, reviviendo en mi cabeza una y otra vez el fin de semana anterior, apenas podía contener la necesidad de salvar la escasa distancia que separaba mi habitación de la suya. Apenas podía reprimirme de entrar a su cuarto, levantar las sábanas bajo las que estaría durmiendo y tumbarme a su espalda.

No podía pensar en otra cosa que en pasar un brazo por su cintura y acercarlo a mi cuerpo. Y dormir, solo dormir. Lo que daría por poder hacerlo rodeado de su calor, con su olor atravesando mis sentidos. Dios, sabía que era imposible amar más a nadie de lo que yo lo amaba a él.

Tenía tanto miedo de hacer una tontería, de que mis padres se dieran cuenta de lo que había hecho... Tenía miedo de que descubriesen que me había permitido estar con él, que no había sido capaz de mantener el autocontrol y me había dejado llevar por los sentimientos que Ander despertaba en mí. Unos sentimientos que cada vez cavaban más profundo, más hondo en mi interior. Sin los que no sabía vivir. Y eso sí que no podía ser. Era consciente de que tenía que

irme cuanto antes de casa. Sabía que tenía que volver a Madrid, alejarme de él, dejarlo vivir su vida de verdad y dejar de ser una vergüenza para todos.

Por todo ese lío de sentimientos y pensamientos que se me agolpaban en la cabeza y que tiraban de mí en todas direcciones, opuestas entre sí, me sentí agradecido y apenado a la vez de que quedasen dos días para que me marchase. Agradecido porque sabía que estaba a punto de romperme, de quebrarme, de ir a donde Ander y confesarle lo mucho que lo amaba. A punto de decirle que no podía vivir sin que él estuviera cerca ni un puto segundo más, que lo era todo para mí. Apenado porque irme significaba más noches a solas con el corazón sangrando de dolor. Con el corazón lleno de anhelo, llorando de necesidad porque Ander lo quisiera y porque lo aceptase tal y como era.

A veces me sentía como si tuviera dos sentimientos tan fuertes que dominaban toda mi vida. Dos sentimientos que eran tan opuestos entre sí, y que no podían convivir el uno con el otro, que tarde o temprano acabarían rompiéndome en mil pedazos. Sabía que acabarían destrozándome. Amaba a Ander con la misma pasión profunda y real con la que sabía, a ciencia cierta, que no podría estar nunca con él. Era una batalla que ninguna de las dos partes podía ganar. Una batalla en la que yo estaba en el medio; a mitad de mi mente, a mitad de mi corazón. Y estaba de acuerdo con los dos.

No podía perder a Ander, no podía perder a mis padres. Tenía tanto miedo a que me dejaran solo, a que me abandonasen si supieran cómo me sentía de verdad, que lo único que podía hacer era lo mismo que había hecho siempre: huir. Y rezar para que la siguiente vez que volviese a casa me sintiese más contenido y pudiese merecerme su amor.

ANDER

Después de lo que había pasado ese fin de semana, tenía más preguntas que respuestas.

Después de lo que había ocurrido sentía que mi mayor sueño podría ser una realidad, como si la posibilidad de estar con él fuese real. Pero, a la vez, sentía a Nik demasiado distante. Como si estar con él fuese imposible.

Durante el fin de semana había podido disfrutar de su cuerpo, algo que nunca había podido hacer, pero había notado que su corazón estaba fuera de la ecuación, que había estado distante. ¿Acaso lo que habíamos compartido era solo placer?

Ojalá me atreviese a preguntárselo. Ojalá pudiese verlo el tiempo suficiente como para poder hacerlo, porque, desde que habíamos llegado a casa, Nik pasaba totalmente de mí. No es que me lo hubiese dicho de manera clara, pero el hecho estaba ahí. Estaba reflejado en sus gestos, en la frialdad de sus miradas, en la distancia que había puesto entre nosotros dos. Su distanciamiento me hacía daño, y sabía que no iba a ser capaz de dejarlo alejarse de mí durante demasiado tiempo. No iba a permitirle que se distanciase. Si tenía que elegir entre poder acostarme con Nik o ser su amigo, tal y como habíamos estado hasta ahora, la decisión era fácil. Podría vivir sin acostarme con él, a pesar de que sentir sus caricias en mi cuerpo, sus labios sobre los míos, sus besos, había sido para mí como la culminación del amor que sentía por él, la máxima expresión de amor que puede tenerse con alguien. Cambiaría todo eso sin dudar por seguir siendo su amigo, por poder seguir compartiendo con él los buenos y los malos momentos. Por poder sostenerle la mano cuando estaba preocupado, y a su lado cuando lo necesitaba. Lo cambiaría porque él sujetase la mía y me acompañase en el duro camino que era la vida.

Sí, no iba a ser capaz de dejarlo estar lejos de mí durante mucho tiempo.



Estaba al límite

NIKANOR

31 diciembre, 2019

Estaba al límite.

—Pásame la salsa —le pedí a Ander, devorándolo con la mirada, a pesar de que no estaba mucho más cerca de la salsa que lo que yo mismo me encontraba.

Sabía que estaba bebiendo demasiado, por supuesto que lo sabía, pero si no ¿de qué otra manera iba a conseguir sobrevivir a esa noche?

El problema era que el alcohol en la sangre, lejos de estar consiguiendo que me tranquilizase, estaba teniendo el efecto contrario. Me sentía excitado. Me sentía con los sentimientos a flor de piel y en lo único que podía pensar era en Ander. En todo lo que me hacía experimentar. En cuanto lo amaba. En cuánto lo necesitaba. Solo podía pensar en acercarme a él, hacerlo gemir y disfrutar como un loco.

Sabía que estábamos rodeados de muchos familiares y que, en teoría, eso debía de importarme. Recordaba que, de hecho, siempre me aterrorizaba que cualquiera se diese cuenta de lo que sentía por él. Pero ayudado por el alcohol, en ese momento no era capaz de conectar con la parte de mi cerebro a la que le importaba y, joder, era un puto alivio. Me notaba desinhibido. Se me había quitado el puto peso de encima de la vergüenza por desear a quien no debía. Por amar a quien no debía. Me sentía libre, feliz y contento.

—Claro —me respondió Ander ruborizándose y resultando tan apetecible que no pude evitar estirar la mano debajo de la mesa y ponerla sobre su pierna.

Estábamos sentados uno al lado del otro. Ander se sorprendió tanto por mi audaz movimiento bajo la mesa, que la golpeó con la rodilla, sorprendido. Me reí. Por cómo había reaccionado, durante unos segundos dudé de si me llamaría la atención, pero mi duda quedó resuelta cuando un momento después de haberme pasado la salsera, metió la mano bajo la mesa y me apretó la mano con la suya. Ander dejó su mano sobre la mía durante el resto de la cena. Me hizo sentirme en el puto paraíso. Todo a mi alrededor daba vueltas y era perfecto. Pero, por supuesto, era una persona codiciosa y necesitaba más. Necesitaba mucho más de mi amor. Lo necesitaba todo.

Seguí bebiendo. Nunca me había sentido tan libre de mi propio juicio como en ese momento. Ni siquiera podía recordar por qué me parecía tan mala idea beber, y mucho menos por qué era tan mala idea estar enamorado de Ander.

Me costaba estar quieto, me costaba estar dentro de mi propia piel. Me sentía ansioso por

Ander, por sentirlo. Sabía que estaba moviéndome mucho más de lo habitual para ser yo, pero no era capaz de contenerme y ni siquiera quería intentarlo. Quería... Quería hacer algo.

Miré a Ander sin gota de disimulo y durante mucho tiempo me dediqué a disfrutar de verlo sonreír y hablar con nuestra familia. Mi formalidad, por llamarlo de alguna manera, duró hasta que Ander se levantó para ir a la cocina a buscar más vino. Sin molestarme mucho en que no se notase que estaba persiguiéndolo, murmuré una excusa para poder acompañarlo. Entré a la cocina detrás de él.

Cuando llegamos, Ander encendió la luz y yo la apague de seguido. Me miró confundido y le sonreí. ¿Cómo podía ser tan guapo?

Después de observarme durante unos segundos con desconcierto, se acercó al botellero que teníamos sobre la encimera de los armarios de la cocina para coger el vino. Cuando se dio la vuelta para enseñarme las dos botellas que llevaba en las manos, me abalancé sobre él y lo besé. Noté por la rigidez de su cuerpo que mi movimiento lo había sorprendido. Pero, para mi alivio, se recuperó de la sorpresa pocos segundos después y me devolvió el beso con ganas. El gemido de placer que se escapó de sus labios solo consiguió alentarme más. Lamí sus labios con la lengua, me restregué contra su cuerpo. Ander tenía las manos con las que todavía sujetaba las botellas alrededor de mi cuello. Sabía delicioso.

—Nik —gimió con la respiración acelerada, volviéndome loco.

Tuve que soltarlo cuando escuché unos pasos acercarse a la cocina. Una cosa era que me importase una mierda que se diesen cuenta de que me gustaba Ander, y otra muy distinta era dar un espectáculo. No me apetecía que, en plena Nochevieja, tuviésemos que acabar en urgencias porque le diese un infarto a alguno de nuestros familiares por ver enrollándose a dos personas que ellos debían considerar hermanos.

Para cuando nuestra madre entró en la cocina, Ander y yo ya estábamos caminando hacia el comedor.

—Cariño —dijo, y los dos la miramos para ver qué quería—. Cariño grande —aclaró sonriendo divertida al darse cuenta de que los dos nos habíamos dado por aludidos—. Ayúdame a llevar las fuentes de ensalada a la mesa, que Ander tiene las manos ocupadas.

—Claro, mamá —le dije siguiéndola de nuevo hasta la cocina.

Ander me miró por encima del hombro ruborizado antes de irse de vuelta al comedor, momento que aproveché para contemplarlo con ojos llenos de amor y lanzarle un beso. Ander sonrió encantado y, tras dudar durante unos segundos, se dio la vuelta y se marchó. Su manera de mirarme me pareció tan tierna y me llenó tanto el corazón, que supe que esa noche no pararía hasta que pudiera comérmelo entero. Esa noche deseaba poder empezar el año con él. Solo con él. Esa sería la mejor manera de empezar un año que podría tener nunca.

ANDER

Sentía que estaba viviendo un sueño. Casi no podía creer toda la atención que estaba prestándome Nik, ni lo poco prudente que estaba siendo. En los últimos días, había llegado a pensar que se arrepentía de lo que habíamos hecho en el hotel, que había sido un momento de debilidad porque yo lo había provocado. Pero, por la manera en la que llevaba mirándome toda la noche, como si solo existiese yo en el mundo, como si yo fuera todo lo que le importaba, estaba haciendo que las esperanzas de que sintiese algo por mí, que habían nacido en la nieve y se habían visto aplastadas cuando habíamos regresado a casa, estuviesen resurgiendo a la vida

mucho más fuertes y grandes.

Ni siquiera en el hotel, cuando nos habíamos besado y compartido nuestros cuerpos, lo había visto mirarme así, con esa necesidad, con esa franqueza, como si estuviera abriendo su corazón para mí. Como si todas las capas que había a su alrededor se hubieran caído.

Estaba demasiado emocionado, para mi propio bien. Cuando me había dado la mano por debajo de la mesa, había pensado que el cuerpo iba a explotarme de emoción, pero eso no había sido nada comparado a cuando en la cocina me había besado. Había añorado tanto la textura de sus labios, su cercanía, el calor de su cuerpo y su olor, que me había sentido embriagado cuando se había abalanzado sobre mí. Sin excusas, sin otro motivo que el de querer besarme.

Traté de volver a la realidad. Podía notar cómo el miembro se me llenaba en los pantalones. No podía parar de removerme en la silla una y otra vez. Necesitaba un cambio de aire. No quería estar duro en la mesa mientras cenaba junto a toda nuestra familia. Me levanté y me excusé explicando que tenía que ir al baño.

Cuando mis ojos se cruzaron con los de Nik antes de irme de la mesa, el corazón se me saltó un latido a la vez que el estómago me daba un vuelco; sus ojos negros rasgados estaban cargados de deseo. Del más puro deseo que hubiera visto en la vida. Y lo supe. Supe que todo ese deseo era por mí, para mí. Me sentí mareado. Necesitaba irme de allí o acabaría lanzándome sobre él.

Estaba tan nervioso que, saliendo de la sala, me tropecé con la silla de una de nuestras primas. Murmuré una disculpa y casi salí corriendo de allí. Necesitaba serenarme.

El baño de la planta baja de casa estaba demasiado cerca del comedor, y yo necesitaba un poco más de margen para sosegarme, por lo que decidí subir al piso de arriba y usar uno de los de allí.

Cuando llegué hasta él, entré, cerré la puerta y me miré en el espejo. Tenía los ojos brillantes y los pómulos rojos. Parecía febril, cachondo. Gemí preocupado. Abrí el grifo del lavabo y me agaché para lavarme la cara. Me eché agua un montón de veces hasta que me sentí un poco menos caliente. Alcancé la toalla de mano que había al lado del lavabo y me sequé la cara. Justo cuando estaba a punto de dejarla otra vez en su sitio, la puerta del baño se abrió. Antes de que pudiera decir una palabra para explicar que estaba ocupado, Nik entró. Y todo lo que me había enfriado se fue al garete con su presencia, con la manera en la que sus ojos me observaban: como si él fuera un depredador y yo su presa. Pero, lejos de tener miedo de ello, ese pensamiento consiguió excitarme todavía más.

—Me ha costado encontrarte. ¿Estás escondiéndote de mí? —me preguntó con un tono seductor y juguetón que no le había escuchado usar jamás.

Mi corazón se volvió loco y comenzó a latir a doscientos por hora.

—Nunca —mi respuesta fue corta, pero pareció complacer a Nik, que sonrió de oreja a oreja antes de abalanzarse sobre mí.

Puso las manos a ambos lados del lavabo que había detrás de mí y me miró los labios durante unos segundos antes de besarlos.

Los suyos sabían a alcohol, a desinhibición, a pasión y a amor. Todo mezclado. Un cóctel que me lanzó a la estratosfera.

—Me vuelves loco —me confesó después de unos minutos aplastándome contra el lavabo del baño—. No he podido quitar los ojos de ti ni un solo instante en toda la noche. ¿Sabes lo único que quiero hacer cuando den las doce?

Nik separó su cara un poco de mí, solo lo imprescindible para que pudiera mirarlo a los ojos, esos que me contemplaban con pasión e intensidad. Pensé que, quizás, a pesar de que estaba borracho, era la primera vez que lo veía de verdad.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté, temblando, cuando entendí que eso era lo que quería de

mí: que le preguntase.

—Quiero empezar el Año Nuevo con mis labios sobre los tuyos —me dijo con un gemido lastimero—. Y eso es tan jodido, está tan mal a tantos niveles... Pero no puedo pensar en otra cosa.

—Yo también lo quiero —le respondí emocionado.

—¿Sabes? Te amo tanto que, cuando me di cuenta de ello, supe que tenía que pedir una plaza lejos de casa, porque sabía que, si te tenía siempre cerca, no sería capaz de resistirme a ti. Estoy loco por ti. No soy capaz de pensar en otra cosa, y cuando no puedo estar contigo me duele el alma. Me siento vacío. Odio tener que irme, porque ahora después de haberte saboreado sé que voy a morirme estando lejos de ti. Me gustaría tanto follarte. Poder estar dentro de tu cuerpo. No he dejado de pensar en ello ni un solo segundo.

¿Qué? ¿Acababa de decir que estaba loco por mí? Dios mío. Empecé a temblar y el baño empezó a dar vueltas a nuestro alrededor. Estaba flotando. El corazón se me iba a salir por la garganta. Iba a atravesarme para poder entrar dentro de él.

Cuando Nik había entrado al baño lo que menos me había esperado era una confesión. Bueno, nunca la habría esperado. Mi cerebro explotó y se llenó de colores y de pensamientos alterados. No era capaz de tener ninguno coherente.

Sus palabras revolucionaron mi interior, me dejaron tan petrificado que no fui capaz de decir nada. Aunque, de haber sido capaz de hablar, tampoco habría podido, porque Nik ya estaba otra vez sobre mi boca besándome con abandono, mientras acariciaba cada rincón de mi cuerpo. Acababa de decirme algo que ni en mis mejores sueños hubiese soñado escuchar. Casi no podía creérmelo.

—Si no salimos de aquí no respondo de mis actos —me dijo Nik después de unos minutos mientras empujaba con su enorme y dura erección la mía.

Sonreí encantado porque todo lo que estaba viviendo era mejor que cualquier sueño que hubiera podido tener alguna vez. Embriagado de tanto placer.

Nada me había preparado para aquello. Nada me había preparado para cómo me harían sentir sus manos sobre mi cuerpo. Para cómo me harían sentir sus palabras. ¿Había dicho que estaba enamorado de mí? Era tan perfecto que casi no podía creérmelo. Solo sabía que no quería que aquello acabase nunca.

—¿Por qué no vamos a la cocina, robamos un par de copas de uvas, y nos vamos a mi habitación a celebrar la entrada del año? —le propuse con lo que esperaba que fuese una voz seductora y provocadora, porque su idea de empezar el año juntos me pareció tan preciosa y llena de significado que no podía dejarla escapar.

Yo también lo deseaba más que nada en el mundo. Nik gimió como si se sintiese dolorido, por lo que pensé que igual sí que había conseguido sonar tan tentador como había deseado.

—Te seguiría al puto fin del mundo —me dijo, y me mordió el lóbulo de la oreja haciendo que un escalofrío de placer me recorriese la parte izquierda del cuerpo, se me pusiera la piel de gallina y me erizara todo el vello del cuerpo—. Es la puta mejor idea que he escuchado en la vida.

—Tienes la boca muy sucia cuando has bebido —le dije riéndome.

—Ni te lo imaginas —me susurró al oído haciendo que toda la gracia que había sentido se me quitase de golpe y se sustituyese por deseo—. Vamos.

Nik se dio la vuelta rápido y se tambaleó un poco. Había bebido demasiado, pero yo no, así que lo agarré de la mano para ayudarlo a mantenerse estable. Bajamos las escaleras parándonos en más de un escalón para besarnos. Dejamos de hacerlo cuando estábamos tan abajo que, si

salía cualquier persona al pasillo, nos vería.

Entramos a la cocina a oscuras, como si fuéramos unos ladrones robando en nuestra propia casa. Nos acercamos a la encimera en la que nuestra madre tenía colocadas todas las bandejas de turrónes y las copas llenas de uvas, para que después de que nos las comiésemos pudiéramos rellenarlas con champán. Alargué la mano para coger dos, pero Nik me agarró del brazo para impedírmelo.

—No te gusta tomar uvas para empezar el año. Nunca te las comes todas y pones cara de asco con cada una que comes. Este año es especial. He comprado otra cosa para ti.

Nik me dio la espalda y se acercó a la despensa que había en la cocina. Lo seguí y vi cómo rebuscaba en una bolsa blanca. Lo miré con curiosidad sobre el hombro para ver lo que había dentro de la bolsa, pero lo sacó tan rápido que para cuando quise darme cuenta, ya estaba mirándome con el bote de Lacasitos de colores frente a mí y una enorme y embriagada sonrisa en la cara.

—¿Me has comprado un bote de Lacasitos? —le pregunté con el corazón lleno de amor y una sonrisa enorme en el rostro.

—Sí. Son todos para ti, cariño —me contestó depositando un beso suave en la punta de mi nariz.

El gesto fue tan tierno que hizo revolotear mi corazón.

—¿Y para ti no hay?

—Solo si quieres compartirlos conmigo —me respondió de manera sensual haciendo que me cosquillease la entrepierna. Me moría por él.

—Quiero compartirlo todo contigo.

—Dios, ni te imaginas cómo te amo.

Sus palabras llenaron mi corazón. No fui capaz de contestarle y de explicarle lo mucho que yo lo amaba a él.

—¿Se te ocurre alguna idea para que nos escapemos de las uvas sin que nuestros padres nos busquen? —me preguntó Nik entre beso y beso—. Ahora mismo no queda ni una gota de inteligencia dentro de mí, así que vas a tener que hacerte cargo.

Me reí, divertido por sus palabras.

—Tengo una ligera idea de cómo librarnos de todos. Voy a ir a donde mamá para decirle que no te encuentras bien. De la manera que has bebido no es una cosa muy difícil de creer. —Sonreí contra sus labios.

—Me has llevado al límite —me acusó divertido—. ¿Qué querías que hiciera?

Después de volver del salón de hablar con mi madre, y tras unos cuantos besos robados más, nos escapamos juntos a mi habitación. Subimos las escaleras en silencio, cogidos de la mano y sonriéndonos. En cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros, por supuesto, puse el pestillo. No quería que tuviésemos ninguna interrupción.

En cuanto estuvimos dentro de la protección de la habitación, empezamos a desnudarnos el uno al otro y a besar cada trozo de piel que podíamos alcanzar. Cuando llegamos a la cama nos miramos durante muchos segundos, bebiendo de la visión del otro. Nos tumbamos enredándonos. Acariciándonos, amándonos. Cuando escuché en mi oído el pitido del reloj de Nik, que indicaba que eran las doce de la noche, estaba dejando un recorrido de besos desde sus pectorales a su entrepierna. Sonreí al pensar la manera en la que iba a comenzar el año. Al pensar que no había, de hecho, una mejor manera que empezararlo junto a él y estando a punto de darle placer. Bajé la cabeza y lo tomé en la boca, todavía sonriendo. Nik gimió de tal manera que el

sonido rebotó en las paredes.

Como era de esperar, Nik llevaba tal cogerza que se quedó dormido a los pocos segundos de terminar. Le acaricié la cabeza durante todo el tiempo que estuve despierto, agradecido y encantado por haber descubierto que estaba enamorado de mí. Al día siguiente iba a decirle que no tenía de que preocuparse, que yo estaba todavía más enamorado de él, que no se encontraba solo en aquella locura de amor y que, juntos, encontraríamos la manera de poder ser una pareja. Que no importaba la distancia, que no importaba que nuestros padres lo hubiesen adoptado, porque nuestro amor era mucho más profundo.

Porque nuestro amor era puro y hermoso.

Me dormí con una sonrisa en la boca.



Cerré los ojos y salté al vacío

ANDER

Pasado

El día de mi decimoctavo cumpleaños, Nik me despertó al amanecer y me dijo que tenía una sorpresa para mí. Condujimos durante un par de horas hasta que llegamos a una pequeña playa en la que nunca había estado. Al principio, pensé que me había llevado para que pasásemos el día juntos porque sabía lo mucho que me gustaba la playa y, por supuesto, su compañía, pero cuando vi el puente y que había gente saltando, entendí de golpe a lo que habíamos ido.

—¡Nik! —grité emocionado—. ¡Me has traído a hacer *puenting*!

—Sí, es uno de mis regalos. Tendrás que esperar a que volvamos a casa para obtener el resto —me dijo sonriendo cuando estuve a punto de preguntarle cuáles eran los otros. Nik me conocía muy bien, siempre parecía saber lo que pasaba por mi cabeza.

Estaba agradecido de que no fuese capaz de ver lo enamorado que estaba de él.

Recuerdo el pánico que sentí cuando me vi al borde del abismo, subido a ese puente y a punto de saltar. Estaba muerto de miedo a pesar de que siempre lo había deseado. A pesar de que llevaba años hablando de ello y esperando para poder hacerlo. Me sentía como cuando llevas anhelando algo durante años y, cuando lo consigues, estás muerto de miedo a pesar de quererlo.

—Estoy acojonado —le confesé a Nik contemplando la caída que se extendía bajo mis pies.

Nik se rio y lo miré. Él no parecía para nada asustado. Y el corazón se me llenó de amor. Nik era tan sólido, tan valiente, tan fuerte. Era todo lo que yo quería y mucho más.

—Yo también.

—No lo parece.

—Eso es porque quiero ser fuerte por ti, para que tú no tengas miedo. Mi necesidad de protegerte es más fuerte que mi miedo.

Sus palabras me dejaron sin aliento y estuve a punto de ponerme a llorar.

—Te quiero —le dije, pero no de la manera en la que él creía.

No lo quería como se quiere a un hermano, Nik no era, y nunca había, sido un hermano para mí. Siempre había sido un amigo, solo que esa amistad había ido cambiando con el paso de los años, con el paso de las vivencias, con cada gesto suyo, con cada sonrisa, y había terminado convirtiéndose para mí en la persona que amaba. Esa fue la primera vez que le dije que lo quería como se le quiere a una pareja. Pero, por supuesto, eso no fue lo que él escuchó. Nik solo escuchó a su amigo casi hermano diciéndole que lo quería.

—¿Confías en mí? —me preguntó ofreciéndome la mano mientras me miraba a los ojos con

amor.

Esa fue una de las primeras veces que deseé decirle lo que de verdad sentía por él. Lo mucho que lo amaba. Lo mucho que confiaba en él, porque hacía ya años que me había abierto el pecho, me había sacado el corazón y se lo había entregado. Creo que no existe mayor muestra de confianza que esa.

Pero no era algo que pudiese confesar, por lo que estiré la mano y la metí en la suya como contestación.

—Sí. —Mi respuesta fue escueta. Pude decirle mucho menos de lo que quería, y deseé que su alma pudiera leer en mis ojos lo que de verdad quería declararle: Que, si él me daba la mano, saltaría desde donde hiciera falta. Que, si él estaba a mi lado, me arriesgaría siempre. Que confiaba en él con mi vida, y que, a su lado, sería capaz de superar cualquier cosa.

Nik me sonrió cuando agarró mi mano. Me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y soltó la mano con la que se sujetaba al puente. Yo, aferrado a la suya con fuerza, cerré los ojos y salté al vacío, sabiendo que estaba a salvo.



Hay mil motivos para no estar juntos

ANDER

1 enero, 2020

Cuando me desperté esa mañana, lo hice con una sonrisa en la cara. Los recuerdos de la noche anterior se sucedieron en mi cabeza y sonreí todavía más fuerte. Jamás hubiese imaginado que se pudiera ser tan feliz. Me estiré en la cama para poder alcanzar a Nik y abrazarlo. Con lo agarrados que nos habíamos quedado dormidos el uno junto al otro, no entendía por qué no se encontraba todavía pegado a mi cuerpo, pero estaba más que dispuesto a remediarlo.

Me moví tratando de alcanzarlo, pero descubrí una cama vacía y abrí los ojos. Me incorporé, desperezándome, y me levanté sin hacer ruido, pues no quería despertar a nuestros padres; quería poder disfrutar del amor de Nik solo para mí durante un poco de tiempo más, tenerlo delante y sobrio para poder decirle cuánto lo amaba. Estaba deseando que lo supiera.

Al levantarme de la cama, vi que sobre el otro extremo de la almohada había un trozo de papel. Lo abrí lleno de curiosidad y emoción, pero lo que leí en la nota me hizo vestirme a toda pastilla y salir corriendo escaleras abajo dirección al aeropuerto. Iba a matar a Nik por no despertarme.

Mientras caminaba por el pasillo de la terminal del diminuto aeropuerto de nuestra ciudad, sentía el mismo miedo que tuve el día que Nik me llevó a hacer *puenting*: a punto de hacer algo que quería, pero asustado de lo desconocido. Aunque sabía que mi miedo era ridículo. Todo lo que Nik me había dicho la noche anterior, con todo lo que me había hecho sentir, quedaba poco espacio para tener dudas. Las palabras podían mentir, pero la manera en la que me había tocado, la manera en la que me había mirado, como si lo fuera todo para él, eso no podía fingirse, aunque se quisiera.

Me sentía tan inquieto por la puta nota que me había dejado... Esa en la que me decía que lo sentía. Tenía un mal presentimiento pinchándome en la cabeza de manera incómoda, haciéndome dudar.

Casi sin darme cuenta empecé a correr. Necesitaba verlo y asegurarme de que todo lo que habíamos vivido la noche anterior era real. Luché contra el miedo absurdo. Todo iba a estar bien. Todo estaba bien.

Como el aeropuerto era pequeño, no me costó nada ver a Nik. En el momento en el que ese

pensamiento se me pasó por la cabeza supe que no era cierto, que, aunque el aeropuerto hubiese sido gigantesco y hubiera estado atestado de gente, yo lo habría visto igual porque era Nik. Lo habría reconocido de cualquier manera. Siempre lo reconocería, porque él era todo lo que yo podía ver. Él era todo lo que quería.

Estaba apoyado contra una pared del lateral de una de las puertas de embarque. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Se veía destrozado, como si se hubiese pasado la noche anterior de fiesta. Me reí de mi pensamiento, porque eso era exactamente lo que había pasado. Pero a pesar de no estar en su mejor momento, lucía tan guapo como para conseguir quitarme el aliento. Sonreí encantado como un tonto. Enamorado hasta las trancas. Y todas las dudas que estaban molestándome hasta ese momento se esfumaron como si nunca hubieran existido. Junto a Nik sería capaz de conseguir cualquier cosa.

NIKANOR

Esa mañana, cuando salía de casa camino del aeropuerto sin atreverme a despedirme de nadie, como si fuera un fugitivo, deseé haber bebido lo suficiente como para no acordarme de todo lo que le había dicho a Ander la noche anterior. Desearía no recordar el asombro en sus ojos, cómo se deshizo en mis manos. Desearía que todavía no me picasen los dedos por su tacto. Desearía no recordar nada.

Me sentiría agradecido si después de lo ocurrido Ander volvía a hablarme alguna vez. ¿Qué había hecho, joder? No podía creerme que le hubiera confesado mi amor. Que le hubiese dicho todo lo que me hacía sentir y lo mucho que lo amaba. Me sentía tan avergonzado. Por eso me había escabullido sin despedirme. Ese era uno de los muchos motivos, que no estaba preparado para ver el rechazo en sus ojos. Sabía que me mataría comprobarlo.

Me apoyé contra una pared. Había llegado demasiado pronto al pequeño aeropuerto de nuestra ciudad. Puse la cabeza contra ella y cerré los ojos. Tenía tal dolor de cabeza, que no me hubiese extrañado que me explotase en algún momento. Vaya decisión de mierda haberme emborrachado la noche anterior. Joder. Era un auténtico gilipollas.

Llevaba un par de horas esperando en el aeropuerto y me sentía entumecido. Estaba deseando llegar a casa para poder pasar mi vergüenza lejos de cualquier ojo que pudiera verme. Me encontraba todavía recostado contra la misma pared cuando alguien chocó conmigo, consiguiendo que casi me cayese. Lo olí y supe que era él antes de escuchar su voz. El corazón se me puso en la garganta. ¿Qué estaba haciendo allí Ander? Temblé, estaba tan asustado de lo que pudiera decirme, de que me dijese que estaba enfermo por quererlo...

—Nik. —Había tanta alegría en sus palabras que cuando abrí los ojos y lo miré, supe que los tenía muy abiertos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté casi tartamudeando.

—Pues he venido a despedirme como es debido. No... No sabía que te ibas hoy —empezó a hablar de manera atropellada. Tenía los ojos brillantes y llenos de felicidad, de cariño. No había ni una pizca de reproche en ellos. Ander era tan bueno y noble que no lo merecía—. He venido a decirte que eres tonto. ¿Cómo puedes disculparte por lo que pasó anoche? Fue uno de los mejores días de mi vida —me dijo con los ojos llenos de emoción.

¿De verdad aquello estaba pasando? No podía crérmelo. Sentí cómo se me caía el estómago a los pies, cómo se me revolvía.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Pues lo que quiero decirte, tonto, es que estoy enamorado de ti —me confesó de carrerilla mientras me miraba colmado de esperanza y amor.

—¿Qué? —le pregunté en *shock*, porque era lo último que esperaba escucharlo decir en la vida.

Ander se rio y con las mejillas ligeramente coloradas me repitió:

—Estoy enamorado de ti.

Me quedé sin palabras. La posibilidad de que Ander también estuviera enamorado de mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Entonces, un nuevo miedo se coló en mi interior, un miedo aterrador a perderlo.

—No puedes estar enamorado de mí.

—Puedo y lo estoy —me respondió, riendo divertido, como si fuésemos dos chicos cualesquiera hablando de nuestro amor.

—Ander, no puedes estar enamorado de mí. Somos hermanos.

—No somos hermanos, y lo sabes. Ni compartimos una gota de sangre ni nunca hemos sido eso el uno para el otro. Siempre hemos sido amigos, Nik.

Nos miramos en silencio durante unos segundos interminables.

—¿No es verdad todo lo que me dijiste ayer? —me preguntó, esta vez dolido, incrédulo.

La alegría y el buen humor con el que había venido a hablar conmigo estaban empezando a desgastarse. Estaba poniéndose serio, triste. Me sentí tan mal de estar siendo el causante de eso... Pero tenía que hacerlo entrar en razón, porque al parecer no entendía que era imposible que estuviésemos juntos, que era un error, que no estábamos destinados a ser. Pero tampoco podía mentirle acerca de mis sentimientos.

—Por supuesto que es verdad. Pero no podemos estar juntos.

—Podemos, Nik. Eres todo lo que quiero.

—No puedes estar enamorado de mí. Te mereces un hombre que pueda darte todo lo que yo no puedo. Un hombre que pueda llevarte de la mano con la cabeza alta. Uno que te merezca y pueda quedarse a tu lado. Y ese no soy yo —le dije con el corazón apretado por el dolor.

Sentía que estaba desgarrándome, pero tenía que decírselo. Necesitaba oír la verdad de mis labios.

—Tú no lo entiendes. Estoy enamorado de ti, y solo de ti. No quiero ni a otro hombre ni a nadie. Nunca he estado con nadie antes de ti. Nunca he querido estar con alguien que no fueras tú. Soy demisexual. Nunca he sentido deseo por nadie que no hayas sido tú. Has estado presente en cada fantasía con la que me he masturbado, desde que me excité por primera vez a los dieciséis años.

Lo miré sorprendido. No tenía ni idea de qué era ser demisexual y, al descubrirlo, el amor que sentía por mí se hizo todavía más profundo a mis ojos y me asusté. Me acojoné.

—Sí, así de fuerte es esto —recalcó Ander, interpretando mi cara, entendiendo que estaba sorprendido.

Pero, por supuesto, no solo estaba sorprendido; estaba abrumado. Sobrepasado. Muerto de miedo. Tenía que ponerle freno a aquello. Tenía que explicarle que no podíamos estar juntos, que lo más seguro, que lo mejor, era seguir como antes como si no hubiera pasado nada entre nosotros esas Navidades, como si no nos amásemos de manera incorrecta el uno al otro. Si todo seguía igual que antes, podríamos estar juntos para siempre. No les haríamos daño a nuestros padres ni a nadie.

Ver la chispa de esperanza que todavía asomaba en los ojos de Ander me mataba. Me mataba

tener que destruirla por el bien de los dos. Por el bien de todos. Nuestros sentimientos no eran correctos y les harían daño a muchas personas.

—Hay mil motivos para no estar juntos, Ander. Mil —le dije con el corazón hecho pedazos, mientras le suplicaba con la mirada que me entendiese.

Escuchar que me amaba era mi mejor sueño, y ahora me daba cuenta de que también era mi peor pesadilla. No podía arriesgarme a todo lo que eso podría suponer, a lo que implicaría que él, que era infinitamente mejor que yo en cada puto aspecto, se cansase de mí y me abandonase. ¿Qué harían nuestros padres entonces? ¿Dónde quedaría yo? ¿Tendrían suficiente amor dentro de su cuerpo para mí después de eso? Ojalá que así fuese. Pero no podía, simplemente no podía arriesgarme a descubrirlo.

Lo miré a los ojos, a esos azules llenos de lágrimas, tratando de hacerle entender con la mirada lo que necesitaba explicarle.

—Mamá, papá y tú lo sois todo para mí. Todo —sentencié—. No puedo arriesgarme a perderos, y eso es lo que va a pasar si estamos juntos. —Ander me miraba con tal incompreensión que supe que tenía que explicarle lo que quería decir con aquello—: En el caso de que nos separásemos, ¿a quién de los dos crees que elegirían? —Ander encajó mis palabras como si lo hubiera golpeado—. No quiero que me miren con rechazo. No podría soportar que me abandonaseis.

Las lágrimas que hasta entonces había estado conteniendo, empezaron a rodar por sus mejillas. Unas lágrimas enormes y dolorosas que me desgarraron por dentro. Me destrozaron. Odie por millonésima vez no poder ser lo que él se merecía. Odie que estuviésemos unidos por nuestros padres. Cuánto más fácil habría sido todo si en vez de que mis padres me hubieran adoptado nos hubiésemos conocido en la calle. Entonces habría hecho todo lo posible por ser la persona que se merecía. No lo habría dejado escapar. Lo amaba tanto que no sabría vivir sin él. No obstante, ellos eran todo lo que tenía en el mundo.

—Estás tan equivocado... Papá y mamá jamás te rechazarían. Te quieren igual que a mí. Para ellos no hay distinciones, te lo aseguro. Somos lo mismo.

Sus palabras me hicieron dudar durante una décima de segundo, porque mi mente sabía eso: nunca había notado ninguna diferencia en la manera en la que nos trataban, nunca había notado ninguna grieta en su amor. Pero había algo dentro de mi mente también, dentro de mi corazón, que me decía que, si hacía algo malo, que, si les hacía daño, me abandonarían. Yo era una persona difícil de amar. ¿Por qué me habrían abandonado si no las personas que me trajeron al mundo?

—No puedo, Ander. No puedo. No me hagas esto, por favor. Me mata por dentro pensar que puedo perderos. No puedo soportarlo. No quiero hacerles daño. No quiero hacerte daño. No quiero sufrir. No quiero quedarme solo —le supliqué, al borde de las lágrimas—. Solo quiero que todo siga igual que siempre. Que seamos lo mismo que hemos sido siempre.

—Esto está haciéndote daño —me dijo Ander, mirándome con sorpresa, como si por fin hubiese entendido todo lo que le había dicho—. Quererte te hace daño porque sientes que está mal. —Tragó saliva y de sus ojos comenzaron a caer ríos interminables de lágrimas—. Hacerte daño es lo último que quiero.

Vi cómo daba un paso atrás. Vislumbré en sus ojos la resolución de dejarme ir antes de que la dijese. Lo vi, y me partió el alma.

—Adiós, Nik. Nos vemos cuando llegue Semana Santa.

Estaba dándome lo que necesitaba, lo que le había pedido. Estaba, incluso, entregando su perdón. La posibilidad de seguir igual proporcionaba lo que necesitaba. Pero, aun así, cuando se

dio la vuelta y lo vi marcharse, el corazón se me partió. Porque a pesar de que sabía que era lo correcto, a pesar de que sabía que era la única solución posible, no quería que lo fuese porque lo amaba. Y Ander me amaba a mí de la misma manera que yo a él. Tenía la opción de estar a su lado, de que fuera mi pareja, pero sabía que no era lo correcto.

Ander me demostró una vez más lo maravilloso que era, y lo poco que lo merecía. Me había elegido a mí antes que a él. Había elegido mi felicidad antes que la suya. Había elegido no hacerme daño, hacer lo que yo necesitaba.

Me deshice en llantos. ¿Cómo iba a poder vivir sin él? ¿Cómo iba a poder hacerlo si era lo mejor que había en este mundo?

No recuerdo cómo subí al avión, ni el viaje, ni sé cómo fui capaz de encontrar mi coche en el aparcamiento, entre el mar de vehículos que había allí. Tenía el corazón roto. Me odiaba a mí mismo. Me odiaba por haber dañado a Ander. A él, que era el hombre más noble, cariñoso y bueno que había en la faz de la Tierra. Y yo..., yo era una mierda que lo había destrozado. Me merecía cada gota del dolor desgarrador que sentía. Me merecía sentirme como si me hubiesen arrancado el corazón. Me merecía sentirme vacío y lleno de dolor.

Estaba acojonado por poder perderlos a todos. No podía, simplemente, no podía darle lo que merecía, lo que estaba pidiéndome.



Vivir me dolía

ANDER

24 enero, 2020

De repente, un ruido monstruoso y una luz cegadora inundaron la habitación.

Si hubiera tenido algo dentro de mi cuerpo, algún sentimiento que no fuera aquel completo vacío estaba seguro de que me hubiese asustado. Pero, desde que Nik me dijo cómo se sentía respecto a nosotros, respecto a nuestro amor mutuo, sentía como si todo lo que hasta entonces me había ilusionado y motivado, hubiese desaparecido. Como si todas las cosas que antes me hacían feliz se hubieran quedado tiradas en el suelo del aeropuerto junto a los restos de mi corazón destrozado. Desde entonces, respirar me dolía. Vivir me dolía.

Ni siquiera me molesté en mover la cabeza para ver quién había entrado en la habitación. No tenía la suficiente fuerza dentro de mí para hacerlo. Y tan solo podía tratarse de tres personas: mi padre, mi madre o Marta. Así que esperé sin moverme. Pronto sabría quién había entrado.

—Ander... —empezó a decir Marta con voz de pena. No soportaba escuchar ese tono de voz hacia mí, mucho menos de Marta; ella, que siempre hablaba de manera ácida. Odiaba que sintiese pena por mí, pero no tenía la suficiente fuerza dentro para enfrentarla y decirle que no me hablase de aquella manera—. Tienes que levantarte de la cama y hacer algo aparte de trabajar. Has perdido mucho peso. Deberías volver al gimnasio. Tus padres están muy preocupados por ti. No hacen más que llamarme. Y yo también estoy muy preocupada por ti, Ander.

Sopesé durante unos segundos si contestarle o no. La verdad era que no me apetecía, pero Marta no se merecía que pasase de ella. Era la mejor amiga que se podía tener en el mundo.

—Es que no lo entiendes, Marta, me duele tanto no poder darle lo que necesita —le expliqué interrumpiendo su diatriba—, que estoy roto por dentro. No tengo nada para dar. No quiero preocuparos, pero no puedo hacer nada con mis sentimientos. Estoy cansado, muy cansado.

—Nik es un gilipollas. Odio qué estés así por él. No te merece. Si solo te dieras cuenta de lo malo que es...

—No, Marta. Deja de meterte con él. Tú no lo entiendes. No sabes cómo se siente. Lo complicado que es lo nuestro. Odio que se sienta así, pero lo entiendo. Joder, no quiero hacerle daño, de hecho, es lo último que quisiera hacer en mi vida. Y sé que estar juntos se lo hace. Amarme le hace daño. Por supuesto que odio que piense que somos un error, que nuestro amor es incorrecto y que no deberíamos estar juntos, pero lo amo tanto que no quiero dañarlo. Si tengo

que elegir entre ser su amigo, su hermano o no ser nada, siempre elegiré lo que sea que me mantenga cerca de él. Siempre. Y seré feliz de poder tenerlo cerca.

—Oh, sí, se te ve muy feliz —respondió ella dándose un golpe con la palma de la mano contra la frente—. No sé cómo no he podido darme cuenta de que no salir de la cama durante casi todo el mes, más que para ir a trabajar, es tu idea de la felicidad. Mi error, por supuesto —añadió con mucho sarcasmo.

—¡Por supuesto que no estoy feliz, joder! Pero no quiero ni perderlo ni hacerle daño —le grité mientras ríos de lágrimas se escapaban sin permiso de mis ojos.

—Oh, no te pido que tú le hagas daño; yo se lo haré.

Marta me envolvió entre sus brazos y yo me hundí en ella, en su consuelo y en el apoyo del amor que sentía hacia mí y yo sentía hacia ella.

—Por favor, hazlo por mí, Ander. Hazlo por tus padres. Intenta ser feliz de nuevo. No soporto verte así. No lo soporto.

Su suplica, su explicación de que estaba haciendo sufrir a mis padres, hizo que sintiese la necesidad de hacer algo. Más bien, hizo que entendiese que no podía seguir así. Además, me di cuenta de que, para cuando volviese a ver a Nik, tenía que seguir pareciendo una persona normal. Habíamos compartido unos cuantos mensajes desde que se había ido, pero eran mucho más fríos y distantes que antes. ¿Cómo no iban a serlo, si ambos sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro? Pero tampoco podíamos hacer nada. Respire hondo para tratar de serenarme.

—Yo tampoco quiero sentirme así, pero no puedo con el dolor. Con el vacío que siento dentro de mí. Tengo la sensación de que no voy a poder volver a ser feliz nunca, que esto no se me va a pasar nunca. Pero te juro que voy a intentarlo.

—No solo vas a intentarlo, sino que vas a conseguirlo. Eso te lo digo yo. Vas a ponerte mejor como que me llamo Marta.

Me senté en la cama y la miré mientras rebuscaba por mi armario y por los cajones de mi cómoda como si la habitación le perteneciese. Cuando pareció encontrar todo lo que estaba buscando, se dio la vuelta hacia mí y me lanzó a la cara lo que parecía ser un cambio de ropa limpio.

—Vas a empezar con tu cura de amor por darte una ducha, y cuando salgas vamos a hacer algo juntos. —Abrí la boca para quejarme, pero Marta me niveló con una mirada—. Ni se te ocurra decir nada. Vamos a hacer algo juntos y punto.

Cuando salí de la ducha, sintiéndome algo más parecido a una persona, Marta me esperaba tumbada en la cama, con una pierna cruzada por encima de la rodilla y mirando el teléfono.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Perfecto.

—Ya, claro. Seguro. —Me miró con mala cara—. Como es tu primer día de intentar volver a ser una persona normal y no quiero atosigarte, he pensado que lo mejor es que nos quedemos en casa viendo una peli. ¿O prefieres que salgamos por ahí?

La sola idea de salir a la calle me llenó de ansiedad. A mí, que nunca había soportado estar encerrado.

—No, no. Ver una peli me parece una idea maravillosa.

Nos sentamos el uno al lado de la otra y nos pusimos a mirar el teléfono para decidir qué película íbamos a ver. Marta desechó todas las de amor que veía, porque dijo que el amor era una mierda y encima era irreal. No estaba de acuerdo para nada. El amor podía ser muchas cosas y doler hasta la médula, pero, a mi parecer, era lo que movía el mundo. Era el combustible de las

personas y también lo que hacía que todo fuera mucho más bonito y brillante. Pero, tal y como me sentía, no me parecía una mala idea ver a gente dándose de tortas, como ella decía.

Después de elegir qué veríamos, bajamos a hacer unas palomitas. De vuelta en la habitación nos tumbamos en la cama, nos tapamos con la colcha y nos acurrucamos el uno contra el otro.

Quería mucho a Marta, mucho mucho, pues era mi mejor amiga y no podía vivir sin ella, pero de lo que no se daba cuenta era de que nada que hubiera en este mundo podría llenar el vacío que Nik había dejado en mi interior.

NIKANOR

—Doctor Aguirre —me llamó una de las enfermeras de mi consulta.

Por la manera en la que había dicho mi nombre, comprendí que no era la primera vez que me llamaba. Eso no me sorprendió. No lo hizo para nada. Desde que había vuelto de casa me quedaba mirando al vacío una cantidad de veces alarmante. Me sentía mal, muy mal. Como un auténtico cabrón. Y, sobre todo, me sentía así porque me había comportado como si lo fuera. Porque había dañado al hombre de mi vida. Porque no era capaz de darle lo que necesitaba.

—Voy a llamar a su siguiente paciente —me dijo la enfermera con voz molesta.

Suponía que, en las últimas semanas, tratar conmigo no había sido nada fácil.

—Sí, por supuesto. Gracias —le dije poniendo mi voz más profesional.

Estaba haciendo mal las cosas. No estaba siendo capaz, como había sido siempre, de enmascarar mis sentimientos, apretarlos hacia lo más profundo de mi interior y seguir adelante. Cuando menos me lo esperaba, salían a la superficie y me machacaban. Me hacían sangrar por dentro de dolor. Desgarrarme. Alimentaban mis miedos.

A veces, me sentía agradecido de tener un trabajo que me exigiese pasar tantas horas en él, porque casi no podía soportar estar en casa. Apenas podía soportar estar a solas con mis pensamientos. Desde que había vuelto, todo lo que hacía era correr para desfoguearme y trabajar.

Los pacientes fueron pasando por la consulta en una sucesión interminable, uno detrás de otro. Cada uno igual que el anterior. Y así fue como se acercó la hora en la que finalizaría mi turno. Cuando casi había acabado, prácticamente recé para que me llamasen de urgencias y me dijese que alguien necesitaba que le mirase, pero nadie me llamó al teléfono. Pronto, más de lo que hubiese querido, mi turno se acabó, y me di cuenta de que ya no me quedaban más excusas para no tener que volver a casa.

Cuando llegó la hora, me puse mi abrigo y me despedí de la enfermera.

Caminé despacio hasta el coche y conduje sin prisa por las atestadas calles de Madrid hasta mi casa, pensando cómo era posible que me sintiese tan solo con toda la gente que había a mi alrededor.

Antes de llegar paré en un supermercado a hacer la compra, y me descubrí parándome en los pasillos sin hacer nada, simplemente mirando al vacío y pensando.

Durante cada minuto de cada hora pensaba en Ander. En lo mucho que lo echaba de menos. En lo mucho que lo amaba. En todo lo que habíamos compartido durante todos aquellos años. Cuando apenas pude contener las lágrimas al ver en las estanterías del supermercado su marca favorita de cacao, me dije que ya era hora de que me marchase. Prefería lamerme las heridas en privado. Pagué las compras y me volví a meter en el coche, solo y en silencio.

Lo primero que hice cuando llegué a casa y terminé de guardar la compra del supermercado fue ponerme la ropa para salir a correr. A veces, el cansancio extremo ayudaba a que consiguiese dormir.

Por supuesto, me di cuenta al regresar a casa de que ese día no iba a funcionar. No, porque mientras corría por el parque me percaté de lo estúpido que era. Y regresé a casa en una nube de comprensión. Había tenido una epifanía.

Me había costado entenderlo, me había costado mucho darme cuenta de que un amor tan real y profundo como el nuestro no estaba mal, pero por fin lo había hecho. Me había percatado, mientras corría por el parque del Retiro, que daba igual lo que tuviera que arriesgar para poder estar con él, lo que pudiera perder por el camino, o que en un momento dado Ander me abandonase —aunque la verdad es que dudaba de ello cuando lo pensaba fríamente, con la cabeza y no con el miedo—, porque solo por poder vivir aquel amor con él, todo lo que pudiese suceder después merecía la pena.

Ahora lo veía, porque cuando él no estaba en la ecuación todo lo demás perdía sentido. Perdía valor. No merecía la pena. El puto problema era que había hecho falta partírle el corazón para darme cuenta de ello. Por la manera en la que me había mirado cuando en el aeropuerto le había dicho que no podíamos estar juntos, sabía que le había partido el alma.

Era un puto cabrón. El hombre al que amaba había venido a buscarme para decirme todas las cosas que siempre había soñado que me dijese, había sido tan valiente de venir hasta mí con el pecho descubierto, con el corazón en la mano, y yo lo había rechazado. A pesar de que a él le daba igual todo lo que los demás pudieran pensar, lo que nuestros padres pudieran pensar. Estaba de mi lado. Él estaba a mi lado y yo lo había rechazado. No me merecía ni el aire que respiraba y, mucho menos, me merecía su perdón, ni su amistad, ni su amor. Pero lo quería y lo necesitaba.

No sabía cómo iba a hacerlo, pero había entendido que no podía seguir así, que quería estar con Ander pasara lo que pasase, le pesara a quien le pesase.

Sabiendo exactamente lo que estaba haciendo, y por qué estaba haciéndolo, fui a la cocina, en la que en más de una ocasión había preparado el desayuno junto a Ander, y me hice un cacao, no porque me apeteciese ni porque me gustase, sino porque necesitaba sentirlo un poco más cerca de mí. Salí de la cocina con las luces de la casa aún apagadas y me acerqué al ventanal de la sala para poder mirar la noche de Madrid y pensar en lo que iba a hacer para recuperar al hombre de mi vida. Porque eso era lo que quería hacer, lo que no sabía era cómo iba a conseguirlo.



¿Qué coño quieres?

NIKANOR

28 enero, 2020

Me había despertado tarde, mucho después del mediodía. La noche anterior me había tocado hacer una guardia y me habían llamado para una operación urgente de un paciente que había tenido un accidente de coche. El chico iba junto a su novia y ella no había sobrevivido. Me sentía hecho una mierda, tanto física como mentalmente. Me había costado mucho dormirme, no solo por la mala experiencia de la noche anterior, no solo porque cada vez que alguien moría me afectase, no era únicamente eso. Me había costado dormir también porque, aunque había entendido que me había comportado como un gilipollas con Ander y que iba a hacer todo lo posible por volver a recuperarlo, la verdad era que no sabía cómo hacerlo. No sabía por dónde empezar. No sabía si lo que tenía que hacer primero era hablar con él o ir a hablar con mis padres y decirles lo que sentía: que amaba a Ander y que quería estar con él. Me aterraba que ellos, o el propio Ander, me rechazasen. Sabía de sobra que ese pensamiento, que ese miedo irracional era totalmente injustificado, ninguno me había dado ni una sola muestra de rechazo o de duda en su amor hacia mí nunca. Pero, aun así, era incapaz de quitarme el miedo a que me dejaran solo, a no ser suficiente para ellos, a que me dieran de lado por cometer cualquier pequeño error.

Era incapaz de mantener una relación con cualquier persona que no fuese alguno de ellos sin que la sintiese forzada. No me gustaba relacionarme. No me gustaban las personas, huía de ellas. No me parecían de fiar, y por supuesto que había pensado mucho en ello. Había leído todo lo que había sido capaz sobre el miedo al abandono, aunque siempre lo había descartado y había pensado que debido a que mis padres me habían adoptado siendo muy pequeño, a que había tenido una infancia y una juventud idílica, eso no había podido afectarme. O eso era lo que siempre había pensado. Pero la cuestión era que sí lo había hecho, aunque durante años me hubiera dedicado a mí mismo a negármelo. Tenía todos los síntomas. La verdad era que no conseguía entender cómo una cosa que me había sucedido siendo un niño tan pequeño había podido marcarme de una manera tan profunda. No entendía como algo así podía haberme dejado unas heridas tan hondas, unas heridas que necesitaba aprender a sanar o, por lo menos, a controlar para poder tener una relación sana y feliz con el hombre de mi vida. Con el amor de mi vida.

Estaba a punto de llevarme la taza de café recién hecho que me había preparado a la boca, profundamente sumido en mis pensamientos, cuando sonó el timbre de la puerta. Por supuesto,

durante unos instantes dudé si me apetecía abrir o no. Después de sopesarlo durante unos segundos, decidí que lo mejor era que fuese a comprobar si alguien me necesitaba para algo. Era extraño que llamasen a la puerta de mi casa, no estaba acostumbrado a recibir visitas.

Fui hasta la puerta de la entrada y, cuando la abrí, me quedé sin palabras. Mi padre y mi madre estaban al otro lado, mirándome, y no se podía decir que tuviesen muy buena cara.

—¿Papá? ¿Mamá? ¿Qué hacéis aquí? —les pregunté asustado con el corazón a punto de salirse por la boca—. Decidme que Ander está bien —les pedí casi al borde de las lágrimas, y me llevé de manera inconsciente la mano al centro del pecho.

—Sí, cariño —me contestó mi madre dando un paso hacia adelante.

Solté una exhalación de alivio. Joder, menudo susto me había llevado.

—¿Qué hacéis aquí? —quise saber. Me aparté a un lado para que mi padre pudiera pasar también.

Cerré la puerta de casa detrás de él.

Silencio.

Esa fue la respuesta que obtuve a mi pregunta. Estaba mareándome. Mi madre empezó a caminar hacia la sala. Ella y mi padre habían venido tantas veces a visitarme que sabían más que de sobra dónde estaba todo. Mi madre entró a la sala y mi padre y yo la seguimos. Nos quedamos en el centro, mirándonos los unos a los otros.

—¿Qué está pasando? —les pregunté mirando a uno y otra—. Estáis asustándome.

—Hijo —me dijo mi madre antes de dejarse caer en el sofá y ponerse una mano sobre la cara como si estuviera preocupada, como si le doliese la cabeza o como si estuviese desesperada, no sabría decirlo. Desvié la vista hacia mi padre para ver si él me ofrecía algo más de información.

—Papá —lo mencioné para llamar su atención.

Mi padre me miró con angustia durante unos segundos.

—No puedo más —soltó mi padre con un tono de voz muy cabreado—. No tengo ni idea de cómo tratar esto, así que voy a hacerlo sin rodeos. Estoy muy triste y decepcionado conmigo mismo. ¿Qué hemos hecho mal, hijo? ¿Qué hemos hecho tan mal para que no sepas que eres tan nuestro como Ander? —me preguntó casi suplicando.

—¿Qué quieres decir, papá? —cuestioné, sintiendo cómo el pecho se me apretaba lleno de angustia—. No te entiendo.

—Marta nos ha contado lo que ha pasado contigo y con Ander. Ella está preocupada por Ander, y nosotros también, por supuesto. Nos ha hablado del miedo que tienes a que te abandonemos, y desde luego no hemos podido dejar de venir. ¿Qué hemos hecho mal, hijo, para que no sepas que eres tan nuestro como Ander? —repitió lleno de pena—. Que siempre serás nuestro, pase lo que pase, de manera incondicional. De la manera en la que solo se puede querer a los hijos: por encima de la vida propia. Jamás en la vida elegiríamos a uno de vosotros por encima del otro.

Un torrente de emociones desde el más profundo cariño, alivio y alegría se sucedieron en mí tan de golpe que fui incapaz de controlarme, de retenerlos, de procesarlos. Un torrente de lágrimas cayó por mis ojos y rodaron por mis mejillas. Para cuando me quise dar cuenta de lo que estaba pasando, mi padre estaba abrazándome y mi madre se levantaba del sofá para unirse a nuestro apretado abrazo. Protegido entre los brazos de las dos personas que me lo habían dado todo, protección, amor y educación, lloré durante mucho tiempo. Me dejaron hacerlo todo el tiempo que lo necesité, mientras uno me acariciaba la cabeza y el otro la espalda. Dios, amaba a mis padres y no quería perderlos por nada del mundo. Los amaba. Eran tanto mi refugio como mi inspiración para la vida. Sabían lo que había pasado entre Ander y yo y, aun así, estaban allí.

Necesitaba agradecerse. Necesitaba disculparme.

—Lo siento. Siento amar a Ander. Siento decepcionaros. Siento haberos hecho daño con mis dudas.

—Hijo, no tienes que sentir nada. Lo único que tienes que hacer es no volver a sufrir, no volver a dudar de nuestro amor por ti, cariño —me pidió mi madre acunando mi rostro con una mano y mirándome con los ojos llenos de ternura.

Mientras los dos me miraban como si lo fuera todo para ellos, sentí que tenía que decirles la verdad, que era el momento de desnudar mi alma y rezar porque me comprendieran, o porque, en algún momento posterior, pudieran encontrar dentro de ellos la manera de perdonarme.

—Amo a Ander. Lo amo tanto que quiero poder estar con él. Quiero que seamos pareja. Voy a luchar por recuperar su amor —les confesé con voz firme, pero temblando por dentro y preparándome para cualquier posible reacción por su parte. Porque después de sus palabras, sabía que entre todos conseguiríamos llegar a un lugar en el que encontrarnos y tomar una decisión con la que todos estuviésemos cómodos.

Mis padres me miraron como si ninguna de mis palabras los hubiese sorprendido y pensé que tenía mucho que agradecerle a Marta, pues era un alivio no haber presenciado la primera reacción que debían haber tenido a la noticia.

—Hijo —empezó a decir mi madre sentándose en el sofá mientras mi padre hacía lo mismo a su lado—, desde luego que no podemos decirte que la noticia nos haya sorprendido del todo. Desde hace algunos años vuestra relación era incluso demasiado profunda como para tratarse solo de dos hermanos. Siempre hemos sabido que erais más amigos que otra cosa.

—Nunca habíamos hecho nada hasta ahora —la interrumpí para defendernos.

—La verdad es que eso no nos importa. Lo único que nos preocupa de todo esto es que las demás personas puedan haceros daño.

—No sabemos cómo puede tomarse la noticia el resto de la gente. Ya sabes que la gente es muy dañina y se mete en la vida de los demás —me explicó mi padre.

—Ningún padre quiere que a su hijo puedan hacerle daño. Nos duele poder pensar en eso. Pero desde luego que tenéis todo nuestro amor, todo nuestro apoyo y todo lo que necesitéis. Vosotros siempre vais a ser lo más importante para nosotros —aseguró mi madre.

—Os amamos más que a nosotros mismos —añadió mi padre.

Después de mucho hablar, de mucho abrirles el corazón a mis padres, de quedarme vacío y libre de preocupaciones, salimos a dar un pequeño paseo. Fuimos a cenar a un moderno restaurante de hamburguesas que había en la parte vieja de la ciudad. Estuve muy a gusto en su compañía. Me sentí más cercano de lo que me había sentido nunca. Estaba feliz, pero me faltaba algo. Lo más importante. A pesar de que estaba con ellos y de que quería estarlo, mi mente no dejaba de irse una y otra vez a pensar en cómo podría recuperar a Ander. Cómo podría hacer para que entendiese lo arrepentido que estaba por lo que le había hecho, por haber huido de él y no haber tenido el valor de quedarme y amarlo. Por no haber tenido el valor de enfrentarme a las consecuencias. Por haberle roto el corazón.

¿Cómo podía conseguir que me perdonase? ¿Cómo podía hacer que entendiese lo mucho que lo amaba a pesar de haber sido un cobarde? ¿Cómo podía hacer que quisiera quedarse conmigo?, ¿que quisiera ser mi pareja?

Cuando volvimos a casa, mis padres se fueron a dormir al cuarto donde lo hacían siempre que venían a verme, y yo me quedé durante unos segundos de pie en la cocina, con la luz apagada,

apoyado contra la isla y con la cabeza echada hacia atrás mirando al techo como si todas las respuestas que necesitaba, como si el plan que necesitaba seguir para poner mi vida en orden y mis sentimientos, fuese a aparecer allí escrito para mí. Lo miré durante demasiado tiempo. Hasta que fui sincero conmigo mismo y me reconocí que tenía un problema con las relaciones, que tenía miedo a la pérdida, al abandono y a no ser suficiente para los demás si era yo mismo. Sabía que si quería cambiar eso debía empezar a hacer algo, aunque no supiese el qué. Sabía que tenía que probar para descubrir lo que funcionaba o no. Tenía que moverme, porque quedarme quieto no iba a solucionar ninguno de mis problemas. Debía actuar, a pesar de tener miedo, a pesar de sentirme inseguro de que no sabía cómo resolverlo.

Necesitaba hacer algo con mi miedo antes de poder hacer algo con Ander, antes de estar preparado para ser la persona que él se merecía. Por supuesto sabía que necesitaba ayuda, que eso no podría hacerlo solo.

A la mañana siguiente, cuando mis padres se levantasen, iba a pedirles ayuda. También a un profesional para que me ayudase a curar las heridas que hasta entonces me había negado a admitir, y las que había estado toda la vida parcheando.

Estaba cansado de sentir que no encajaba y que no era suficiente. Quería poder vivir, quería poder amar y, sobre todo, quería dejar que me amasen. Poder tener una relación con Ander. Estar con el amor de mi vida. Deseaba poder tener una relación sana con él, una que pudiera echar raíces y perdurar para siempre. Con él no me conformaba con nada menos.

Supe, cuando la convicción me atravesó, que ese era el primer día de mi recuperación y que iba a hacer lo posible, y lo imposible, para sentirme pleno, aun con cicatrices en el corazón y en el alma, pero no ya con heridas abiertas. Quería ponerme bien, y quería, sobre todo, estar con Ander.

Dándome impulso con las manos, me alejé de la encimera. Saqué el teléfono móvil de mi bolsillo de camino a la terraza para poder hablar con tranquilidad sin despertar a mis padres. Cuando busqué el número entre los contactos ni siquiera me preocupé por la hora, sabía que Marta me lo cogería la llamara cuando la llamase, y también sabía que iba a tratarme mal, lo hiciera cuando lo hiciese. Nuestro desagrado era mutuo, y ninguno de los dos había hecho nunca nada por disimularlo. Los dos queríamos a Ander y a ninguno de los dos nos gustaba cómo lo trataba el otro. Nuestra relación había estado avocada al fracaso desde el principio. Pero eso no importaba ahora. La necesitaba, e iba a intentar conseguir que me ayudase.

—¿Qué coño quieres? —preguntó la voz malhumorada de Marta después de unos pocos tonos de llamada.

No parecía nada sorprendida de que la llamase. Quizás, después de que les contase todo a mis padres, pensaba que iba a llamarla para echarle la bronca, pero lo cierto era que me había ayudado haciéndolo. No es que al final yo mismo no hubiera llegado de todas maneras a la conclusión de que debía de hacerlo si quería ponerme bien, pero que ellos hubieran sido los que habían venido hasta mí y me hubieran dicho todo lo que necesitaba escuchar, desde luego había adelantado los acontecimientos quizás muchos meses. Y eso era tan necesario... Ahora mismo sentía que necesitaba tanto a Ander que apenas podía respirar. Tenía que tranquilizarme y hacer bien las cosas. Por él, porque no se merecía menos. Por mí, porque necesitaba estar sano.

—Muchas cosas, la verdad —decidí que lo mejor que podía hacer era ser sincero con ella, Marta no toleraría otra cosa, la conocía lo suficiente como para saber eso—. Pero lo primero que quiero hacer es darte las gracias.

La línea se quedó en silencio al otro lado y estuve a punto de reírme. Había conseguido sorprenderla.

—De todo lo que pensaba que podrías querer decirme, eso era lo único que no me imaginaba.

—Mis padres han venido a verme hoy.

—Me imaginaba que eso era lo primero que iban a hacer. Tus padres, a diferencia de ti, son maravillosos.

Me reí, porque ¿qué otra cosa podía hacer? Nunca le había gustado a Marta y ella no se había molestado en ocultarlo. Es más, estaba seguro de que disfrutaba sobremanera de nuestros concursos de miradas de muerte.

—Tienes razón.

—No pienses que arreglas nada porque ahora vayas ir de mártir y de humilde. No, joder. Has destrozado a Ander, le has roto el corazón. Ha perdido la alegría. Si te tuviera delante te partiría la cara.

Sus palabras me estrujaron el corazón y lograron que se me hiciese prácticamente imposible respirar. Me odiaba a mí mismo más de lo que ella podría llegar a odiarme nunca.

—Siento tanto haberle hecho daño, tanto. Pero quiero arreglarlo. Tengo que arreglarlo —le dije a Marta desesperado, para que entendiese que estaba hablando en serio.

—Nik, eres un gilipollas y siempre lo has sido. No te lo mereces.

—Tienes razón. Pero lo amo.

—Bien, veo que ahora sí que estamos hablando el mismo idioma. Puede que no seas tan cobarde como había pensado.

—Siempre he tenido la sospecha de que estabas enamorada de él —le confesé, porque sentí que era un buen momento para poner toda la verdad entre nosotros.

Necesitaba que Marta me comprendiese. La necesitaba como aliada. Necesitaba su ayuda de manera desesperada.

—No, por Dios. Ander es como mi hermano. Acostarme con él sería asqueroso —contestó riéndose a carcajadas.

—Ja, ja. No eres tan graciosa como te crees.

—Lo soy, pero te concedo que esa broma ha sido demasiado fácil. Venga, no te molestes, que por lo que a mí respecta Ander y tú no sois hermanos, o por lo menos ni os habéis criado como tal ni compartís ningún cromosoma, que es lo que de verdad importa aquí.

—Y estoy muy agradecido por eso, y porque mis padres sean las mejores personas que hay en el puto mundo.

—¿Lo amas? —me preguntó sin miramientos—. Bueno, ya sé la respuesta a eso, la pregunta de verdad es si estás dispuesto a arriesgarte.

—Estoy dispuesto a todo para recuperarlo.

—Bien. Soy toda oídos.



¿Puedes dejar las cazadoras en el cuarto?

ANDER

26 febrero, 2020

—No quiero ir, Marta —le repetí por millonésima vez mientras me calzaba las zapatillas sentado en el banco del recibidor de casa.

—Eres muy pesado, Ander. Tienes que ir y vas a hacerlo. Ya no es solo que tienes la obligación moral de ver la casa nueva de mi hermano, es que encima te viene bien. Sigues pareciendo un muerto viviente, ¡y ya está bien! Me he cansado de que te comportes así.

Levanté la mirada y suspiré. Llevábamos discutiendo sobre lo mismo toda la semana y me daba cuenta de que, llegados a ese momento, no me quedaba más remedio que ir. Se me habían agotado tanto las excusas como la energía para buscarlas. Si lo pensaba bien, Marta lo tenía casi que peor que yo, porque era consciente de que en los últimos tiempos estar a mi lado no era nada agradable. Me sentía como si alguien me hubiese metido una pajita por la oreja y me hubiese absorbido la alegría que antes tenía dentro de mí. Era consciente de que incluso me movía mucho menos de lo que lo había hecho siempre. Era como si la tristeza me hubiese desactivado.

Cuando terminé de atarme los cordones salimos de casa, atravesamos el jardín y nos montamos en el pequeño coche rojo de Marta, el cual había aparcado en la acera frente a mi casa. Nos subimos en silencio y seguimos en silencio durante todo el viaje a través de la ciudad. Como la casa de Marcos estaba en el centro, metimos el coche a un *parking*. Conseguir hueco allí era casi una tarea imposible.

Salimos del aparcamiento y caminamos por las calles adosadas, junto al casco histórico de la ciudad, mientras yo miraba a todos los lados recordando lo mucho que me había gustado siempre pasear por allí, lo mágico que siempre me había parecido.

Le di vueltas a la cabeza pensando en lo triste que era que ahora no fuese capaz de disfrutar de esa belleza ni de esa magia. Sabía que estaba allí, pero era incapaz de valorarla; la pena que tenía dentro de mí me impedía hacerlo. Es curioso cómo cambia la visión de las cosas dependiendo de cómo nos encontremos nosotros mismos por dentro. También me parecía curioso ser consciente de que estaba al borde de la depresión, o quizás ya estaba inmerso en ella, y que, aun sabiéndolo, no pudiese salir.

Desvié la mirada hacia Marta para obligarme a escapar de mis pensamientos pesimistas y vi que estaba escribiendo en el teléfono. Parecía muy inmersa en ello, así que no quise molestarla. No tenía energías suficientes para hacerlo. Parecía que esa noche ninguno de los dos íbamos a disfrutar del paseo.

Marta se paró y guardó el teléfono cuando llegamos a un edificio muy bonito de seis pisos de altura.

—¿Es aquí? —le pregunté mientras miraba el edificio frente a nosotros.

Tenía una fachada muy bonita. Era de color azul y tenía las ventanas y los balcones de color blanco. Los balcones y la parte de abajo del tejado estaban muy ornamentados, dándole al edificio un aspecto casi de cuento de hadas. De haber venido en otro momento, lo habría encontrado encantador.

—Sí, ¿te gusta? —me preguntó Marta con curiosidad.

—Mucho. Es precioso. No tenía yo a tu hermano por un chico con tan buen gusto.

Marta se rio de mi comentario.

—Porque no lo tiene. Yo lo he ayudado a elegirlo. Y, joder, soy la leche. Esto es precioso —dijo poniéndose las manos a ambos lados de las caderas y mirando hacia arriba conmigo.

Nos acercamos hasta la puerta y llamó al timbre. A los pocos segundos se escuchó el ruido metálico que indicaba que estaban abriendo la puerta desde arriba. Seguí a Marta a través del portal.

—¿Subimos por las escaleras? —le pregunté cuando vi que pasaba de largo el ascensor.

—Sí, es el segundo piso.

—Conoces bien el sitio.

—Sí, claro. Lo he ayudado a mudarse. Ya sabes, soy un amor de persona.

—Lo eres —le respondí sonriéndole con cariño.

Al subir por las escaleras descubrí que solo había una puerta por planta, lo que me dejó impresionado, pues no sabía que el hermano de Marta tuviera tanto poder económico. La casa tenía que ser bastante grande si ocupaba una planta entera. Y tenían que ser caras, muy caras.

Una vez que estuvimos frente a la puerta de la segunda planta, Marta llamó al timbre. Fui preparando mi sonrisa para poder saludar en condiciones a su hermano, pero, cuando la puerta se abrió, nos recibió una chica a la que no había visto nunca. Ahí fui de verdad consciente de que iba a haber mucha más gente, gente que no conocía y con la que desde luego no me apetecía estar. Aun así, por Marta, dibujé una sonrisa en mi cara, sonrisa que había que estar ciego para no ver que era impostada.

Entramos a la casa y, aunque no podía ver mucho, la sensación que transmitía el lugar era muy agradable. Todo estaba pintado en tonos blancos, los toques de color los daban los adornos que había colocados por toda la casa. Miré a mi alrededor con curiosidad.

Desde el recibidor vi que la sala de estar era una habitación muy amplia y tenía una chimenea de ladrillo visto en el centro que me pareció impresionante. Guau, la casa era muy bonita. No supe por qué, la cara de Nik se cruzó por mi mente. No es que no la tuviera siempre presente, era que ese lugar me parecía un sitio en el que él disfrutaría. En realidad, me recordaba bastante a su casa de Madrid. Me tragué el nudo de dolor que se me quedó atravesado en la garganta y me sentí agradecido cuando Marta me habló para distraerme. Había demasiada gente en la casa.

—¿Puedes dejar las cazadoras en el cuarto? —me pidió Marta señalando una habitación que estaba en el pasillo.

—Sí, claro —murmuré con desgana, porque no me apetecía hacerlo, pero tampoco me apetecía estar ahí, en general.

Me encaminé hacia la puerta que me había indicado mi amiga mientras pensaba en lo poco que pintaba yo allí. Ni siquiera me gustaba su hermano. No es que Marcos me hubiese hecho nada en especial, pero desde que descubrí que se sentía atraído por Nik había empezado a desarrollar hacia él una especie de manía. Manía que sabía que era irracional, pero es que era muy difícil

para mí darme cuenta de que, si Nik quisiera, si se sintiera atraído por Marcos, ellos sí que podrían estar juntos, a diferencia de nosotros. Y la verdad era que, aunque me fuera complicado reconocérmelo incluso a mí mismo, estaba costándome horrores respetar la decisión de Nik, respetar que a él le hiciese daño que estuviésemos juntos. Lo entendía, pero no podía compartir el sentimiento.

Aunque mi deseo de no hacerle daño de ninguna manera era más fuerte que el deseo de querer estar a su lado, a pesar de eso, había días en los que esa balanza se desequilibraba y me sentía demasiado tentado de irme corriendo de casa, coger un avión y plantarme en Madrid para hacerlo entrar en razón. Para hacerlo entender que nuestro amor no era errado y que ninguno de nosotros íbamos a abandonarlo nunca.

Cuando regresé a la realidad de aquel piso, me di cuenta de que llevaba ya unos minutos plantado delante de la puerta de lo que debía de ser la habitación de Marcos. Suspiré. Qué poco me apetecía estar allí.

Abrí la puerta de la habitación. Miré dentro y agradecí que entrase suficiente claridad por la ventana para encontrar el interruptor. Lancé un pequeño grito y me llevé la mano al pecho cuando vi una persona sentada sobre la cama mirando hacia la ventana. Tardé como dos segundos en darme cuenta de que la persona que me daba la espalda era Nik. Lo que quedó confirmado cuando este, al escuchar mi grito, se dio la vuelta. La puerta del cuarto se cerró a mi espalda, pero no me molesté en girarme para descubrir quién había sido.

Empecé a caminar hacia la cama como si estuviese sumido en un trance y fuese mi propio cuerpo el que me controlase a mí, y no al revés. Mi cuerpo sabía lo que necesitaba. Mi mente todavía estaba en *shock* por la visión que tenía delante.

—¿Nik? —pregunté incrédulo, porque, a pesar de estar viéndolo, todavía no podía creerme que lo tuviera delante de mí.

—Ander —dijo mi nombre con delicadeza y se levantó de la cama sobre la que estaba sentado esperando.

Me sentía incapaz de entender lo que estaba viendo. ¿Qué estaba haciendo Nik allí? Pronto, mi mente sobrestimulada empezó a dibujar un montón de posibilidades. Una de ellas me dolió por encima de todas.

—¿Qué estás haciendo en la casa del hermano de Marta? —le formulé, pero la pregunta sonó más bien como una acusación.

Un frío glacial me atravesó la espina dorsal mientras esperaba su respuesta. Contuve el aliento casi rezando porque no me dijese que estaban saliendo juntos. A decir verdad, si eso era así, prefería que me mintiese. Durante unas décimas de segundo me sentí tentado de tragarme mi pregunta, pero como ya la había lanzado entendí que ese deseo era imposible de conseguir.

—No es la casa de Marcos, es mi casa —me respondió Nik con la voz baja y llena de preocupación.

Tenía que haber imaginado la respuesta que Nik me había dado, porque lo que me acababa de decir no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Nik? ¿Cómo que es tu casa? —le cuestioné moviendo la cabeza y mirando hacia todos los lados dentro de la habitación, tratando de darle sentido a lo que estaba diciéndome, a lo que estaba sucediendo.

¿Era posible que me hubiese dormido en el coche y me hubiese despertado en Madrid? ¿O era más bien que había terminado perdiendo la cabeza del todo? Cosa que no me extrañaría para nada, pues no estaba pasando por mi mejor momento.

—He pedido el traslado y he venido a vivir aquí.

Me quedé paralizado mirándolo, porque nada de lo que decía tenía sentido. Aquello tenía que ser una broma de mal gusto que estaba gastándome mi cerebro. Sentí un torrente de lágrimas deslizándose por mis mejillas, no podía soportar eso. No quería sufrir al descubrir que todo era una mentira, que estaba imaginándomelo.

Los ojos de Nik se cerraron llenos de preocupación, llenos de angustia, y se aproximó a mí, aunque sus pasos eran vacilantes, como si tuviese miedo de mi reacción cuando se acercase. ¿Es que acaso todo era real?

—Dios, lo siento, cariño —me dijo muy bajito y con la voz cargada de dolor. Extendió la mano y la llevó hasta mi mejilla para limpiar las lágrimas que se derramaban de mis ojos—. No quiero hacerte más daño. ¿No quieres que esté aquí? ¿Quieres que me vaya? —me preguntó, y supe que estaba asustado por mi respuesta.

—Sí, quiero. Pero no quiero creerlo y que luego no sea real. Aunque no podamos estar juntos, me encanta estar contigo.

Me lancé hacia sus brazos. Nik me acogió entre ellos y me abrazó con fuerza contra su cuerpo. Inhalé su aroma. Me encantaba estar con él. Tendría que aprender a controlarme para poder estar a su lado sin romperme, pero prefería eso a no tenerlo en absoluto. Había sentido tanto miedo de que cuando volviésemos a estar juntos hubiese un muro entre nosotros... Pero, ahora que lo tenía delante, entendía que no era así, y eso me llenaba de alivio. A pesar de tener el corazón roto, estar entre sus brazos me permitía respirar.

Nos abrazamos durante unos minutos más, hasta que Nik rompió el silencio:

—¿No quieres saber por qué he venido?

—No. Me da igual por qué lo hayas hecho, lo que me importa de verdad es que estés aquí —le respondí suspirando—. Odio cuando estás lejos y, sobre todo, odio que tengas dudas de que te queramos.

Noté sobre mi pómulo que Nik estaba sonriendo. Nuestras caras estaban tan cerca la una de la otra como para poder apreciar eso.

—Estoy aquí por ti, Ander. Porque te quiero, porque quiero estar contigo.

Contuve el aliento y me separé de él para poder mirarlo a la cara. Necesitaba saber si era cierto lo que estaba diciéndome. Necesitaba leer la expresión de su rostro—. No lo entiendo, Nik. Tú dijiste que hay mil motivos para no estar juntos —le recordé, porque no quería ilusionarme, que volviese a destrozarme el corazón por hacerme ilusiones.

No quería comportarme como un tonto enamorado cegado por el amor.

—Lo dije, sí, porque soy gilipollas, porque me dejé llevar por el miedo. Porque, cuando me dijiste que me amabas, cuando me di cuenta de que nuestro amor era posible también por tu parte, dentro de mi surgió otro miedo mucho más profundo. Otro al que nunca había querido hacer frente, que nunca había querido reconocer y al que pensaba que no tendría que enfrentarme porque mi amor por ti era imposible. Pensaba que nunca podrías corresponderme. Pero ¿sabes qué? Me he dado cuenta de que a pesar de que hay mil motivos para no estar juntos, hay más de un millón para que sí lo estemos. No puedo vivir sin ti, que es lo mismo que me pasaba antes, solo que ahora me he dado cuenta de que no quiero hacerlo, Ander. Por favor, dame la oportunidad de estar a tu lado, de ser tu pareja, de amarte como te mereces. Eres la persona más especial y perfecta que he conocido en la vida y quiero estar a tu lado siempre. Te amo.

Empecé a llorar de nuevo, esta vez por la emoción que sus palabras estaban transmitiéndome. Estaba diciéndome todo lo que siempre había soñado escuchar, solo que, en aquella ocasión, en vez de estar pasando en mi cabeza, ocurría en la realidad. Nik debió interpretar mis lágrimas y mi silencio de una mala manera, porque siguió explicándose y justificando sus actos:

—Nunca le enseñé a nadie cómo soy, nunca lo demuestro porque tengo miedo de que no me quieran, porque, en el fondo, en lo más profundo de mi alma, sé que no me merezco el amor de nadie. Soy defectuoso, tengo el corazón roto, y mucho menos me merezco el amor de alguien tan maravilloso como tú. He empezado a ir al psicólogo para que me ayude con mis miedos; algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo —dijo, más para sí mismo que para mí—. Mi amor por ti, la necesidad de encontrarme bien para poder estar contigo, me ha ayudado a hacerlo. Me habría gustado haberlo hecho antes para no hacerte daño, pero no podía. Lo siento tanto.

Me lancé a sus brazos sin dejarlo que terminase de hablar. No quería escucharlo decir nada más, solo quería sentirlo.

Como atraídos por una fuerza invisible y contra la que ni quería ni podía luchar, mis labios acabaron sobre los suyos. Nik me devolvió el beso con pasión, agarrando mi cara entre sus manos y gimiendo. Nuestras lenguas se acariciaron con deleite, reconociéndose la una a la otra. La cabeza comenzó a darme vueltas y me dejé llevar por la sensación.

Cuando una idea me atravesó el cerebro me separé de él para poder hablarle. Nik gimió frustrado y me mordió el labio cuando me separé.

—¿Has dicho que has pedido el traslado y te has mudado? —le pregunté con asombro—. ¿Te he escuchado bien?

—Sí —me contestó, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar contigo. Porque quiero que seamos una pareja. Porque no puedo aguantar ni un minuto más lejos de ti, como para aguantar tener que vivir en una ciudad a casi cuatrocientos kilómetros de ti.

—¿Quieres que estemos juntos? —le pregunté notando cómo el estómago se me llenaba de mariposas y en la cara se me dibujaba una enorme sonrisa de felicidad.

—Es lo que más deseo en el mundo. Ya he hecho suficiente el gilipollas —me respondió con una sonrisa.

Noté que las piernas me temblaban por la intensidad de su mirada. Por el deseo. Por la anticipación.

—¿Te gustaría estar conmigo? —me preguntó en un tono juguetón.

—Tendré que pensármelo —le contesté en el mismo tono que él había usado conmigo.

Estaba tan feliz porque estuviese aquí conmigo, porque hubiese venido a buscarme. Con que hubiera resuelto sus miedos, o por lo menos hubiera empezado a resolverlos, me bastaba, porque, a partir de ahora podría estar a su lado para ayudarlo.

Nik dejó caer un beso en la comisura de mis labios y me aparté para picarlo.

—Tengo una pregunta para ti.

—Dime. Te diré todo lo que quieras saber.

—¿Qué harías si te rechazo?

—Quedarme y luchar por que me aceptases, por supuesto —me contestó lanzándome una sonrisa de medio lado—. Estoy aquí para quedarme. Habría empezado la misión de recuperar tu amor y tu confianza y no hubiese parado hasta que entendieses que te amo y que me he dado cuenta de que he sido un completo gilipollas. Habría hecho todo lo que hiciese falta para que volviesses a enamorarte de mí.

—Cuando amas de verdad a alguien es imposible desenamorarse en un segundo. No se puede, Nik. Si no me tratas mal y no pasas de mí, jamás voy a dejar de quererte. Tienes que entender eso.

—Tú me has hecho entenderlo. Papá y mamá me han hecho entenderlo.

—Tus padres biológicos estaban mal, eran los que tenían el problema dentro de ellos, no tú. Es muy triste que no tuviesen la capacidad de amar. Pero el problema es de ellos, no tuyo. Tú eres perfecto —le dije acunando su cara con mis manos.

—Mi amor —dijo con cariño y casi necesidad segundos antes de volver a besar mis labios.

Después de eso, nos devoramos el uno al otro. Nos acariciamos con amor y pasión. Tomé todo lo que podía de él, pero nada me parecía suficiente. Recorrí su pelo con mis manos, su cuello, sus hombros fuertes y grandes. Sentí el calor de su cuerpo incluso a través de nuestra ropa. Bebí sus gemidos y me deshice con sus toques posesivos que me decían que él tampoco tenía suficiente de mí. Nos tumbamos en la cama y Nik se puso encima. Me encantó poder volver a sentir su peso sobre mi cuerpo.

—Me vuelves loco, cariño —me dijo Nik gimiendo en mi oído.

Cuando estaba a punto de responderle, sonaron unos pasos en el pasillo. Dejamos de besarnos cuando escuchamos unos golpes de nudillos en la puerta, seguidos de la voz de Marta:

—Siento cortaros el rollo, chicos, pero no puedo entretener más a la gente, así que salid de una vez de ahí. Luego, cuando os quedéis solos, podéis daros todo el cariñito que queráis.

Sonreí encantado enterrando la cara en el cuello de Nik. Jamás me había sentido mejor en la vida. Me sentía lleno de felicidad. Me sentía como si estuviese flotando.



Eres todo lo que veo

NIKANOR

27 febrero, 2020
01:00h

Cuando todos se marcharon de casa cogí la mano de Ander y lo llevé al sofá. Había estado muy a gusto con nuestra familia y nuestros amigos, había disfrutado de ver la sorpresa en los ojos de Ander, su felicidad, y estaba muy agradecido con todos por su ayuda, pero lo que de verdad quería era tener al hombre que amaba solo para mí y poder disfrutar de su compañía a solas. Necesitaba decirle de nuevo, y poder demostrarle, cuánto lo quería y cuánto significaba para mí.

Nos miramos durante unos segundos en silencio. Estaba tan nervioso... No deseaba otra cosa más que darle amor, más que sentirlo y comérmelo a besos. Me incliné hacia él, lo levanté del culo y lo puse sobre mi regazo. Ander sonrió ante mi arrebato. Giró la cabeza mirando en todas las direcciones.

—Este sitio es perfecto —me dijo, mirándome con amor, con tanto que se me hincó el corazón de tal manera que a punto estuvo de desbordármese.

—Tú eres perfecto —le respondí, porque era la verdad—. Ni te imaginas la cantidad de veces que he soñado con poder decirte eso. Ni te imaginas la cantidad de veces que he soñado con poder tocarte de esta manera, con poder besarte. Esta es la primera vez que te tengo entre mis brazos sin tener que fingir que es solo placer. La primera vez en la que sabes que me muero por ti, que estoy locamente enamorado de ti. Que eres todo lo que veo, que eres todo lo que quiero.

—¿Vas a hacerme el amor? —me preguntó, temblando entre mis brazos.

Mi erección se hizo todavía más grande solo por escucharlo hablar de ello.

—¿Eso es lo que quieres?

—Es lo que más deseo en el mundo.

—Sí, mi amor. Me muero por hacerlo —le confesé gimiendo.

—¿Por qué no me lo has hecho antes? —me preguntó, ruborizándose—. Durante todo este tiempo he pensado que no te gustaba lo suficiente.

—Joder —le dije, gimiendo con frustración—. He hecho tan mal todas las cosas. No te he follado antes, no porque no quisiera; me moría por hacerlo, por estar dentro de ti, mi amor —le confesé con deseo—. Pero cuando intimamos y me dijiste que no habías hecho eso antes, pensé que te referías a que nunca te habías acostado con un hombre, no a que no habías hecho nada nunca con nadie. —Me reí un poco incómodo—. Sentí que no podía arrebatarte eso, quería que

tu primera vez fuese con alguien que pudiese quedarse a tu lado. Con alguien que tú quisieras y que pudiera darte todas las cosas que yo no podía.

—Tú eres la persona con la que deseo todo eso. La única persona con la que lo he deseado. Eres el único para mí. —Sus palabras susurradas, pero dichas tan claras y con tanta intención, incluso después de que lo hubiese rechazado por lo acojonado que estuve, casi me hicieron llorar.

—Joder, tengo tanta suerte contigo. No sé cómo puedes quererme con lo perfecto, dulce y maravilloso que eres. Eres, sin duda, mucho más de lo que me merezco, pero no pienso quejarme y voy a tomarlo. Voy a hacerte feliz y voy a tratar de ser el hombre que te mereces.

—Te quiero, Nik —me dijo mirándome con una amor tan profundo que hizo que todo me diese vueltas, de alivio, de felicidad, de excitación.

—Yo también te amo, mi amor. Llevo amándote muchos años.

Me incliné hacia delante y besé sus labios. Como siempre, su sabor me volvió loco, me intoxicó y me hizo gemir. Sus labios eran suaves y delicados, rellenos y perfectos, y se abrieron para mí. Su lengua tímida salió de su boca para acariciar la mía, que rozaba su labio pidiéndole permiso para entrar. Me di cuenta de que esa vez no había prisa, no existía el mismo deseo frenético y consumidor que las otras veces que nos habíamos besado. En aquella ocasión, estábamos haciéndolo por primera vez, de verdad, sin vendas, sin sensaciones reprimidas ni escondidos entre nosotros. Nuestros disfraces habían caído y estábamos solo nosotros y nuestros verdaderos sentimientos. No había prisa, solo sentía la necesidad de poder complacerlo, hacerlo disfrutar como él se merecía. Nuestros besos, suaves y profundos, hablaban de la promesa de todo un futuro juntos. Hablaban de un amor profundo y sincero. De un amor correcto; algo que ya había aprendido a ver qué era lo nuestro.

Mientras todavía estaba sentado en mi regazo, le quité el jersey a Ander y le besé el cuello. Sentí que se estremecía entre mis brazos.

—¿Tienes frío, cariño? —le pregunté preocupado.

Quería que todo fuese perfecto, que disfrutase de aquel momento. Ander negó con la cabeza y sonrió de manera tímida.

—Es solo que sentir tus caricias me hace estremecerme de placer. —Sus ojos estaban desenfocados, llenos de deseo y de lujuria.

—Aun así, no voy a correr el riesgo de que pases frío —le dije.

Me levanté del sofá con él en mis brazos y nos acerqué hasta la chimenea. Me arrodillé sobre la alfombra y lo dejé caer con suavidad sobre su espalda.

—Dame dos minutos —le pedí antes de depositar un suave beso sobre sus labios y salir corriendo hasta mi cuarto.

Cuando llegué allí, me lancé frenético al primer cajón de la mesilla, agradecido de que me hubiese acordado de comprar lubricante y condones esa mañana. Había dudado al hacerlo, por si estaría siendo demasiado presuntuoso al creer que existía la más mínima posibilidad de que Ander me perdonase, pero había decidido que, solo por si acaso, estar preparado sería lo mejor por si se me permitía el honor de complacerlo. Porque, en caso de que eso sucediese, quería poder hacerlo bien.

Cuando entré en la sala de la casa con el bote de lubricante en el bolsillo del pantalón, agarré unos cojines del sofá antes de reunirme con Ander en la alfombra frente al fuego. Quería que estuviese lo más cómodo posible. Me puse de rodillas frente a él y le coloqué uno de los cojines detrás de la cabeza. Luego, lo besé. Un simple beso en la punta de la nariz que hablaba de amor verdadero. Puse el resto de los cojines a nuestro alrededor y me saqué el bote de lubricante y los

preservativos. Ander miró lo que estaba dejando con curiosidad y, cuando se dio cuenta de lo que era, lejos de tensarse por la preocupación, como yo hubiese pensado, achicó los ojos con placer, como si deseara que lo penetrara. Eso hizo que mi polla se pusiera tan dura, que parecía a punto de atravesar mi pantalón. Me tumbé en el suelo de medio lado, sujetándome con un brazo, y comencé a besarlo. Suaves picos. Luego, bajé la mano por su pecho y acaricié sus abdominales.

—¿Sabes lo bueno que estás? ¿Tienes idea de lo loco que me vuelves?

Ander gimió, encantado por mis palabras.

—Nik, necesito sentirte dentro de mí —suplicó muy excitado.

—Por mucho que desearía poder hacerte el amor ahora mismo, cariño, no creo que eso sea posible. Tendremos que ir trabajándote poco a poco para que pueda entrar en ti —le dije mientras salpicaba besos por su pecho.

Poseía unos músculos tan bien formados que me ponía a cien. Tenía mucha suerte de que el amor de mi vida, aparte de ser maravilloso, estuviese muy bueno.

—Eso no va a ser un problema, porque, bueno... —lo vi removerse, nervioso. Se ruborizó como si estuviese avergonzado—. Cuando me masturbo me gusta meterme cosas, me da mucho más placer.

—Joder, mi amor. Vas a volverme loco. Vas a hacer que me corra en los pantalones como si fuese un adolescente.

Ander se rio encantado. Lo hizo hasta que puse las manos de nuevo sobre su cuerpo. Me quité los pantalones y las zapatillas y me tumbé sobre él. Nos besamos y acariciamos. Luego me arrodillé entre sus piernas. Me miró con deseo y amor mientras cogía el bote de lubricante y me lo echaba en la mano. Me unté los dedos y los llevé a su entrada. Cuando lo sentí relajado ante la intrusión y removerse de placer, me volví loco. Los metí y los saqué durante un rato mientras lo miraba.

—Nik, necesito más —me pidió, revolviéndose excitado mientras me montaba los dedos.

Aquello era mejor que cualquier sueño que hubiese tenido nunca. Saqué los dedos de su cuerpo, abrí un condón con la boca, lo desenrollé sobre mi miembro y me eché lubricante en la polla para, posteriormente, llevarla a su entrada. Una vez que estuve allí alineado, me tumbé sobre su cuerpo para poder besarlo. Empujé con cuidado, pero, una vez que pasé el anillo de nervios, me metí con facilidad. Ander estaba relajado y caliente a mi alrededor y tan apretado que me volvió loco.

—¿Estás bien? —le pregunté sin apenas poder contenerme de empujar dentro de él. Se sentía tan bien.

—Fóllame de una vez —me ordenó muy excitado.

Empecé a empujar en su interior y llevé una mano a su polla. No iba a durar nada y necesitaba que Ander se corriese conmigo.

Pocos minutos después, los dos alcanzábamos el cielo a la vez.

ANDER

Estaba tomando un cacao sentado en la encimera de la cocina mientras miraba hacia los lados, pensando en lo mucho que me gustaba la casa de Nik. Seguí observándolo todo durante un rato más, hasta que mis ojos se posaron sobre él. Me sorprendió darme cuenta de que Nik se movía nervioso por la cocina. Centré toda mi atención en él mientras me preguntaba qué podría pasarle, pero, pronto, mis pensamientos se desviaron a otros asuntos. Me ruboricé y sonreí al recordar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Recordé su declaración de amor y también cómo

me había hecho el amor mientras estábamos tumbados sobre la alfombra de la sala, frente a la chimenea. Toda la noche anterior había sido como un sueño. Se me escapó un suspiro de satisfacción de los labios. Había sido perfecto.

Sabía que era demasiado pronto para preguntarlo, pero ¿después de lo que había pasado éramos novios? ¿Sería muy tonto preguntárselo? ¿Seguiría queriéndome Nik a la luz del día? Quería cuestionarle todas esas cosas, pero, a la vez, me asustaba su respuesta. Me daba miedo escucharlo decir que, a pesar de que me había quedado claro que me quería, no estuviese preparado para una relación seria, porque yo desde luego sí que lo estaba. Hacer el amor con Nik había sido maravilloso y me había encantado.

Mucho.

Me moría por repetirlo, por poder acariciar su cuerpo. Pero eso no era lo único que quería de él. Lo que más me apetecía era poder pasar tiempo a su lado: ver películas, jugar, compartir la vida... Y eso no parecía muy posible, porque, a pesar de que se había cambiado de ciudad para poder estar a mi lado, había alquilado una casa, lo que quería decir que no iba a vivir en la de nuestros padres. O lo que era lo mismo, que no iba a vivir conmigo. No iba a estar por las mañanas cuando me levantase, no sería lo primero que viese cuando llegase a casa del trabajo, ni podría compartir las comidas con él cada vez que no estuviese trabajando, y eso me ponía muy triste.

El ruido fuerte de un objeto de cristal cayéndose al suelo de la cocina y haciéndose añicos me arrancó de mis pensamientos. ¿Se le había caído algo a Nik? Eso sí que era algo inusual, siempre había tenido un pulso de hierro.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté saltando de la encimera y acercándome a él.

—Sí, si —me respondió sonando un poco desesperado—. Ten cuidado, amor, no vayas a cortarte.

Su mote cariñoso hizo que el estómago me brincase de alegría. Sonreí como un tonto.

—Esto es tan poco propio de ti —le comenté riendo.

—Estoy nervioso —reconoció en bajo mientras barría los trozos de cristal del suelo.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —le pregunté extrañado.

—Porque quiero pedirte algo y estoy acojonado —me confesó elevando la voz.

Sonreí. Me gustaba que no se reprimiese conmigo. Si estaba nervioso y necesitaba gritar, quería que lo hiciera. Me gustaba todo de él. Y, sobre todo, quería al Nik de verdad, sin filtros.

—No creo que nada de que me puedas pedirme me moleste —le comenté para animarlo a hablar.

—Tengo más miedo de que me mandes a la mierda que de que te moleste.

Levanté las cejas, intrigado. Ahora me moría de curiosidad.

—Prueba.

Nik pareció dudar durante unos segundos. Sus ojos estaban llenos de preocupación y me miraba con una cara tan vulnerable que estuve a punto de estrujarlo entre mis brazos.

—Quiero que vivamos juntos —soltó de golpe, y se ruborizó.

Empecé a reírme a carcajadas. No podía creerme lo mucho que habían cambiado las cosas en solo un día. Ayer era un chico deshecho por el dolor de no poder estar junto a la persona que amaba, por no ser capaz de llegar hasta él y su corazón, por no ser el correcto para él y nos viese como un error, y hoy estaba viviendo el mayor sueño de mi vida: poder compartirlo todo con Nik.

—Dios mío, estoy tan avergonzado —gimió, llevándose las manos a la cara y enterrándola en ellas.

—¿Por qué? —le pregunté desconcertado. Me acerqué a él y lo abracé.

—No sé, quizás por que acabo de pedirte que vivamos juntos y te has reído en mi cara.

—¿Qué? ¡No! Estaba riéndome de felicidad. Hace solo unos segundos estaba pensando en cómo preguntarte si éramos novios, y estaba angustiado porque no vivieses en casa de nuestros padres conmigo.

—¿Lo dices de verdad? —Esbozó una sonrisa enorme.

—Lo hago.

—¿Eso quiere decir que quieres vivir conmigo?

—Por supuesto. Es lo que más deseo en el mundo.

Nik se lanzó a mis labios, o yo me lancé a los suyos. Sería incapaz de decir quién de los dos dio el primer paso. Pero, segundos después de decirnos que queríamos vivir juntos, estábamos besándonos frenéticos sin ser capaces de tener lo suficiente el uno del otro. Gemí de placer y eché la cabeza hacia atrás cuando Nik se dejó caer de rodillas entre mis piernas. Minutos después estaba corriéndome y agachándome acto seguido entre las suyas para devolverle el favor.

—Acabamos de estrenar la cocina —me susurró al oído cuando le subí los pantalones y me apoyé contra su cuerpo para que me abrazase.

—Estoy deseando hacer lo mismo con toda la casa.

Epílogo



¿Qué es el amor?

NIKANOR

El amor es...

... seguridad.

El amor es como dar un paso al vacío sabiendo que la otra persona te cogerá.

Es maravilloso e imprevisible.

Es calor en una noche fría.

Un abrazo cuando estás triste.

El amor es muchas cosas.

Es un golpe, una chispa, un fogonazo.

El amor te atrapa, y no te enteras hasta que te das cuenta de que no puedes vivir sin esa persona.

El amor es ciego.

No distingue.

El amor era todo lo contrario a lo que alguna vez había pensado, a lo que había imaginado y había vivido. Arriesgarme a amar, aun cuando estaba tan roto como para poder hacerlo, fue la mejor decisión que tomé en la vida.

Arriesgarme a desnudar mi corazón y reconocer el miedo que tenía a que me abandonasen fue la segunda mejor decisión llevada a cabo. Aunque supongo que iban la una de la mano de la otra.

Todo el proceso de transformación interna que viví durante esos años, no puedo decir que fuera fácil, ya que fue muy doloroso, pero lo que sí puedo decir es que me resultó mucho más sencillo, e incluso a veces bonito, gracias a que Ander estuvo a mi lado y me apoyó cada día.

Cada maldito día.

Fuese uno bueno o malo. Estuviésemos hasta arriba de obligaciones o de vacaciones en medio de la nada.

Si existía una persona en el mundo que pudiese enseñarme lo que de verdad significaba el amor, lo que significaba que te apoyasen, si había una persona que podía demostrarme que en el mundo todavía quedan personas buenas y que apoyarse en los demás, lejos de ser una debilidad era una suerte, ese era Ander.

Mi Ander.

Era consciente de que aquella mañana me había levantado pensando, reflexionando de nuevo en lo que era el amor, como ya había hecho hacía unos cuantos años, porque estaba a punto de dar el paso definitivo. Porque estaba a punto de abrirme el pecho para sacarme el corazón. A

punto de dejarlo sobre una hermosa bandeja y entregárselo a Ander.

No es que no lo tuviese ya; lo tenía desde hacía años. Pero reconocerlo y que él lo supiera me parecía el paso definitivo. Un paso que no hubiera sido capaz de dar un año antes, pero que, ahora, me moría por dar. Como siempre que se trataba de Ander, estaba acojonado, pero también feliz. Muy feliz.

Me habría gustado llegar a la estación de esquí mucho antes. Para ser exactos, a la primera hora en la que abrían, pero, después de haber asistido al hospital para hacer una operación de urgencia durante la madrugada, había tenido que dormir unas cuantas horas. Demasiadas. Ander no me había dejado despertarme antes; me había dicho que me quería fresco y dispuesto, con una voz tan *sexy* que me hizo pensar en mucho sexo del bueno. Por supuesto, con eso consiguió convencerme.

Cuando llegamos a la estación de esquí era más del mediodía, así que, como tantas veces antes, dejamos las maletas en el coche y salimos disparados a las pistas. Queríamos disfrutar al máximo el día, y lo hicimos: disfrutamos como enanos. Estuvimos sonriendo y molestándonos el uno al otro durante toda la tarde. No paramos de esquiar hasta que cerraron las pistas.

Cenamos en un pequeño bar que habíamos descubierto el año anterior y que nos había gustado mucho. Era muy acogedor. Después, cuando estábamos llenos y felices, fuimos al hotel. Nos registramos en la recepción y subimos al ascensor. Cuando nos metimos dentro, Ander me sorprendió empujándome contra uno de los laterales y restregando su duro cuerpo contra el mío. Normalmente era yo el más efusivo de los dos.

—Me excita mucho verte esquiar, ¿lo sabías? —me dijo en tono sugerente mientras me lamía la oreja.

—Ander —le respondí gimiendo y restregando mí ya duro miembro contra el suyo.

Nos separamos segundos antes de que el ascensor llegase a nuestra planta. Salimos cogidos de la mano y con la que tenía libre llevaba nuestra maleta.

El corazón empezó a latirme nervioso en el pecho, rápido, muy rápido. Justo cuando empezaba a preguntarme si se daría cuenta, Ander hizo un ruido de emoción y supe que sí que lo había hecho. Todas las dudas que había sentido acerca de si este lugar tenía el mismo simbolismo para él que para mí se esfumaron y se disolvieron en el aire. Por supuesto, los nervios siguieron ahí, y sabía que se mantendrían hasta que Ander no me contestase.

—Cariño —me llamó emocionado—, es la misma habitación en la que tú, ya sabes —dijo ruborizándose— me tocaste por primera vez. En la que me besaste por primera vez. —Se lanzó a mis brazos y yo solté la maleta para poder atraparlo entre ellos—. Qué coincidencia más bonita —me susurró con ternura al oído.

—No es una coincidencia —le aclaré.

Ander se apartó de mi cuello para mirarme con una sonrisa gigante y preciosa.

—Eres un romántico.

—Como si eso no te gustase.

—Tienes razón. ¡Me encanta! —gritó bajándose de mis brazos emocionado y se acercó a la puerta.

Ander era un terremoto y me encantaba. Metió la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón para quitarme la llave y abrió la puerta. Contuve el aliento, pero me dije que tenía que ser valiente.

Entró en la habitación y yo lo seguí. Escuché su exclamación de sorpresa cuando vio que la cama estaba llena de pétalos de rosa. Cuando se dio la vuelta para mirarme, yo ya estaba con una

rodilla clavada en el suelo, esperándolo. Se le abrieron los ojos como platos cuando entendió lo que mi postura significaba. El gesto podría haberme resultado cómico si no hubiera estado tan acojonado. Pero, a pesar del miedo, me obligué a continuar. Saqué la caja de terciopelo negro del bolsillo y la abrí para que pudiera ver la sencilla banda lisa de oro blanco que había dentro.

Pronuncié la pregunta que llevaba meses queriendo hacerle con voz temblorosa:

—¿Quieres casarte conmigo, cariño? ¿Quieres ser mi esposo?

Mientras yo tenía el corazón estrujado a la espera de su respuesta, Ander se puso a llorar. Gracias a Dios reconocí al instante que las lágrimas eran de felicidad. Se lanzó sobre mí, derribándome. Ambos caímos al suelo en un abrazo apretado y lleno de emoción.

—¡Sí quiero, Nik! Lo quiero todo contigo.

—Joder, no sabes lo feliz que me has hecho. Voy a darte todo lo que quieras y más por el resto de nuestras vidas. Te amo. Pero debo advertirte que no va a ser fácil que nos dejen casarnos. — Ander me miró con el ceño fruncido de preocupación y corrí a explicárselo—: Legalmente somos hermanos.

—Ah, claro —dijo con una sonrisa divertida.

—Pero he consultado con un par de abogados y me han explicado que, aunque difícil, no es imposible, siempre y cuando estemos dispuestos a ir a juicio y responder muchas preguntas. Y por supuesto a gastar mucho tiempo y dinero —le expliqué para que tomase la decisión sabiendo toda la verdad.

Quería que lo desease de la misma manera que yo lo deseaba, que supiese que ahora sí que estaba preparado y más que dispuesto para luchar por nosotros. Por supuesto estaba acojonado de que lo que acababa de decirle lo hiciera echarse para atrás.

—Mi respuesta sigue siendo la misma, cariño: Sí. Estoy dispuesto y preparado para hacer lo que haga falta para estar contigo. Te amo.

Después de esas palabras no pude resistirlo durante más tiempo y me lancé a sus labios. Las palabras quedaron a un lado y nuestros cuerpos tomaron la iniciativa diciéndose el uno al otro lo mucho que se amaban.

Ese fin de semana no fuimos capaces de volver a salir de la habitación. Allí dentro teníamos todo lo que necesitábamos: nos teníamos el uno al otro.

Desde que me había abierto al amor, era todo lo feliz que se podía ser, y mucho más.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darles las gracias a los lectores que han dedicado su tiempo a leer este libro. Hacéis que todo esto merezca la pena. Gracias por los mensajes privados y las reseñas, es imposible poner en palabras lo que significan para mí. Estoy enormemente agradecida con vosotros.

A mi hijo Lander, porque el mundo es un sitio mejor solo porque tú estás en él. Te quiero hasta el infinito.

A Alain, por escribir a mi lado la historia de nuestras vidas. Por los buenos, malos y maravillosos momentos.

A mi madre, por estar siempre ahí.

A mi tía Judith, porque no ha existido nadie más divertido y cariñoso que tú en el mundo. Siempre te querré.

A Alba, por leer siempre todo lo que escribo. Por las conversaciones tan reales que tenemos sobre la maternidad.

A Xiomara, por ayudarme a sacarle brillo al manuscrito de nuestros niños. Porque cada conversación contigo es maravillosa. Por esos audios cargados de sinceridad. Por mil proyectos a tu lado.

A Fransy, por más cosas de las que puedo enumerar en unos agradecimientos. Por las lecturas conjuntas, por tu cariño, por ser un lector cero tan profesional. Por muchos años juntos.

A Maru, porque hablar contigo siempre me tranquiliza. Por estar ahí cuando lo necesito. Por las ideas tan maravillosas que se te ocurren siempre. Por muchos años juntas.

A las maravillosas personas que he conocido en Instagram y que son un amor: Nieves, Silvia, Noelia, Vicky, Gemma, Nani... ¡Ha sido maravilloso conoceros!

A todos vosotros, gracias.

Notas

[←1]

¹Médico Interno Residente.